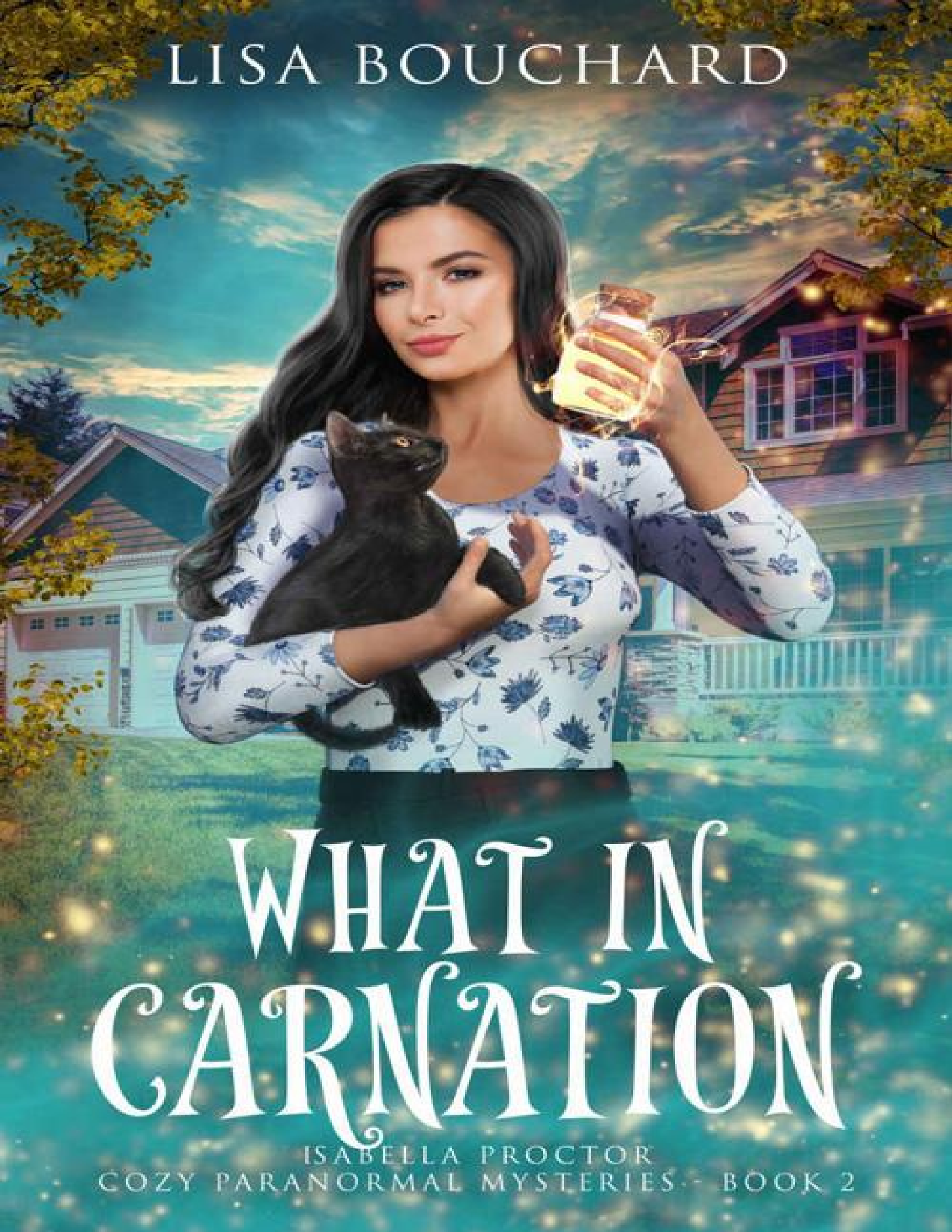




LISA BOUCHARD

WHAT IN CARNATION

ISABELLA PROCTOR
COZY PARANORMAL MYSTERIES - BOOK 2



Qué En Clavel

Misterios Acogedores de Isabella Proctor

Libro 2

Lisa Bouchard

Copyright 2021 por Lisa Bouchard

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, transmitida o distribuida en ningún formato impreso o electrónico por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito, excepto en el caso de breves citas incluidas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Editora: Kathryn Barnsley, KRB Editorial

Diseñadora de portada: Karen Dimmick, Arcane Covers

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este trabajo puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro modo, sin el permiso por escrito del editor.
<https://LisaBouchard.com>

Contents

<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Capítulo 28</u>
<u>Capítulo 29</u>
<u>Capítulo 30</u>

Sobre este libro

**Isabella Proctor tiene un nuevo superpoder...
...encontrar cadáveres.**

¿Qué hizo ella para merecer esto?

Le gustaría cambiar este poder por cualquier otra cosa: hablar con las hormigas, preparar el mojito perfecto, lo que sea menos encontrar a sus amigos muertos.

Después de que asesinan a su vecina, su vida no tan ordinaria da un giro brusco hacia lo extraño: amuletos mágicos, sociedades secretas, disputas mortales y gatos parlantes.

Las cosas van de mal en peor cuando asesinan a otro amigo y no puede acudir al detective Palmer en busca de ayuda.

¿Podrá capturar a una bruja mucho más vieja y fuerte que ella o se convertirá en la próxima víctima?

Capítulo 1



Dirigir un negocio no era fácil.

Habían pasado tres meses desde que heredé la Botica de Portsmouth de mi mentora y amiga Trina Bassett. Fue asesinada por un hombre que secuestró al objeto de su obsesión —mi mejor amiga, Abby— y estaba furioso con Trina por no haberle hecho una poción de amor.

Pasé las manos por la suave superficie del escritorio de cerezo en la oficina. Llevaba más de una hora trabajando en mi portátil; había cerca de cien pestañas abiertas en mi navegador y páginas de notas manuscritas junto al teclado.

Me recliné y arrojé el lápiz sobre el escritorio, frustrada por cómo algo que parecía tan simple podía ser tan difícil. El canto de los pájaros llamó mi atención hacia la ventana, al invernadero en el patio trasero de la tienda. El sol de finales de primavera brillaba sobre el cristal, y uno de los paneles de ventilación del techo se abrió. Dentro haría calor, y anhelaba caminar por los dos pasillos de plantas y respirar el aire perfumado de flores. Desafortunadamente, no podía.

La responsabilidad me llamaba, y necesitaba elegir nuevos proveedores. Cada empresa tenía precios diferentes, costos de envío distintos y ciclos de facturación variados. Empezaba a pensar que necesitaría algunos cursos universitarios, si no una carrera completa, para asegurarme de no llevar este negocio a la quiebra.

Necesitaba un descanso. Agarré mi taza verde que decía "Soy herborista, ¿cuál es tu superpoder?" y me dirigí a la estación de té gratuito para obtener más cafeína.

Había instituido tener té con y sin cafeína disponibles para los clientes; el té del día era matcha de mango. Me serví más del cafeinado en mi taza y agregué una cucharada de miel. Que la Diosa me diera fuerzas para lidiar con el aprendizaje de casi todo sobre la marcha.

Amaba a mis clientes, y ellos hacían que todo este trabajo valiera la pena. La tos ronca de la señora Newcomb parecía estar mejorando con su nueva poción, y últimamente había notado un aumento de clientes primerizos. Con suerte, en una o dos semanas, muchos de ellos volverían para ser clientes por segunda vez y luego a largo plazo.

Sonaron las campanillas de la puerta, y entró Agatha. Agatha era la única clienta con la que sentía que había fracasado. Su cabello castaño estaba enmarañado y llevaba zapatos que no hacían juego. Su blusa estaba medio metida en unos vaqueros sueltos que le colgaban bajos en las caderas, indicándome que no había estado comiendo lo suficiente. La voz en su cabeza, Alice, debía estar fuerte.

—Buenos días, Agatha. ¿Cómo estás? —pregunté.

Caminó directamente hacia la estación de té y se sirvió una taza de descafeinado.

—Fatal.

No dije nada. Sabía que continuaría mientras no la interrumpiera.

—Alice está enojada porque sigo intentando callarla, y a veces no me deja tomar mi medicamento. Me obliga a tirarlo.

Miró de su taza hacia mí, con lágrimas acumulándose en sus ojos.

—Intento no hacerlo. Ella es más fuerte que yo, y cuando no me deja dormir, no puedo detenerla.

Puse mi mano en su hombro.

—Oh, Agatha, qué terrible.

Tomó un sorbo de su té.

—No sé qué hacer, y quiero rendirme. Simplemente dejar que ella controle el cuerpo para que yo pueda dormir y no luchar por cada cosa que quiero en la vida.

Mi corazón se rompió por ella. No había podido encontrar una poción que hiciera más que mantener algunos de sus síntomas a raya. Honestamente, tratar enfermedades mentales estaba muy fuera de mis capacidades, pero ella se negaba a buscar ayuda en cualquier otro lugar.

—¿Crees que es hora de ir a ver a mi amiga, la Dra. Rebecca? —Levanté las manos para anticiparme a sus objeciones—. Sé que no quieres. Sin embargo, me siento impotente, y no hay nada más que pueda hacer por ti.

Rebecca Cleary era una psiquiatra local a quien había llamado cuando me di cuenta de que mis pociones no podían curar a Agatha. No estaba contenta con que Agatha dependiera de pociones y quería que la llevara para una consulta. No quería presionar a Agatha, porque hasta donde yo sabía, era la única persona pendiente de su salud. Si dejaba de venir a verme, no estaba segura de que tuviera a alguien en su vida que se preocupara por ella.

—Alice no me dejará.

—Por favor. Iré contigo y me aseguraré de que no pase nada malo. Todo lo que tenemos que hacer es hablar con la doctora un poco. No necesitas tomar ningún otro medicamento, solo hablar.

Agatha sacudió la cabeza y golpeó su taza sobre la mesa de té.

—Necesito mis medicamentos, luego tengo que irme.

Suspiré.

—De acuerdo. Toma la primera dosis aquí, donde pueda verte. —Había instituido esta regla con ella hace un mes, esperando que volviera a tomar dosis regulares. Dado su aspecto hoy, mi plan no parecía estar funcionando. Antes de darle la botella, cerré los ojos y usé mi intuición para asegurarme de que la poción que había hecho para ella seguía siendo la correcta. Todo lo que vi fue ashwagandha, que era lo que la esperaba detrás del mostrador.

Mi intuición me guiaba para hacer las pociones apropiadas para las personas. Cerraba los ojos y pensaba en la persona, luego veía lo que necesitaban. Una vez hice una poción para mi abuela sin tenerla conmigo, y tuvo alucinaciones porque la fórmula no era la correcta para ella. Ahora siempre me aseguro de verificar mi trabajo con la persona en la habitación.

Se frotó las manos en los pantalones.

—Bien. Lo que sea.

—Genial. Te espera en la caja.

Caminamos hacia la parte trasera de la tienda, y saqué su botella de debajo del mostrador. Desenrosqué la tapa y le tendí la botella con una cuchara de plástico.

—Dos cucharadas.

Frunció el ceño mientras aceptaba la cuchara y la botella. Se sirvió una cucharada y la tomó, luego la segunda.

—Ya está. ¿Estás contenta ahora?

Sonreí alentadoramente. —Lo soy. Me preocupo por ti. Temo que algún día Alice te haga daño.

Tomó la tapa de mi mano y la enroscó en su botella. —Yo también —susurró antes de huir del edificio.

Apoyé la cabeza en mis manos, deseando poder hacer algo más por ella. Ya había hablado con la abuela y las tías, las personas en las que más confiaba para pedir consejo. Aunque eran brujas más experimentadas que yo, no tenían ni de cerca tanto conocimiento sobre pociones y no tenían otras sugerencias.

La bruja de pociones más cercana que conocía era Hester Johnson en Sewall, pero aún no había tenido tiempo de visitarla. Necesitaba hacer de eso una prioridad. Si pudiera conseguir que Agatha viniera conmigo, Hester incluso podría encontrar una cura para ella.

Miré por la ventana panorámica a la gente que pasaba y me sorprendió ver a Caroline Arneson mirándome fijamente a través del cristal. Había estado parada intermitentemente frente a la botica durante los últimos dos meses, mirando hacia adentro. No sabía por qué; ¿tal vez estaba tratando de intimidarme?

Agatha no me había pagado. De hecho, no me había pagado en semanas. Saqué diez dólares de mi bolsillo y registré la transacción. Mi contable haría un berrinche si supiera que estaba haciendo esto, así que mantendremos esto como nuestro pequeño secreto.

Apenas se había ido Agatha cuando entró mi madre. Estaba vestida para trabajar en el Vivero Bayfield, con jeans y una camiseta, en lugar de su habitual vestido suelto.

—Hola, mamá, ¿qué pasa? —Tenía que haber algo para que se pasara antes del trabajo.

Me sonrió. —He encontrado al chico perfecto para ti. El hijo de mi jefe ha vuelto de la universidad. Su padre está preocupado por él y dijo que necesitaba algunos amigos nuevos.

Puse los ojos en blanco. —¿Amigos nuevos o una novia?

Cambió el peso de un lado a otro. —Pensé que ustedes dos podrían tener una cita, y si no funcionaba, podrían ser amigos.

—¿Te das cuenta de que las relaciones normalmente funcionan al revés, verdad?

Sopló un mechón de cabello de su cara. —Se me escapó en el trabajo que estabas soltera, y el señor Bayfield piensa que tú y Geoffrey harían una gran pareja.

—¿Cómo lo sabría él?

Se mordió el labio. —Puede que te haya elogiado un poco. Tú y tus primas realmente tienen que empezar a pensar en sentar cabeza.

La miré fijamente.

—¿Qué? No puedes culparme por estar orgullosa de ti y de lo bien que has manejado los giros inesperados que has tenido últimamente.

Ella sabía que la miraba fijamente por lo de sentar cabeza, pero lo dejé pasar. Nunca había dudado de que mi madre me amara, pero escuchar que estaba orgullosa de mí me hizo sonreír. —Gracias.

—¿Puedo darle tu número? —preguntó.

—De acuerdo. Solo me comprometo a una cita. Si no funciona, termina ahí.

—Entendido. Estoy segura de que te llamará pronto.

Mientras mi madre caminaba hacia la puerta, Caroline Arneson se la abrió. El cabello rubio excesivamente procesado de Caroline había sido cardado y recogido en un moño suelto, dándole un aspecto más descuidado del que estaba acostumbrada a ver. También llevaba zapatos planos. ¿Estaba probando un estilo más casual, tal vez relajándose un poco? No tenía sentido asumir que estaba aquí para presionarme a vender mi tienda. Después de todo, había prometido dejar de hacerlo. —Buenos días. ¿En qué puedo ayudarte hoy?

Bajó sus gafas de sol para revelar un ojo morado. Bueno, digo "morado", pero el color era más bien amarillo-verdoso, lo que significa que el moretón tenía unos días y estaba sanando. Cuando la cuestioné sobre la muerte de Trina, Caroline me confió que sabía cómo manejar la ira de su marido. No parecía que hubiera tenido éxito recientemente.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Por supuesto que lo estoy. Solo necesito algo para acelerar la curación.

Fruncí el ceño. Había estado reuniendo recursos para mujeres maltratadas durante meses; si Caroline alguna vez los necesitaba, esperaba tener la oportunidad de dárselos. —Puedo ayudarte. ¿Podemos hablar en mi oficina primero?

Sonrió. —¿Estás lista para cerrar este negocio fracasado para que pueda comprar tu espacio?

Me miró de arriba abajo y frunció el ceño, como si no cumpliera con sus estándares. —Necesitas unos miles de dólares para renovar tu guardarropa. Yo podría ayudar.

—No voy a cerrar, y el negocio va bien, gracias. Tengo algo para ti en mi escritorio.

Me siguió a mi oficina y se sentó. Abrí uno de los cajones de mi escritorio y saqué una carpeta. —Me preocupo por ti, desde que me contaste sobre tu marido. —Le entregué la carpeta.

Abrió la carpeta y se burló. —Esto no es para mí. Puedo manejarlo.

Arrojó la carpeta sobre mi escritorio.

—¿Estás segura? Tu ojo parece contar una historia diferente.

Se puso de pie. —Solo eres una niña, ¿qué sabes tú? Ahora, ¿puedes venderme algo o no?

—Sí. Tengo una buena mezcla de áloe, árnica y bromelina que debería funcionar. Está en la tienda.

La seguí fuera de la oficina.

—Parece que te has recuperado del robo. Se ve bien aquí —dijo.

Le entregué un pequeño frasco de ungüento para desvanecer moretones. —Gracias. He puesto mucho trabajo, pero creo que me va bien.

Inspeccionó los suelos, que había lavado la noche anterior. —Ni siquiera necesitaré contratar un equipo de limpieza cuando me mude aquí. ¿Cuánto te debo?

Solté el aire. —Nada, si dejas de pedirme que abandone el edificio.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa. —Supongo que será mejor que te pague, entonces.

Extendí la mano. —Once dólares.

Mientras rebuscaba en su bolso el dinero, la observé, dejando que mi intuición determinara si necesitaba algo más. ¡Por supuesto! Los ingredientes para el Baño de Armonía llenaron mi visión: pétalos de rosa roja, violetas africanas, trébol, azafrán, énula, cedrón y canela. —Tengo algo más para ti.

—¿Para el moretón?

—No. Tengo un excelente baño de burbujas floral. Parece que te vendría bien un baño

relajante. —No le estaba mintiendo realmente. Era un baño de burbujas floral, pero si le decía que usarlo traería armonía a su hogar, se reiría de mí y probablemente no lo aceptaría—. Está justo aquí.

La llevé al expositor de baños de burbujas que había creado durante el último mes. —Es una nueva línea de productos que he desarrollado.

Le ofrecí una botella. —Cortesía de la casa.

Me entregó once dólares y tomó el baño de burbujas de mis manos. —Gracias, pequeña.

Estaba a punto de volver a mi ordenador y las cien pestañas abiertas cuando mi vecina, la señora Thompson, entró en la tienda. Sin ella, es posible que nunca hubiéramos atrapado a Chuck, el hombre que mató a Trina y secuestró a Abby. Desde esa horrible semana del pasado marzo, la señora Thompson y yo tomábamos el té juntas un par de veces por semana. Me invitaba en lo que parecían ser los momentos más aleatorios para charlar. Ella también era una bruja, aunque nunca me contaba mucho sobre sí misma. Todo lo que sabía era que podía rastrear y encontrar personas con su magia. Quería saber sobre mí, mis planes y cómo me veía en el futuro. Algunos días parecía que estaba en una entrevista de meses para un trabajo sin nombre.

Mi futuro me parecía escrito en piedra: dirigir la botica, aprender todo lo posible sobre la elaboración de pociones y ayudar a la gente siempre que fuera posible.

Ella nunca parecía satisfecha con mi respuesta, pero no insinuaba qué más quería escuchar. También jugaba una partida despiadada de cribbage, y más de una vez me pregunté si sus cartas estaban marcadas o si usaba magia para ganar. La cantidad de manos de veinticuatro puntos que conseguía era ridícula.

Hoy vestía pantalones capri de tela seersucker, zapatos náuticos y un polo azul. Parecía cualquier otra abuela canosa de compras. Yo sabía que no era así. Tenía una mente aguda y un sentido del humor seco.

—Hola, señora T., ¿cómo está? —pregunté mientras se acercaba al mostrador.

—Muy bien, señorita P.

Me había pedido que la llamara Beatrice, pero no me sentía cómoda usando su nombre de pila. Era mi mayor, y la abuela se había asegurado de que todos respetáramos a nuestros mayores, especialmente a los que eran brujas. En represalia, la señora Thompson me llamaba señorita P., en lugar de Isabella. Era un buen compromiso.

Busqué en el estante de pociones preparadas bajo el mostrador y no vi ninguna para ella. —¿Viene a recoger algo? —pregunté.

—Oh, no, querida. Jameson está bien. Lo que sea que hayas hecho para cambiar su tónico ha funcionado de maravilla.

Jameson era su gato negro. Ya sé, ya sé, qué estereotipo. Aunque, por otro lado, los gatos negros también necesitaban buenos hogares. Jameson tenía problemas renales, y Trina había desarrollado un tónico para él. Yo hacía la misma poción, y la mía parecía funcionar mejor para él.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunté.

La tristeza cruzó su rostro por un momento, antes de desaparecer. —Tengo que hacer un viaje pronto y quería pedirte que cuidaras de Jameson.

—Por supuesto. —Nos llevábamos bien, y a él ni siquiera le importaba mudarse a mi apartamento las otras veces que lo había cuidado—. ¿Va a algún lugar divertido?

—No esta vez, me temo. Tengo asuntos familiares que atender, y no pueden resolverse por teléfono.

—No hay problema. Solo dígame cuándo y estaré allí. ¿Cuánto tiempo estará fuera?

Suspiró. —Varios días, así que asegúrate de llevarte la comida y la arena para gatos.
Me tomó la mano y la apretó. —No hay nadie en quien confíe más para cuidar a Jameson que tú.

Sonreí. —Es muy amable de su parte decir eso. Creo que a él también le caigo bien.

Soltó mi mano y forzó una débil sonrisa. —Bien. Me alegro de que os llevéis bien.

Quería preguntar por qué parecía triste. —Quédese a tomar un té. He preparado matcha de mango, pero puedo hacer cualquier otra cosa que desee.

—No, gracias, querida. Tengo otros recados que hacer antes de irme de la ciudad. Y cuando regrese, tú y yo necesitamos tener una larga charla.

No tenía ni idea de a qué se refería con eso. —Claro. ¿Sobre qué?

Frunció el ceño. —Tu futuro.

Nunca era bueno cuando alguien fruncía el ceño al mencionar tu futuro. Salió a la luz del sol, y una sensación de temor me invadió. Este viaje no sería bueno para ella.

Capítulo 2



Sonó mi teléfono móvil y miré la pantalla antes de contestar. No reconocía el número.

—¿Diga?

—Hola, ¿es Izzy Proctor?

Claramente no era alguien que me conociera.

—Soy Isabella.

—Oh, genial. Hola. Soy Geoff Bayfield. Mi padre me dijo que te llamara.

—Claro, hola. Mi madre me dijo que llamarías.

—¡Estupendo! Estaba pensando que podríamos salir a cenar. ¿Qué tal esta noche?

Hice una pausa por un minuto, fingiendo que revisaba mi agenda. ¿Realmente quería hacer esto? Es decir, ¿qué tan patético era que tu madre te concertara una cita? Probablemente tan malo como que lo hiciera tu padre. Aunque no tan vergonzoso como no tener absolutamente nada en mi agenda social.

—Claro, estoy libre. ¿Qué te parece a las siete, en The Rosa?

—Suenan bien. Nos vemos entonces.



Me quedé de pie en la entrada del restaurante The Rosa. Nadie me esperaba, así que examiné las mesas del comedor. Tampoco había hombres solteros allí.

Por lo que parecía la millonésima vez, me pregunté cómo dejé que mi madre me convenciera de esta cita.

—¿Mesa para uno, señorita? —preguntó un anfitrión.

Me volví para enfrentarme a su anillo de boda y su sonrisa de superioridad. Aquí había un hombre que nunca tendría que comer solo si no quería. ¿Y no era ese uno de los argumentos de venta de mi madre para las citas y el matrimonio? No es que establecerse con alguien le hubiera hecho ningún bien a ella, ni a mis tías.

La tía Lily nunca se había casado con el padre de Thea, y lo que fuera que pasó entre ellos fue lo suficientemente malo como para que nunca habláramos de él.

El marido de la tía Nadia se había escabullido de la Casa Proctor en medio de la noche, dejando una nota y cien dólares, como si alguno de los dos fuera una compensación suficiente

por abandonar a su familia.

Mis padres se divorciaron cuando yo tenía tres años, y no tenía ningún recuerdo de mi padre, solo fotos. Durante la mayor parte de mi vida, eso estuvo bien. El abuelo fue un excelente sustituto de nuestros padres ausentes durante los partidos de fútbol, los bailes de padre e hija, y cuando necesitábamos que alguien nos entendiera cuando pensábamos que nuestras madres estaban siendo irrazonables.

Tuvimos suerte de tenerlo tanto tiempo, pero aún lo echaba de menos en momentos como este. Podía oírlo en mi mente, reprendiendo a mi madre. "Michelle, deja a la niña en paz. Casarte joven no te hizo ningún bien, ¿verdad? Deja que encuentre su propio camino en la vida".

—¿Señorita?

—Estoy esperando a alguien. ¿Hay un bar? —pregunté.

Frunció el ceño, probablemente impaciente por tener que verme pensar.

—A través del comedor y a la izquierda.

—Gracias.

Atravesé el comedor tenuemente iluminado, con mesas que gemían con todos los carbohidratos que una persona podría desear: focaccia con aceite de hierbas para mojar, lasaña, pizza con cualquier ingrediente imaginable y un delicioso fettuccine primavera.

Mi estómago rugió y esperé que mi cita estuviera allí. Cuanto antes comiéramos, más feliz estaría mi estómago y más feliz estaría yo de no tener que volver a verlo. Supuse que debería haberle dado el beneficio de la duda, pero simplemente no podía.

Mi madre trabajaba en un centro de jardinería, principalmente por diversión, y Geoff era el hijo del dueño. Tenía veinticuatro años, había regresado a casa después de la universidad y buscaba establecerse en el área de Portsmouth.

¿Cuántas banderas rojas podía agitar un chico? ¿Realmente tardó dos años extra en terminar la universidad? ¿No podía encontrar un trabajo que sus padres no le dieran, y no quería ver el mundo, en lugar de quedarse cerca de casa?

Estaba sustancialmente poco impresionada.

Para ser justos, ¿cómo me veía yo en una descripción rápida de tres frases? Ni siquiera fui a la universidad, venía de la familia "rara" del pueblo y tenía la tendencia a encontrar cadáveres.

Sí, no estaba segura de que yo quisiera salir conmigo tampoco.

Me senté en la barra y pedí un agua con gas con limón.

—¿Abre una cuenta? —preguntó el camarero.

—Sí. Me voy a encontrar con alguien para cenar.

El reloj detrás de la barra marcaba las siete, así que en un minuto más, él estaría oficialmente retrasado. ¿Había un tiempo apropiado para esperar a una cita? ¿Podríairme después de cinco minutos? ¿Diez?

Miré más allá del camarero hacia el espejo detrás de él. Un hombre alto y rubio con hombros de defensa entró en el bar, miró alrededor y se dirigió directamente hacia mí.

—Disculpa, ¿eres Isabella? —preguntó.

Me giré para mirarlo. Una sonrisa se deslizó en mis labios traidores. No quería disfrutar la cita, pero diosa, era agradable a la vista.

—Sí. ¿Geoffrey?

Él me devolvió la sonrisa.

—¿Quieres comer aquí o prefieres una mesa?

—Definitivamente una mesa —dijo.

Una vez que el sorprendido anfitrión nos sentó, comenzamos con las incómodas preguntas de primera cita. Pagaría buen dinero por una forma de saltar directamente a la quinta cita, donde ya se conocen y no hay que soportar esta charla forzada.

—Tu madre intentó explicarme a qué te dedicas. No lo entendí muy bien. Eres barista, ¿verdad? Pero con té en lugar de café.

No podía imaginar ninguna forma en que mi madre describiera la elaboración de pociones para que sonara como un barista.

—No realmente. Hago remedios herbales: bálsamos, tinturas y tés, para sanar a las personas, aliviar su estrés y ayudarles a disfrutar más de la vida.

—¿Eres médica? Eso no es para nada lo que ella dijo.

—No. Definitivamente no soy médica. Mi título es herborista, y pasé un año como aprendiz antes de empezar a trabajar por mi cuenta. Uso plantas para ayudar a sanar a las personas.

—¿Solo pasaste un año en la universidad? Totalmente injusto. Mi padre me hizo pasar cuatro... bueno, cinco y medio, para obtener un título en negocios, y todavía estoy atascado en el almacén conduciendo un montacargas.

Sonreí para disimular mi consternación ante su voltaje intelectual. Mi madre definitivamente no me advirtió que sonaba como un típico estudiante de negocios. Un intento más. —Hago cosas como té, a partir de plantas, para las personas.

Su rostro se iluminó. Tal vez algo había chispeado en su cerebro.

—¡Ah, como marihuana! Ya entiendo, trabajas en un dispensario. Eso es genial. ¿Trabajas en Maine o Massachusetts? ¿O trabajas en uno ilegal en New Hampshire?

Suspiré. —En ninguno. —Saqué una de las veinte tarjetas de presentación que había mandado a imprimir y se la entregué. No estaba segura de que fuera el mejor uso de mi limitada reserva de tarjetas, pero no podía explicar mi trabajo de otra manera—. Deberías venir a visitar; tendrás una mejor idea de lo que hago si ves la botica.

Guardó la tarjeta en su billetera. —Genial. Mi nueva novia tiene tarjetas de presentación.

Abrí mi menú para cubrir mi gesto de exasperación. Él abrió el suyo, y pasamos unos benditos minutos sin hablar.

Dejé el menú. —Tomaré la pasta primavera. Vi a alguien en el bar con ella, y se veía deliciosa.

Frunció el ceño. —No puedo comer tantos carbohidratos. Te matarán, ¿sabes? Yo voy a pedir el antipasto y las albóndigas.

Me gustan los entrantes tanto como a cualquiera, pero también me gusta una comida de verdad. —¿Algo más?

Frunció el ceño. —Demasiados carbohidratos. Me gusta guardarlos para el fin de semana.

¿Quién era yo para quejarme de sus restricciones dietéticas? Claramente le estaban funcionando.

Dejó su menú. —Te gusta la vida natural, ¿verdad?

¿Me gustaba? Probablemente no tanto como se esperaría de una herborista. Me gustaba una buena lata de sopa comprada en la tienda, y la vida no valdría la pena sin comer perros calientes cocinados al fuego al menos una vez en el verano.

—Más o menos. Supongo que es un proceso. ¿Qué comes para tus carbohidratos de fin de semana?

Sonrió. —Los guardo todos para la cerveza.

—Eso es mucha cerveza, ¿no?

Se inclinó hacia adelante. Este era claramente un tema del que le encantaba hablar. —No tanta como podrías pensar. No como carbohidratos durante la semana. Esta noche es especial porque estamos aquí. El plato de antipasto tiene verduras, así que calculo unos 16 gramos de carbohidratos en mi comida, dejándome suficiente al final de la semana para unas treinta y cinco cervezas ligeras.

Mis ojos se abrieron de par en par. ¿Treinta y cinco? Una menos que seis paquetes de seis. Deseé que estuviéramos en un restaurante más iluminado, porque tuve el impulso de revisar sus ojos en busca de un color amarillento que indicara hepatitis alcohólica.

—Eso parece mucho —dije.

—Te acostumbras.

¿Por qué? ¿Por qué alguien querría acostumbrarse a tanta cerveza?

—¿Qué más haces los fines de semana?

—¡Mis fines de semana son geniales! Salgo del trabajo al mediodía el viernes, compro la cerveza y me voy a casa de un amigo. Mis amigos y yo pasamos el fin de semana allí, viendo deportes, bebiendo cerveza, pasando el rato.

Mi mente no pudo evitar hacer el cálculo. Treinta y cinco latas de cerveza en 60 horas. No estaba tan mal, si no dormía, ¿tal vez?

Antes de que pudiera hacer un comentario, llegó nuestro camarero. —¿Están listos para ordenar?

Le entregué mi menú. —Me gustaría la pasta primavera, por favor.

Geoff dejó su menú en la mesa. —Antipasto y albóndigas, como plato principal.

—Muy bien. ¿Algo para beber?

Había planeado tomar una copa de vino, pero de repente fui consciente de todos los carbohidratos en mi cena. —Agua con gas y lima, por favor.

El camarero miró a Geoff, quien finalmente dijo: —Mejor guardar los carbohidratos para el fin de semana. Solo agua.

Nuestro camarero se fue, y decidí dirigir la conversación hacia algo que tuviéramos en común. —Heredé mi negocio hace unos meses, y dirigirlo es mucho más difícil de lo que anticipé. Un título en negocios podría ser útil, aunque es difícil encajar clases cuando eres la única persona que dirige la tienda.

Geoff asintió.

—¿Qué opinas? —le insté.

—Cuando finalmente herede el vivero, voy a relajarme. Mi padre hace mucho del trabajo él mismo. Voy a contratar gente para que haga todo lo difícil, así puedo descansar y ganar dinero sin esfuerzo.

—¿Tienes hermanos que puedan ayudarte?

Sonrió ampliamente. —No. Soy hijo único. Es genial no tener que preocuparse por repartir la herencia.

—¿El negocio genera suficiente como para contratar más personal? —pregunté.

Me miró como si no lo hubiera considerado. —No lo sé. Supongo que si no es así, venderé más cosas. En cuanto a estudiar empresariales, quizás ayudaría. La verdad es que no aprendí demasiado. Como decían los chicos de mi fraternidad, todo se trata de los contactos, y mientras el promedio acabe en 2.0, no pueden negarte el diploma.

Miré alrededor del restaurante, esperando ver a un amigo, un enemigo, un incendio en la cocina, cualquier cosa que pudiera sacarme de esta cita. ¿Por qué no había acordado una llamada de emergencia con Delia?

—Sabes, si tienes problemas con tu negocio, puedo pasarme y darte algunos consejos.

Volví mi atención a Geoff. —Eso es muy considerado de tu parte. Pareces ocupado en tu propio trabajo, esa carretilla elevadora no se va a conducir sola, y no quiero apartarte de ella.

Sonrió. —Nah. Soy el hijo del jefe. Si quiero tomarme una tarde libre, nadie me delatará. No se atreverían.

Geoff cambió de tema abruptamente. —¿Y tú qué? ¿Tienes hermanos?

—Sí y no.

—¿No tiene que ser una cosa u otra? —preguntó.

—Tenía un gemelo que murió siendo bebé.

—Vaya forma de amargar el ambiente —dijo Geoff.

Vaya. Ya tenía bajas expectativas para esta cita, pero supongo que un poco de empatía habría sido agradable. —También tengo dos primas de mi edad, y nos criamos juntas. Se siente como imagino que sería tener hermanas.

Afortunadamente, nos trajeron nuestros pedidos antes de que pudiéramos profundizar más en mi historia familiar.

Mi pasta se veía deliciosa. Cerré los ojos e inhalé el aroma. Cuando los abrí, Geoff ya estaba comiendo sus albóndigas.

Al menos no hablaba con la boca llena.

Comimos en silencio durante unos quince minutos. Él terminó antes que yo y me observó comer mis últimos bocados.

Cuando terminé, negó con la cabeza. —Tantos carbohidratos.

Puse mi servilleta sobre la mesa. —Bueno, Geoff, ha sido una cena encantadora, pero tengo que irme ya.

—Oh —dijo—. Pensé que podríamos dar un paseo después de cenar y hablar más.

No creía que quisiera caminar, ni hablar. Más bien percibía que quería besuquearse en un callejón. —No puedo. Tengo una mañana ocupada y necesito irme a casa.

—Al menos déjame llevarte —ofreció.

—No es necesario. Tengo papeleo pendiente en mi oficina. Está a solo un par de manzanas de aquí, y me apetece caminar.

Me levanté y me dirigí hacia la salida. Tras un momento, él me siguió. Logré salir por la puerta antes de que me alcanzara.

Caminé hacia la botica, que también era el camino a casa. No tenía planes de pasar por el trabajo, pero de ninguna manera quería que supiera dónde vivía.

—¿Un beso de buenas noches? —preguntó a mi espalda mientras me alejaba.

Fingí no haberlo oído y seguí caminando.

Capítulo 3



Cuando heredé la botica por primera vez, consideré ampliar el horario de apertura. Me alegro de no haberlo hecho. Abrir a las diez me permitía de vez en cuando dormir hasta tarde, hacer algunos recados o, como hoy, ordenar mi apartamento y sacar la basura.

Mientras caminaba por el pasillo, bolsa de basura blanca en mano, los fuertes gemidos de Jameson eran inconfundibles. Llamé a la puerta de la señora Thompson, pero no hubo respuesta.

—¿Señora T.? —llamé.

Jameson arañó la puerta y aulló más fuerte. Un escalofrío me recorrió. Solo había sentido este escalofrío cuando alguien estaba muerto.

Abrí la puerta con la llave y la entreabrí lentamente.

—¿Señora T.? —volví a llamar.

Jameson aulló y salió corriendo del apartamento. Me giré y vi cómo se detenía en mi puerta.

—Bien. Quédate ahí —le dije.

Dejé la puerta abierta y entré en su apartamento. Examiné la sala de estar y el comedor. Su mesa de comedor cubierta de encaje estaba despejada y las sillas estaban metidas. Una manta afgana de color granate y crema estaba doblada y colocada pulcramente sobre su sofá. En la cocina, los platos secos esperaban en el escurridor para ser guardados. Todo parecía normal y muy ordenado. Dejé mi bolsa de basura y la llamé.

—¿Señora Thompson? Soy Isabella.

No hubo respuesta en el silencioso apartamento.

Eché un vistazo a su baño, que era la imagen especular del mío. Todo estaba ordenado, y el lavabo y la bañera estaban secos.

Había convertido uno de los dormitorios en un estudio. El único desorden en la habitación estaba en su escritorio de persiana abierto. Había papeles esparcidos por encima, y un bolígrafo descansaba sobre una carta a medio escribir dirigida a Rosemarie.

Solo quedaba una habitación por mirar: su dormitorio. La puerta estaba cerrada y llamé. No sé por qué esperaba una respuesta. Mi corazón latía con miedo por la señora T. Lentamente alcancé el pomo de su puerta, temerosa de lo que pudiera encontrar. Empujé la puerta y no vi nada en la oscura habitación. Encendí el interruptor de la pared y se iluminó la lámpara de su mesita de noche.

Gruesas cortinas de terciopelo bloqueaban el sol de la mañana y daban a la habitación una sensación ominosa. La señora Thompson estaba acostada en su cama, con las mantas

subidas. Estaba boca arriba con los brazos sobre las mantas, cruzados sobre su pecho. Su cabello gris estaba recogido detrás de las orejas. Su pecho no subía ni bajaba con la respiración.

—Señora T. —dije suavemente. No se movió. Caminé hacia el lado de la cama y puse mi mano sobre su muñeca expuesta. Su piel fría me dijo que no me molestara en buscar el pulso.

Retiré mi mano y me alejé de la cama.

Hace tres meses, encontré a mi mentora golpeada hasta la muerte fuera de la botica. Esa horrible escena aún alimentaba mis pesadillas. La señora T., por otro lado, parecía haberse quedado dormida y nunca haberse despertado.

Retrocedí saliendo del dormitorio, apagando la luz mientras salía del apartamento. Cerré su puerta con llave y corrí hacia la mía, donde Jameson estaba esperando.

—Entra, cariño —dije mientras abría mi puerta—. No es bueno, ¿sabes? Se ha ido.

Jameson maulló y se frotó contra mi pierna. Me incliné para rascarle entre las orejas.

En la cocina, llené un cuenco con agua y lo puse en el suelo para él.

—Tendré que traer tu comida más tarde.

Ignoró el agua, saltó al sofá y se estiró antes de tumbarse. Saqué mi teléfono del bolsillo y marqué el número del detective Steve Palmer.

No lo había visto desde que tomó mi declaración después de que encontráramos a Abby en el maletero del coche de Chuck, pero quería hablar con alguien que conociera, no con algún operador anónimo del 911.

—¿Isabella? ¿Estás bien? —preguntó.

—Sí... eh, estoy bien. La señora Thompson, mi vecina, está muerta.

—¿Y cómo sabes esto? —preguntó—. No importa. ¿Dónde está ella?

—En su apartamento. Yo estoy en el mío.

—Bien, quédate ahí. Estaré allí en diez minutos.

Me senté en mi sofá junto a Jameson y marqué el número de mi prima Thea.

—¿Isabella? ¿Qué pasa? —murmuró adormilada.

—¿Todavía estabas durmiendo? Puedo llamar más tarde —dije.

—Demasiado tarde, ya estoy despierta.

—Vale. Siento empezar tu día con malas noticias...

Thea me interrumpió.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás? Delia y yo podemos estar ahí enseguida.

Era agradable saber que mis primas estaban listas para rescatarme en un abrir y cerrar de ojos, pero tal vez debería llamarlas más a menudo cuando no tuviera malas noticias, para que no saltaran a conclusiones.

—Estoy bien. Estoy en mi apartamento. Es la señora Thompson, falleció mientras dormía.

Extendí la mano para acariciar a Jameson. Él necesitaba el consuelo tanto como yo.

—Oh, no. Lo siento mucho. Aún puedo ir.

—No, no vengas. El detective Palmer estará aquí pronto y tendrá un millón de preguntas que hacerme. Tal vez nos veamos esta noche.

—Por supuesto. Podemos ir cuando quieras.

—No se lo digas a las tías todavía. Déjame hablar con ellas después de que se vaya la policía.

Thea se rio entre dientes. —Ni aunque me pagaran lo haría.

Las tías, nuestro término colectivo para mi madre, la madre de Thea y la madre de Delia,

armarían un escándalo cuando se enteraran de que había encontrado a otra mujer muerta. Después de nueve meses, aún no habían renunciado a presionarme para que volviera a la Casa Proctor, y esto avivaría su empeño.

—Voy a esperar hasta que Palmer pueda decirme oficialmente que murió mientras dormía.

—Inteligente —Thea bostezó—. Llámame más tarde.

Cuando colgué el teléfono, Jameson empezó a correr por el apartamento. De un lado a otro, desde mí hasta la puerta.

—¿Qué pasa? —le pregunté, sintiéndome un poco tonta porque no era como si fuera a responderme.

Intenté extender mis sentidos hacia él, pero no podía leer nada de un gato. Se estaba poniendo agitado y temía que fuera a lastimarse.

—Ven aquí, Jameson.

Corrió hacia mí y lo recogí. Cuando se dio cuenta de que me dirigía a mi dormitorio y no a la puerta del apartamento, aulló y me arañó el brazo.

—¡Ay! Ya basta —dije mientras lo metía en mi habitación y cerraba rápidamente la puerta.

Capítulo 4



Me acomodé en el sofá y esperé a que llegara Palmer. No sabía qué más hacer. No, espera, eso no era cierto.

Sabía exactamente qué hacer cuando encontraba a una mujer muerta. Llamar a la policía y esperar el inevitable interrogatorio. La verdadera pregunta era: ¿cuántas personas muertas encontraría en mi vida? Una vez es casualidad, dos veces es coincidencia, tres veces es acción enemiga, al menos según James Bond.

¿Qué enemigo? Todo lo que quería era hacer pociones, ayudar a la gente a sentirse mejor y vivir una vida mágica tranquila bajo el radar. Tenía una lógica macabra que Chuck hubiera reaccionado de manera exagerada y matado a Trina, o que James me hubiera drogado para obligarme a entregarle la botica. No podía entender por qué alguien querría asesinar a la señora Thompson. Por lo que yo sabía, llevaba una vida tranquila en su jubilación. Ciertamente no actuaba como una mujer con enemigos.

Jameson finalmente dejó de aullar en mi habitación. Esperaba que hubiera encontrado un buen rayo de sol y decidido echarse una siesta.

Si la señora T. tuviera enemigos, ¿no se movería al menos con más frecuencia? Aunque, de nuevo, no la había conocido por mucho tiempo; quizás estaba a punto de abandonar la ciudad.

Escuché un pequeño maullido que no parecía venir de detrás de la puerta de mi dormitorio. ¿Se había escapado el gato de mi habitación?

Me levanté y miré hacia el pasillo. Jameson estaba allí, luciendo tranquilo e incluso un poco avergonzado por haberme arañado. —Voy a levantarte de nuevo, y vas a ser bueno, ¿verdad?

Lo levanté y no me arañó. Esto era bueno. Volví al sofá y me senté. —¿A qué vino todo eso?

Nos quedamos allí por unos minutos. Parecía estar bien, aunque todavía estaba preocupada de que volviera a enloquecer conmigo.

Dejé a Jameson en el sofá. Necesitaba hacer café antes de que llegara la policía. En la cocina, tomé la bolsa de costosos granos Kona que mi madre me había regalado para mi cumpleaños y molí lo suficiente para una cafetera. Esperaba que la policía apreciara que estaba usando mi reserva de buen café para ellos. Mientras el agua goteaba a través de los granos, inhalé el fuerte aroma y decidí que demasiada cafeína me mantendría nerviosa todo el día. Necesitaba un té de hierbas calmante para ayudarme a lidiar con el estrés que prometía el día.

Jameson saltó del sofá y bebió algo de agua. Me miró, y supe que quería comida. —Lo

sé, chico. Prometo que conseguiré algo pronto. Ahora mismo tenemos que esperar hasta que llegue la policía.

Lo recogí y froté mi nariz en su pelaje. —Es una lástima que no puedas hablar. Podrías decirme qué pasó, y la policía podría cerrar el caso inmediatamente.

Me dio una palmadita en la cara con su pata y soltó un maullido. Me sentí reconfortada por su toque, como si tuviéramos una conexión emocional. Eso no podía ser. Era solo un gato.

—No sé si tienes otro lugar adonde ir tampoco. Verificaré con la familia de la señora Thompson. Siempre puedes quedarte conmigo si ellos no quieren llevarte.

Fui recompensada con otro maullido y chocó su frente contra mi barbilla. Hasta ahora, todo bien. Siempre había sido cariñoso conmigo, y perder a su dueña no parecía haber cambiado eso.

—¿Supongo que quieres quedarte? Estoy segura de que a Abby no le importará.

Dejé a Jameson en el suelo para hacerme un té. ¿Habría alguna poción para hacer hablar a los gatos? Ninguna que recordara de leer los libros de pociones en mi oficina. Desde que me hice cargo de la botica, había dedicado una hora al día a leer los libros de hechizos que Trina había adquirido. Leerlos era un arma de doble filo. Por un lado, estaba aprendiendo más de lo que creía posible. Por otro, a menudo terminaba mis sesiones de lectura preocupada por lo poco que sabía sobre el negocio que estaba dirigiendo.

Era difícil hacerlo sola.

En realidad, no estaba sola. Tenía a mi familia. Mi familia, que no tenía más que un talento promedio para hacer pociones. Eran geniales para el apoyo moral, pero preguntas prácticas como "¿Corto la raíz horizontal o verticalmente?" estaban fuera de su liga. Y de la mía también.

Vertí el agua, ahora hirviendo, en mi taza favorita de color verde bosque.

Iba a extrañar a la señora Thompson.

Sobre cribbage y té, hablábamos de la vida. Mayormente de mi vida. Ella evadía casi todas las preguntas sobre sí misma. Sabía que tenía un hijo llamado Brent, pero nunca mencionó a un esposo, hermanos o incluso a sus padres. Tenía la impresión de que ella y Brent no se llevaban bien, y aunque la había instado a buscar la reconciliación, ella decía que nunca funcionaría.

Me daba pena por ella, viviendo sola sin parientes a los que quisiera ver. No podía imaginar lo sola que debía haberse sentido. Tal vez por eso tenía a Jameson, para hacerle compañía. Tendría que escribirle una carta de condolencia a Brent, contándole sobre mi amistad con la señora T. para que supiera que no había estado sola. Esperaba que encontrara consuelo en eso.

Llevé mi té al sofá y me senté. Ayer, dijo que quería hablar sobre mi futuro. ¿Qué sobre mi futuro? ¿Mi futuro en la botica? ¿Mi futuro como bruja? ¿Algo más? Debería haberle pedido que aclarara antes de que se fuera. Al menos así tendría una idea de lo que quería decir.

Me preguntaba si habría dejado algo escrito en su apartamento. Después de que Palmer se fuera, tendría que entrar y echar un vistazo. No tocaría nada, bueno, no tocaría nada sin guantes, y dejaría todo donde lo encontrara. Él nunca sabría que estuve allí. Además, tenía que conseguir suministros para gatos para Jameson.

Capítulo 5



Un fuerte golpe en mi puerta me sobresaltó e hizo que Jameson corriera a mi habitación. No era propio de él asustarse tan fácilmente. Miré por la mirilla y luego dejé entrar a Palmer y Kate.

No los había visto en meses. Kate parecía más agobiada y tenía unas ojeras considerables. Su uniforme también se veía más desgastado, ya no era el uniforme nuevo y reluciente que llevaba cuando la conocí. Incluso su placa tenía un rasguño sobre la S de Stanton.

Palmer se veía más o menos igual, aunque debía haber pasado más tiempo al aire libre, porque estaba bronceado.

—¿Estás bien? —preguntó.

Dudé ante la pregunta cargada de significado. Físicamente, estaba bien. Emocionalmente, no me encontraba tan bien. La mayoría de las personas nunca encuentran un cadáver, y ahora yo había encontrado dos en menos de tres meses y medio. —Sí, estoy bien.

Me lanzó una mirada escéptica, pero dejó pasar mi mentira. —Vendré a tomar tu declaración después de ver la escena.

Kate evitó mi mirada y no vio la sonrisa que intenté darle. Cerré la puerta y volví a mi sofá. Sentía que no podía hacer nada hasta que terminaran en el apartamento de al lado. Jameson asomó la cabeza por la puerta de mi habitación, vio que no había moros en la costa y se unió a mí en el sofá.

Después de veinte minutos y mucha más gente subiendo y bajando las escaleras, hubo otro golpe en mi puerta.

Jameson saltó del sofá y corrió de nuevo a mi habitación. Abrí la puerta, sintiéndome segura con tantos policías al lado. —Adelante. ¿Les apetece un café? —les pregunté.

—No —dijo Kate secamente.

—No, gracias. No creo que esto lleve mucho tiempo —dijo Palmer, suavizando la rudeza de Kate.

Señalé el sofá. —De acuerdo. Tomen asiento.

Se sentaron, y yo acerqué una de las sillas del comedor para sentarme frente a ellos.

—Empieza desde el principio, cuéntenos todo —dijo Palmer.

—Todo comenzó cuando escuché a Jameson maullar cuando salí a tirar la basura esta mañana.

—¿Quién es Jameson? —preguntó Kate.

—El gato de la señora Thompson. En fin, llamé un par de veces y luego entré. Revisé todas las habitaciones y la encontré en la cama. Le toqué la muñeca, buscando el pulso. Su piel

estaba tan fría que supe que se había ido.

—Eso responde a una pregunta —dijo Kate.

—¿Cuál?

—Por qué había una bolsa de tu basura en su sala de estar.

¡Oh, rayos! No puedo creer que olvidara por completo sacar mi basura. —Lo siento. Puedo tirarla ahora.

Kate negó con la cabeza. —Es parte de la escena del crimen. Tenemos técnicos revisándola en busca de evidencia.

¿Evidencia? Eso apenas parecía necesario. —En realidad, es solo basura de mi apartamento que iba a sacar esta mañana. Mi basura no tiene nada que ver con la señora Thompson.

—La tiraremos cuando hayamos terminado —dijo ella.

Palmer miró a Kate y ella frunció el ceño. —¿Qué tocaste en el apartamento? —preguntó él.

Pensé por un momento, recreando mis pasos en mi mente. —Abrí la puerta del apartamento, abrí la puerta de su dormitorio y encendí y apagué la luz de su dormitorio. Luego cerré la puerta de su dormitorio y la del apartamento.

—¿Eso es todo? —preguntó Kate—. ¿No jugaste a ser detective aficionada y hurgaste en sus cajones buscando pistas?

—Las otras puertas estaban abiertas, y solo necesitaba luz en su dormitorio. —Hice una pausa por un momento—. He estado en su apartamento muchas veces en los últimos meses. Probablemente encuentren mis huellas por todas partes.

Kate resopló, y Palmer le lanzó otra mirada, esta vez más incisiva.

—¿Por qué buscaría pistas? —pregunté—. Parecía que había fallecido mientras dormía.

—¿Qué más notaste? —preguntó Palmer.

—Todo parecía ordenado y limpio, excepto su escritorio, y Jameson estaba alterado y salió corriendo del apartamento cuando abrí la puerta por primera vez.

Kate sacó su libreta. —¿Viste u oíste algo anoche o temprano esta mañana que pareciera fuera de lugar?

—No. La habitación de Abby comparte pared con la suya. Tal vez ella sí.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó Palmer.

—En The Fancy Tart —dije.

—¿Y la señora Thompson ha sido tu vecina durante cuánto tiempo? —preguntó Kate.

—Abby y yo llevamos aquí unos nueve meses, y ella se mudó aproximadamente un mes después que nosotras.

Kate anotó algunas cosas en su libreta. —¿Alguna vez escuchaste discusiones allí?

Negué con la cabeza. —No. Era una mujer tranquila, iba al supermercado dos veces por semana, pasaba regularmente por la botica para comprar un tónico para Jameson.

—¿Tratas gatos? —preguntó Palmer.

—Normalmente no. Trina ideó este tratamiento para él.

Fruncí el ceño al pensar en Trina. La echaba de menos todos los días.

Nuevas voces sonaron en el pasillo. Palmer miró a Kate, quien se levantó y fue a investigar, dejándonos a los dos solos.

Me había decepcionado que Palmer no me llamara durante los últimos meses. Pensé que, después de un comienzo difícil, nos habíamos entendido bien. Supongo que me equivoqué.

Consideré llamarlo, invitarlo a tomar un café, pero siempre terminaba acobardándome.

Palmer se relajó en el sofá. —No me alegra que hayas encontrado a otra mujer muerta.

Hice una mueca. —Igualmente.

—Kate aún no te ha perdonado.

Suspiré. —Lo sé. Intenté llamarla, dejé disculpas en su buzón de voz. Nunca me devolvió las llamadas. Es una lástima, porque esperaba que pudiéramos ser amigas. ¿Estás seguro de que no puedo traerte un café? —pregunté.

—Mejor no arriesgarse —dijo.

Entonces lo entendí. Yo también había perdido su confianza. Bajé la mirada a mis manos. —Lo entiendo. Lo siento. —Levanté la vista y decidí que necesitaba explicar mis acciones—. Es solo que si no le hubiéramos dado el té a Kate, nunca nos habría dejado irnos, y si no nos hubiéramos ido, tal vez no habríamos encontrado a Abby a tiempo.

—Nunca sabremos lo que podría haber pasado. —Se inclinó hacia adelante, mirándome intensamente—. Pase lo que pase aquí, no quiero que te involucres. Ahora mismo eres una testigo inocente. Si metes las narices, pasarás a ser sospechosa tan rápido que te dará vueltas la cabeza. —Me miró fijamente—. ¿Me estoy explicando con claridad?

Me mordí el labio y asentí. Si así era como se sentía respecto a mí, fue bueno que no me hubiera llamado.

Kate volvió a entrar. —El casero quería saber qué estaba pasando. Lo mandé a su apartamento y le dije que bajaríamos a interrogarlo...

Se llevó la mano a la sien y se frotó.

—¿Estás bien? —pregunté.

Negó con la cabeza. —Dolor de cabeza. Ya se me pasará tarde o temprano.

La miré a los ojos, intentando descifrar qué necesitaba. Aún feverfew. —Realmente tienes que reducir el estrés en tu vida. ¿Tienes más del feverfew que te di? Debería ayudar.

Kate negó suavemente con la cabeza. —Lo usé todo. Compré más en línea. No ayuda.

Por supuesto que no. Los ingredientes de las pociones no funcionan tan bien si una bruja no ha usado su intención para hacerte sentir mejor.

—Me hace preguntarme qué más le pusiste —continuó Kate.

—Nada. Nunca sabes lo que vas a obtener si lo pides por internet. Mis proveedores son personas locales en las que confío o personas en las que Trina confiaba. No necesito preocuparme por la calidad de nada de lo que hago.

Me miró con escepticismo. —Otras personas sí, sin embargo.

Palmer se levantó, caminó hacia Kate y puso una mano en su hombro. —Creo que tenemos todo lo que necesitamos aquí. Vamos a entrevistar al casero y a los otros inquilinos.

Se volvió hacia mí. —Voy a poner a un oficial al lado. No lo molestes y no te involucres en la investigación. Déjanos hacer nuestro trabajo.

En la puerta, Kate se volvió hacia mí. —Y no salgas de la ciudad en los próximos días. Puede que tengamos más preguntas para ti.

Una vez que cerraron la puerta del apartamento, Jameson salió de mi habitación y siseó.

—Está bien, solo están haciendo su trabajo.

Capítulo 6



Pensé en desayunar, pero me di cuenta de que no podía comer. Pobre señora Thompson. Parecía tan llena de vida y energía ayer mismo.

La señora Thompson nunca llegaría a resolver el problema familiar que tenía. Supuse que su familia tendría que solucionarlo por su cuenta. Ojalá me hubiera contado cuál era el problema; tal vez yo podría haber ayudado.

Tampoco volveríamos a pasar otra noche bebiendo té y jugando al cribbage. Echaría de menos nuestro tiempo juntas. No es común que dos mujeres con más de cincuenta años de diferencia se hagan amigas, pero nosotras lo habíamos conseguido. Me había abierto a ella, contándole cómo veía mi futuro, de una manera que no quería contarle a mi propia madre o abuela. La señora T. aceptaba todo lo que le decía sin juzgarme.

Gruesas lágrimas rodaban por mis mejillas. Alcancé la caja de pañuelos en la mesa de café y Jameson saltó de mi regazo.

¿Por qué tenía que morir otra amiga mía? No parecía justo. Al menos la señora T. se había ido pacíficamente mientras dormía. La abuela decía que estas cosas vienen de tres en tres, y esperaba que se equivocara. No podía soportar otra pérdida.

Jameson caminó hacia la cocina, se paró junto a su plato de agua y maulló.

Me levanté y me reuní con él en la cocina. —¿Necesitas más agua? —Su plato no estaba vacío—. ¿Tal vez comida?

Necesitaría comida y una caja de arena si iba a dejarlo aquí durante el día. —Espera, ya vuelvo.

Abrí la puerta de mi apartamento y sonreí al oficial frente a la puerta de la señora Thompson. Era alto, incluso más joven que yo, y parecía que debería estar en la escuela, no vigilando una posible escena del crimen. Su uniforme tenía ese aspecto de recién estrenado que el de Kate había perdido, y su postura rígida me decía que se tomaba en serio su responsabilidad de vigilar la puerta.

—Hola. Soy Isabella.

Su placa decía "Papatonis".

Le tendí la mano. —Encantada de conocerle, oficial Papatonis.

Asintió en lugar de estrecharme la mano. —Señora. ¿Hay algún problema?

¿Señora? No podía haber más de tres años de diferencia entre nosotros. ¿Cómo se atrevía a empezar con señora? Aunque, pensándolo bien, no me había mirado al espejo esta mañana, y podría tener un aspecto un poco aterrador, con el pelo negro apuntando en todas direcciones. —

Sí. Tengo al gato de la señora Thompson. Ella me pide que cuide de su gato cuando sale de la ciudad, así que cuando abrí su puerta hoy, Jameson, el gato, corrió hacia mi puerta.

Parecía confundido. Prefería eso a que estuviera asustado.

—Cuando encontré a la señora Thompson, ni siquiera pensé en coger nada para el gato. Tengo que irme al trabajo en un rato y no quiero dejarlo sin comida ni caja de arena.

Asintió. —Puedo ver el problema.

—Y no tengo tiempo de salir a comprar provisiones. ¿Cree que podría entrar y coger algunas cosas para el gato?

Frunció el ceño. —No se me permite dejar entrar a nadie, excepto a la policía.

Sonreí con lo que esperaba fuera mi sonrisa más desarmante. —Oh, por supuesto. Lo entiendo completamente. Es solo que... el pobre gato ha perdido a su dueña y ahora no tendrá comida. —Arrugué la nariz—. Ni caja de arena.

Se movió inquieto. —Simpatizo con usted, señora, de verdad. Yo también tengo un gato.

—¿Tal vez podría traérmelas usted? —pregunté.

Pareció más contento con esa idea.

—La comida está en el armario debajo del fregadero, y la caja de arena y la arena extra están en el baño. Solo tomaría un minuto, y prometo que no dejaré entrar a nadie mientras esté dentro.

Antes de que pudiera responder, sonó su teléfono. —Papatonis —contestó. Después de un momento, dijo—: Sí, detective. Todo está bien aquí. Hay una mujer que quiere sacar suministros para gatos del apartamento. Vive al lado. ¿Debo dejarla entrar?

Tras un momento, me pasó su teléfono.

—Hola —dije.

—Tiene treinta segundos para entrar, coger lo que necesite y salir —dijo Palmer—. Papatonis inspeccionará todo lo que saque.

—Gracias. Esto será mucho mejor para Jameson.

—Y señorita Proctor, no husmee por ahí. —¿Señorita? ¿Qué les pasaba a los hombres hoy?

—Lo prometo. Gracias.

Le devolví el teléfono a Papatonis, quien escuchó a Palmer y luego colgó. Desbloqueó la puerta para mí. —Sea rápida.

Intentaba sonar firme y autoritario, pero era difícil tomarlo en serio cuando su voz casi se quebró. Sonreí y entré. Fui directamente a la cocina y cogí la comida de Jameson y su plato. Los puse en el suelo junto a la puerta y me dirigí al baño. La puerta de la habitación de la señora T. estaba cerrada. La miré y me estremecí. Eché un vistazo al escritorio de la señora Thompson, tentada de ver lo que había estado escribiendo la noche anterior. Sé que dije que no husmearía. Echar un vistazo rápido no era husmear, ¿verdad?

La carta para Rosemarie seguía encima de los papeles. Tomé rápidamente una foto de ella y del sobre con la dirección que estaba al lado.

Papatonis entreabrió la puerta. —¿Necesita ayuda? —preguntó.

Me escabullí hacia el baño. —Sí, por favor. No podré llevarlo todo en un solo viaje yo sola.

Abrió la puerta completamente. —¿Qué puedo hacer?

—Si llevas la comida, yo me encargo de la arena.

Sacamos los suministros del gato del apartamento. Se detuvo en mi puerta. —Tengo que quedarme aquí fuera.

Dejé las cosas que llevaba para coger la comida de él. —Gracias por tu ayuda.

Intenté cerrar mi puerta, pero él dijo: —Espera.

Lo miré con curiosidad.

—Necesito revisar lo que te llevaste —echó un vistazo a la bolsa de comida y al contenedor de arena—. Es solo una formalidad. No quiero decirle al detective Palmer que no seguí órdenes.

—Por supuesto. Lo entiendo. A veces es bastante intenso.

Compartimos una sonrisa antes de que llevara los suministros de Jameson a mi apartamento y cerrara la puerta. —Jameson, tengo comida —llamé.

Serví comida en su plato y lo puse en la cocina, junto al cuenco de agua. La caja de arena la coloqué al lado del lavabo del baño, justo donde estaba en el apartamento de la señora T., para que supiera dónde encontrarla. Miré mi reloj. Las ocho y media. Tenía que ponerme en marcha.

Jameson comió y luego encontró el lugar soleado en la alfombra frente a la ventana de la sala de estar.

Cogí mis sandalias, metí el teléfono y las llaves en el bolsillo, y me sorprendió ver a Jameson esperándome en la puerta del apartamento.

—No puedo dejarte volver a casa. El oficial no te dejará entrar. Te vas a quedar aquí hoy. No se movió.

—Tengo que irme. Necesito abrir la tienda.

Jameson inclinó la cabeza pero no se movió.

Abrí la puerta e intenté caminar alrededor de él, pero salió conmigo. Me agaché para recogerlo, pero se escabulló por el pasillo.

—¿Problemas con el gato? —preguntó Papatonis.

—Parece que no quiere quedarse solo en casa.

—El pobre ha tenido un buen susto. Tal vez si me pongo al otro lado de él, podamos atraparlo.

Miré de Papatonis a Jameson. —No, no creo que sea necesario. Tienes razón en que ha pasado una noche difícil. Me lo llevaré al trabajo.

Jameson caminó hacia mí.

—¿Vas a llevarlo en brazos? —preguntó.

Pensé por un momento. Hasta donde yo sabía, Jameson era un gato de interior, y no quería que se perdiera, o algo peor, en las calles. Necesitaba que lo llevara.

—Solo vigílalo mientras voy a buscar una bolsa para llevarlo.

Abrí mi puerta (honestamente, con un policía justo al lado y algunos hechizos de protección bastante potentes, ¿por qué me molestaba?) y cogí el bolso de playa rosa y naranja de mi habitación.

De vuelta en el pasillo, Jameson permitía que Papatonis lo acariciara, pero cuando vio la bolsa, me bufó. Vale. Quizás no íbamos a usar la bolsa. —¿Nada de bolsa? ¿Qué tal una correa? —le pregunté a Jameson.

No es fácil leer la expresión en la cara de un gato, así que volví adentro para buscar un trozo de cinta. No tenía idea si esto funcionaría mientras repasaba apresuradamente los nudos que había aprendido hace más de una década en los scouts. Improvisé rápidamente un arnés alrededor de su pecho y patas con la cinta, que pensé que no podría escapar.

Jameson se desplomó en el suelo y se quedó quieto.

—Escucha, si quieres venir conmigo, es o la bolsa o la correa. Tú eliges.

Levantó la cabeza del suelo y bufó a la bolsa. Apparently, eligió la correa, porque

empezó a caminar hacia las escaleras. —Muy bien, entonces será la correa —dije mientras recogía el extremo y lo seguía escaleras abajo.

Una vez fuera, Jameson se detuvo y miró alrededor, observando los pájaros posados en el cable telefónico y los seis perros que paseaba una mujer. Estaba bastante segura de que los perros pesaban más que ella y me asombraba que pudiera mantenerlos a todos controlados.

Después de que los perros pasaran, Jameson empezó a caminar. Tomó los giros apropiados y me llevó al trabajo. ¿Cómo había sabido adónde ir? Empezaba a pensar que no era un gato común y corriente.

Capítulo 7



Me gustaba llegar al trabajo lo suficientemente temprano para instalarme antes de que llegaran mis primeros clientes. Tenía una rutina para prepararme para el día y odiaba cuando me apresuraba. Aunque, supongo que la muerte de una amiga y la repentina herencia de un gato eran buenas razones para llegar tarde.

Jameson me guió por el costado del edificio hasta el patio compartido y la puerta trasera de la botica. Revisé la puerta del invernadero: seguía cerrada. Normalmente, entraría a regar y cuidar las plantas. Comenzar mi día con plantas siempre me hacía feliz. Hoy, tendría que hacer tiempo para el invernadero cuando pudiera.

Recogí los paquetes apilados junto a mi puerta. No había terminado de reponer el stock que la tienda había perdido, pero estaba cerca. En unos meses más, tendría todo lo que necesitaba. Con Jameson delante de mí, abrí la puerta y entré, equilibrando los paquetes mientras cerraba la puerta detrás de nosotros. Me detuve justo adentro y sentí la familiar sensación de alegría teñida de tristeza. Me encantaba ser dueña del negocio y pasar mis días ayudando a otros, pero el costo había sido demasiado alto. Hubiera dado cualquier cosa por volver a ser la aprendiz de Trina.

Dejé caer los paquetes sobre una mesa en la sala de preparación, esperando tener tiempo de abrirlos más tarde. Tenía que prepararme para los clientes del día.

—Estarás bien aquí —le dije a Jameson—. Tengo mucho que hacer, pero volveré una vez que abramos.

Moví la caja de hierba gatera al estante superior, esperando que no pudiera alcanzarla. Jameson no parecía interesado mientras saltaba a la mesa de trabajo de Trina, se acostaba y comenzaba a lamerse las patas.

Como siempre, lo primero que hice fue encender la vela conmemorativa que estaba en el mostrador, junto a una foto de Trina. —Buenos días, Trina. Todavía te extraño terriblemente —sabía que si ella aún estuviera aquí, juntas podríamos encontrar algo para ayudar a Agatha. Sabía que no podía oírme, pero hablarle todos los días me ayudaba a mantenerme enfocada. Lidar con clientes que no les gustaba lo que tenía que decir era difícil, y usaba las lecciones de amabilidad y compasión de Trina para guiarme en la dirección correcta.

Había hecho algunos cambios en la botica durante los últimos meses. Ahora tenía una exhibición de té en bolsitas en la parte delantera de la tienda que eran populares entre los turistas. Mis clientes habituales querían té a granel que pudieran mezclar ellos mismos, y los turistas preferían los empaquetados. Reaprovisé la mesa de té con tazas, azúcar y miel, luego

preparé un té oolong de granada como el té del día. A Trina le encantaban todos los té oolong, así que parecía un recuerdo apropiado preparar uno cada semana en su memoria.

Luego, abrí la oficina y saqué el cajón de la caja registradora de la caja fuerte recién instalada. La caja fuerte de pared era lo suficientemente grande como para contener varios libros de pociones, el cajón del dinero y algunos ingredientes caros. Después de que robaran recetas de pociones peligrosas, juré nunca volver a estar en esa posición. Incluso sin la potencia adicional que una bruja añadía a una poción, muchas de estas podían ser bastante dañinas.

Ya en la tienda, puse el cajón del dinero en la registradora y lo cerré.

Me serví una taza de té y recorrí la tienda. Había ordenado después de cerrar ayer, pero asegurarme de que todo estuviera en su lugar era tranquilizador.

Una vez que me aseguré de no haber pasado nada por alto anoche, fui a la oficina y me senté en el escritorio. Todavía no había terminado de elegir proveedores, pero no tenía la fuerza mental para lidiar con tantas opciones aún. Saqué un papel de carta del cajón del escritorio y pensé por un momento. Quería escribir una breve carta al hijo de la Sra. Thompson, haciéndole saber lo especial que ella era para mí y también que yo tenía a Jameson, si quería reclamarlo.

Me mordí el labio y comencé a escribir.

Estimado Sr. Thompson:

Lamento que nunca nos hayamos conocido. Yo era la vecina de su madre. Lamento mucho su pérdida. Su madre era una mujer amable que nos ayudó a mi compañera de piso y a mí cuando lo necesitábamos.

Su madre también ha sido una amiga para mí, invitándome a tomar el té y jugar al cribbage, y he cuidado a Jameson por ella cuando estaba fuera de la ciudad. Actualmente se está quedando conmigo y si desea recogerlo, no dude en pasar por aquí.

Extrañaré terriblemente a su madre y su amabilidad.

Con mis más profundas condolencias,

Isabella Proctor

Corta y simple. Esperaba que la carta le trajera algo de consuelo. El fallecimiento de la Sra. T. me recordó que no debía dar por sentada a la abuela. Debería hacer un esfuerzo por verla más, para no arrepentirme de perder tiempo con ella en el futuro.

Puse la carta en la bandeja de salida. Consultaría con Palmer para asegurarme de que hubiera sido notificado y pediría la dirección.

Pensar en sobres y direcciones me recordó las fotos que tomé del escritorio de la Sra. Thompson. Saqué mi teléfono y las revisé.

La primera foto era de la carta a Rosemarie. No estaba terminada, pero parecía que le debía quinientos dólares a la Sra. Thompson, y la Sra. T. necesitaba que se los devolviera de inmediato.

¿Quinientos dólares? La Sra. T. vivía frugalmente, y me sorprendió que tuviera ese tipo de dinero para prestar a una amiga.

Pasé a la siguiente imagen: el nombre y la dirección de Rosemarie en un sobre. Vivía al otro lado de Portsmouth.

¿Era posible que la Sra. T. hubiera sido asesinada por el dinero? Cerré los ojos con fuerza y luego los abrí.

No había nada que decir. La Sra. T. no había sido asesinada, y necesitaba frenar mi mente suspicaz.

Sonó la campanilla de la puerta y salí de la oficina para recibir a mi clienta.

La señora Newcomb estaba mirando la exhibición de velas aromáticas que había movido

al centro de la tienda. No la había visto en una semana, y ahora sabía por qué. —¡Me encanta tu nuevo peinado!

Se volvió hacia mí, y me di cuenta de que su cabello no era lo único que había cambiado. —¡Y mírate tú! Te ves genial.

—Gracias, cariño. Pensé que era hora, ya sabes, de volver a verme bien. Pasé ayer en el spa: nuevo corte y color de cabello, un facial de dos horas y un masaje que me hizo sentir como si hubiera muerto e ido al cielo.

Se había cortado el largo cabello gris hasta los hombros y lo había teñido de un hermoso tono rubio miel. Había abandonado el apretado moño que solía llevar por ondas sueltas. Su maquillaje sutil complementaba muy bien el nuevo peinado. —¿Y qué opina el señor Newcomb?

Se rio. —Es un mentiroso, dice que no aparento ni un día más de cincuenta.

Sonreí. —No está mintiendo, te ves fantástica.

—No sé qué me ha pasado, pero me siento mucho mejor últimamente. Tengo mucha más energía ahora que no estoy tosiendo y jadeando. Creo que es tu nuevo tónico.

Nunca había preparado el tónico de la señora Newcomb antes de que Trina falleciera, y no había hecho ningún cambio en la receta de Trina en el formulario. Tampoco era la única clienta que decía que había empezado a sentirse mejor ahora.

—Basta de hablar de mí, cariño. ¿Cómo estás tú?

—No muy mal. —No quería mentir, pero tampoco quería hablar de la señora Thompson.

Me miró con escepticismo. —Hoy voy de compras, ropa nueva para la nueva yo. Tenía que pasar por aquí primero y mostrarte cómo me has ayudado. ¿Cuál es el té del día?

Señalé la pizarra del menú en la pared que decía "oolong de granada".

—Oh, ese aún no lo he probado. —Se aclaró la garganta, pero no tosió. Este era un cambio definitivo; por lo general, una vez que empezaba, le tomaba tiempo controlar un ataque de tos.

Tomé una taza de la mesa. —Déjame servirte un poco. ¿Con o sin cafeína?

—Definitivamente con cafeína. Y con un toque de miel.

Preparé su té y se lo entregué. Mientras lo hacía, usé mi intuición para ver si había algo que debiera ofrecerle hoy. Su tos estaba mucho mejor y no necesitaba nada más.

—Sé a qué te refieres. Yo solo tomo cafeína hasta al menos la hora del almuerzo, o me quedaré dormida a las tres.

Dio un sorbo. —Delicioso. ¿Viene en hojas sueltas o en bolsitas?

—Este es de las bolsitas. ¿Quieres que te dé algunas?

Dio otro sorbo. —Por supuesto.

Tomé una lata magenta del estante y se la entregué. —¿Buscas algo más en particular?

—No, pero deberíamos hablar, cariño.

No estoy segura de que la señora Newcomb alguna vez llamara a la gente por sus nombres reales. Me gustaban sus términos afectuosos para mí, aunque pensaba que tal vez no podía recordar mi nombre.

Levanté una ceja. —¿Sobre qué?

—Como no vas a sacar el tema, acabo de enterarme de que tu vecina murió mientras dormía.

—Sí. La señora Thompson. Se veía muy tranquila cuando la encontré.

—¿La viste?

—Sí. Su gato estaba maullando, así que usé mi llave de su apartamento para ver qué pasaba.

—Oh, pobrecita. ¿Dónde está el gato ahora? No dejaste que la policía lo llevara a un refugio de animales, ¿verdad?

Sonreí. —No. Jameson es un buen gato, y yo lo cuidaba cada vez que la señora T. salía de la ciudad. Cuando abrí su puerta, corrió directamente a la mía.

Ella asintió.

—Espera un momento, ¿cómo te enteraste de ella?

Dio otro sorbo a su té. —Chismes de viejas. Chloe Bickham vio al forense estacionado en tu edificio y observó un rato. Se dio cuenta de en qué apartamento estaban y luego empezó a llamar a todos con la noticia.

—Ya veo. Debería ser parte del programa de vigilancia del vecindario.

—Y ahora me entero de que tú encontraste su cuerpo. Qué terrible para ti.

Bajé la mirada hacia mis pies. Estaba triste por la pérdida de la señora T., pero considerando la relativa tranquilidad de su fallecimiento en comparación con el de Trina, no estaba tan devastada.

—Bueno, nunca es agradable. Al menos se fue mientras dormía.

—Déjame comprar este té y te dejo tranquila, cariño. Tengo algunas llamadas que hacer. ¿Dices que mientras dormía?

Asentí. —La encontré en la cama, con su pijama.

Pagó el té y salió apresuradamente de la tienda.

Me dirigí a la sala de preparación para desempacar las entregas de la mañana de corteza de canela, aceite de rosa y mirra. —¿Adaptándote a la vida de gato de tienda? —le pregunté a Jameson.

No se había movido desde que lo dejé, y parecía estar bien.

Estaba soñando despierta, pensando en otras pociones que podría crear, mientras me abría paso preparando los pedidos de la semana. Sonó la campanilla de la puerta, sacándome de mi ensueño.

—¿Isabella? —llamó Delia.

Sonreí y salí de la sala de preparación para ver a mis primas Delia y Thea cargando pizza y bebidas.

Éramos primas y se notaba que estábamos emparentadas, aunque nuestros estilos eran muy diferentes. Thea tenía un estilo práctico, llevaba su largo cabello castaño recogido y casi nunca usaba maquillaje. Delia era la que más tiempo dedicaba a su apariencia: cabello rubio con puntas rojas que hacían juego con su lápiz labial, delineador de ojos perfectamente aplicado y ropa más elegante que los vaqueros y camisetas de Thea. Yo me situaba en un punto intermedio, con ropa más bonita, cabello negro liso y rara vez más maquillaje que una rápida pasada de rímel y brillo labial.

No había comido nada en todo el día y el olor a pizza hizo que me rugiera el estómago.

—Me habéis leído la mente. Me muero de hambre.

Me siguieron a mi oficina, donde despejé el escritorio para hacer espacio para el almuerzo. Habían traído mi pizza favorita. Agarré la primera porción y le di un gran mordisco. La salsa picante y la masa crujiente creaban la base perfecta para el queso caliente, los champiñones y las cebollas.

—Qué rico —dije después de tragar—. Sois geniales.

Delia me miró con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Estoy triste, pero estaré bien.

Thea me pasó una botella de té helado.

—Al menos se fue en paz —dijo Delia.

—Supongo que sí. Me pregunto...

—Oh, no. De ninguna manera. Murió pacíficamente mientras dormía y eso es todo —dijo

Thea.

No estaba segura.

—¿Estaría vigilado su apartamento si hubiera muerto mientras dormía?

—¿Vigilado por quién? —preguntó Delia.

—Palmer dejó a un oficial frente a la puerta. No se hace eso a menos que tengas sospechas y quieras proteger la escena del crimen.

Capítulo 8



¿Viste a Palmer hoy? —preguntó Delia.

Asentí.

—¿Cómo fue? —preguntó Thea después de tragar un bocado de pizza.

—¿Es esta la verdadera razón por la que vinieron? ¿Buscando detalles de mi inexistente vida amorosa? —No las culpaba; ninguna de nosotras había tenido mucha suerte en el amor.

—Estaba investigando una muerte, así que no hubo mucha charla.

—¿Te explicó por qué no te había llamado? —preguntó Delia.

—No entramos en nuestras vidas personales. Me preguntó sobre la señora Thompson y le dije que tenía a su gato —respondí.

—¿Tienes a Jameson? ¡Qué suerte! —dijo Thea.

Habíamos querido una mascota cuando éramos más jóvenes, pero las tías siempre decían que no. No todas las brujas tienen familiares. De hecho, nadie en la Casa Proctor tenía uno. El problema de tener una mascota era que un familiar no te elegiría si ya tenías una.

—¿Crees que... —comenzó Thea.

—No tengo idea si Jameson era su familiar, y ahora mismo es solo un gato normal. Está en la sala de preparación, durmiendo.

—Podría ser... —dijo Delia.

—Ni siquiera quiero considerarlo ahora mismo —dije.

La otra cosa sobre tener un familiar era que significaba que estabas destinada a ser una bruja poderosa. No podía imaginarme siendo más fuerte que mis tías o mi abuela, que no tenían familiares. No estaba segura de estar preparada para tanta responsabilidad.

—A Palmer no pareció importarle que me lo llevara, y le dije que consultaría con su familia para ver si alguien más lo quería —dije.

Recordé algo más que dijo también—. También me dijo que Kate aún no me había perdonado.

—¿Perdonado por qué? —preguntó Delia.

—Por dormirla —dijo Thea.

—Ah, cierto —dijo Delia—. ¿En serio? ¿Todavía está molesta?

—Sí. No estoy segura de que haya algo más que pueda hacer.

Ya me había disculpado con ella, pero no me hablaba. Y no me perdonaría. Supongo que

no tenía que hacerlo. Tenía la sensación de que mientras ella no me perdonara, Palmer también estaría enojado conmigo.

—Tal vez ahora que la verás más a menudo, te verá como la buena persona que eres y lo dejará pasar —sugirió Thea.

—No estoy segura de que la vaya a ver más, sin embargo. Palmer podría retirar la guardia en cualquier momento. Además, no viste lo enojada que parecía cuando le ofrecí una taza de café esta mañana. Le va a tomar un tiempo perdonarme.

Mi teléfono sonó. Miré la identificación de llamada—. Hablando del rey de Roma —dije—. Es Palmer.

Contesté el teléfono y caminé hacia la ventana delantera—. Hola, detective.

—Buenas tardes. Necesito hacerle algunas preguntas más. ¿Está en el trabajo?

—Sí, lo estoy. Estaré aquí hasta las seis.

Colgué y puse al tanto a mis primas.

—Nos iremos para que puedas estar a solas con él —sonrió Thea con picardía.

—Eso no me va a servir de nada, ¿sabes? —dije mientras salían de la oficina.

Oí las campanillas de la puerta y supuse que eran mis primas saliendo, pero las escuché decir: "Hola, tía Michelle", y supe que estaba condenada. Mi madre estaba aquí, y solo viene a mi trabajo cuando está preocupada.

—Estoy en la oficina —le grité a mi madre.

Entró y tomó asiento. Mi madre, a los cuarenta y nueve años, era impresionante. Su cabello negro empezaba a volverse gris en el frente, enmarcando su rostro con reflejos blanco plateados.

—Acabo de enterarme. Lo siento mucho —dijo.

Sonreí. Estaba sin aliento y debía haber corrido hasta aquí para ver cómo estaba—. ¿Corriste?

Negó con la cabeza—. No. Pero caminé lo más rápido que pude. Tal vez debería empezar a correr. No debería estar tan fuera de forma. En fin, ¿cómo estás? ¿Estás bien?

Antes de que pudiera responder, Jameson entró y saltó sobre el escritorio.

—¿Tienes un gato? —preguntó mi madre.

—Este es Jameson. Era de la señora Thompson, y cuando la encontré, él vino conmigo a mi apartamento.

Extendió la mano para que él la oliera. Mi madre pasó cualquier prueba de gato que tuviera y se le permitió acariciarlo.

—¿Es tuyo ahora? —preguntó.

Comenzaba a parecerlo, pero no quería apresurarme—. No estoy segura. Le he escrito a su hijo, y si él quiere al gato, ese será el fin del asunto.

Jameson bufó y saltó del escritorio.

Mi madre suspiró—. No sé exactamente cómo preguntar esto. ¿Su muerte fue natural?

Me recliné en mi silla y cerré los ojos. —No lo sé. Parecía que había fallecido tranquilamente mientras dormía, pero Palmer puso un guardia en su puerta.

—¿El detective Palmer está a cargo del caso?

Fruncí el ceño. —Y Kate lo está ayudando. Todavía está enojada conmigo.

—Puede que le tome más tiempo entrar en razón. Él es un buen detective y descubrirá lo que sucedió.

Y aquí viene. Cortesías aparte, me preparé para la inevitable charla de "deberías volver

a casa".

—No hay razón para que te involucres. Simplemente mantente al margen de la investigación. Mira lo que te pasó a ti y a la pobre Abby la última vez. No creo que mis nervios puedan soportar más tensión.

—No tienes por qué preocuparte. Prometo que estaremos a salvo. De hecho, no creo que podamos estar mucho más seguros de lo que estamos con un oficial en la puerta de al lado.

—Prométemelo. No metas las narices donde no te llaman.

—Te lo prometo, mamá.

¿Qué es eso? ¿Las brujas Proctor no mentían? Muy cierto, pero mi madre me había dejado un enorme vacío legal: ¿quién dice dónde pertenezco yo, o mi nariz, realmente?

Las campanillas de la puerta sonaron de nuevo y me puse de pie. —Lo siento, tengo que volver al trabajo.

Mi madre también se levantó. —Por supuesto. ¿Vendrás a cenar pronto?

Ahora me lo pedía, en lugar de exigirme que fuera a cenar a la Casa Proctor. Ese era un cambio agradable que había comenzado después de que atrapamos a Chuck.

—Pronto. Lo prometo. —Y esto no era ningún tipo de mentira. Era mucho más fácil decir que sí cuando me lo pedía en lugar de ordenármelo.

Caminamos hacia la tienda y vimos a la señora Newcomb. Me despedí de mi madre con la mano mientras se iba y luego me volví para ver cómo podía ayudar a mi clienta.

—¿De vuelta tan pronto? ¿Qué puedo ofrecerle? —le pregunté.

Ella sonrió. —Todavía estoy bien, cariño. Pero tengo información para ti. Pensé que podrías pasársela a ese guapo detective con el que deberías estar saliendo a estas alturas.

Puse los ojos en blanco. —No es probable que salgamos pronto. Está un poco molesto conmigo porque he encontrado a otra mujer muerta.

—Bueno, te diré que a mí también me preocupa un poco. Me temo que algún día seas tú a quien alguien más encuentre.

Intenté sonreír de forma tranquilizadora, pero era un pensamiento que también rondaba en el fondo de mi mente. —Ya conoces a las mujeres Proctor, prácticamente indestructibles. Así que dime, ¿cuál es la primicia?

Se acercó a la mesa de té y se sirvió una taza de oolong de granada. —No sé si es cierto, pero es una bomba si lo es.

Levanté una ceja.

—Escuché que Beatrice tuvo que abandonar el pueblo donde vivía antes porque la gente de allí la odiaba, incluido su hijo. No es que quiera hablar mal de los muertos, pero debemos considerar que hay más en ella que la actuación de dulce ancianita que muestra por el pueblo.

—¿De dónde venía?

Dio un sorbo a su té. —Oh, cielos, esto está delicioso. Me alegro de haber comprado un poco antes.

—¿Su pueblo?

—Eso es lo curioso. Nadie sabe nada más que está en la parte norte del estado.

Tenía que ser Sewall. El pueblo estaba oculto para las personas sin magia, así que tenía sentido que nadie pudiera recordarlo.

—Es interesante, pero dudo que podamos averiguar mucho más si no sabemos el nombre del pueblo.

Terminó su taza de té y caminó hacia el mostrador en la parte trasera de la tienda. —Supongo que no, pero tienes que admitir que la pone bajo una luz diferente.

—Ciertamente lo hace. ¿Puedo ofrecerle algo más esta tarde?

—No, creo que no. Vas a investigar esto, ¿verdad? Hiciste un trabajo estupendo encontrando a ese hombre despreciable que mató a Trina. Estoy segura de que encontrarás a este asesino también.

Sonreí. —Aprecio tu confianza. Por ahora, no tenemos motivos para creer que le haya pasado algo malo. Espero conocer a su hijo en los próximos días y al menos puedo hacerle una pregunta o dos.

Capítulo 9



Veinte minutos después de que la señora Newcomb se fuera, Palmer entró por mi puerta. Le sonreí, pero él no me devolvió la sonrisa. ¡Murciélagos! ¿Estaba realmente tan enfadado conmigo? Lo miré más de cerca. No estaba enfadado, estaba preocupado. —¿Puedo prepararte un té? —Me di mentalmente una bofetada—. ¿Quizás una botella de agua? Sellada y sin abrir.

Tomó un cristal de cuarzo de la mesa de gemas y lo hizo rodar en su palma. —No. Estoy bien.

Guardé el plumero que había estado usando en los frascos de vidrio de hierbas detrás del mostrador. —Ese es cuarzo. Lo usamos para sanar y puede ayudar a traer el romance a tu vida.

Dejó el cristal y frunció el ceño. —¿Crees en todas esas tonterías?

Genial. Supongo que no debería haberme sorprendido de que fuera tan cerrado de mente. —No lo sé. A los turistas les gusta comprar cristales y algunos juran por sus propiedades. Yo soy herbolaria, así que pongo mi fe en el poder curativo de las plantas.

Miró a lo largo de la pared de hierbas, tomándose el tiempo para leer la etiqueta de cada frasco.

Jameson entró en la habitación, le siseó a Palmer y corrió hacia mi oficina.

—¿Buscas algo en particular? Si no lo tenemos, puedo pedir cualquier cosa que necesites.

—¿Tienes acónito?

No recordaba haber pedido acónito. Aunque, a decir verdad, había pedido mucho últimamente. —No, no creo. Es una flor, ¿verdad?

—Sí. Flores moradas.

—¿Has notificado a los familiares de la señora Thompson?

Se volvió hacia mí. —¿Por qué?

—Le escribí una breve nota, pero no quería enviarla hasta estar segura de que habías hablado con él primero.

Palmer asintió. —¿Qué tan bien lo conoces?

—Nunca lo he conocido. Escribir una nota es simplemente lo que se hace cuando no conoces a alguien lo suficientemente bien como para visitarlo.

Revisé las hierbas: agrimonia, arraclán, angélica. El acónito habría estado primero en el estante, pero no tenía ninguno. —¿Para qué lo necesitas? —pregunté.

—¿Tal vez tengas algo en la parte de atrás?

Negué con la cabeza. —Todo lo que está en la sala de preparación tiene un frasco correspondiente al frente.

—¿Qué hay del invernadero?

Fruncí los labios. —Definitivamente no. Acabo de terminar de comprar las plantas para reemplazar las muertas y no compré acónito.

—¿Te importa si echo un vistazo? —preguntó.

No me importaba, pero quería saber qué estaba pasando. —¿Esto tiene que ver con la señora Thompson?

—No puedo hablar sobre una investigación en curso. ¿Puedo ir al invernadero, o prefieres que vuelva con una orden?

Eso sonaba como la manera de un detective de decir sí sin realmente decirlo. Lo miré a los ojos, tratando de determinar si necesitaba llamar a un abogado. Pensaba que Palmer era un tipo honesto, pero si estaba guardando rencor en nombre de Kate, me preocupaba. —¿Estoy en algún tipo de problema?

—No si no tienes acónito —dijo.

Saqué mi teléfono del bolsillo e hice una búsqueda rápida en Google. Sentí que la sangre se me iba del rostro mientras leía los efectos venenosos que tenía la planta. —Necesito sentarme.

Me siguió hasta mi oficina y se posó en el brazo de una de las sillas para visitantes.

Tomé unas cuantas respiraciones profundas. —No puedes creer posiblemente que yo lastimaría a la señora Thompson.

—No quiero hacerlo. Créeme. Creo que eres una persona fundamentalmente buena. Tienes un historial, sin embargo, y no voy a confiar en tu palabra.

Eso dolió. Sus palabras dolieron más porque me las había ganado. Aunque había una gran diferencia entre un té que te ayuda a dormir y un veneno mortal, podía ver por la forma en que apretaba la mandíbula que pensaba que si hacía uno, haría el otro.

—Adelante. No tengo nada que ocultar.

Sacó su teléfono y dijo: —¿Lo tienes?

La puerta de la botica se abrió y me puse de pie.

—Es mi equipo. Nos quedaremos aquí, fuera de su camino.

Mi estómago se hundió. Tenía un equipo; había estado preparado. Al menos una parte de él pensaba que yo había matado a la señora Thompson.

Hubo un solo golpe en la puerta de la oficina. —El invernadero está cerrado —dijo Papatonis.

Palmer extendió la mano. —Dame la llave del invernadero.

Le entregué la llave de repuesto que guardaba en mi escritorio, y él se la dio a Papatonis.

—Buscaré aquí, si no te importa.

—De acuerdo —dije con voz pequeña.

Se puso guantes y se movió por la habitación, buscando rápida y profesionalmente en cada centímetro. Me quedé en la esquina mientras revisaba el escritorio.

—¿Tienes la combinación? —preguntó, mirando la caja fuerte.

Abrí la caja fuerte para él. —Aquí hay ingredientes caros, así que tenga cuidado, por favor.

Sacó los pocos frascos pequeños de la caja fuerte y los colocó en el escritorio. Luego tomó mi copia del Libro de Pociones y Artes Curativas de Drostov y lo hojeó. —¿Pociones? —preguntó.

—Pociones es una palabra antigua para tinturas o remedios herbales. La mitad de los téis que bebemos ahora alguna vez se consideraron pociones.

—¿Y faltan los hechizos de amor?

—Se arrancaron cuando Trina murió. Están en una carpeta en el fondo de la caja fuerte.

Hubo un golpe en la puerta. El oficial que llegó primero cuando encontré a Trina nos miró. —Oye, jefe. Creo que he encontrado algo.

—Ven conmigo —ordenó Palmer.

Caminamos hacia la sala de preparación, donde una bolsa de flores secas de equinácea había sido vaciada sobre la mesa. Tenía que reconocer el mérito a la policía, todo lo demás había sido devuelto a los estantes —en los lugares equivocados— pero ordenadamente, no obstante.

—Eso es equinácea —dije.

El oficial, cuyo nombre era O'Neill, miró la etiqueta de la bolsa de donde habían salido. —Eso es lo que dice la etiqueta, pero usted dijo cualquier flor morada.

Palmer extendió la mano y O'Neill le entregó la bolsa. Me miró. —¿Para qué sirve esto?

—La equinácea y el sello de oro potencian el sistema inmunológico. La mayoría de la gente bebe té de equinácea y sello de oro cuando sienten que se les viene un resfriado.

Palmer buscó una imagen de equinácea en su teléfono y la comparó con las flores secas.

—Esto no es lo que estamos buscando. Guarda esto. ¿Encontraste algo más aquí?

—No —dijo O'Neill.

Palmer salió al área de ventas y lo seguí. —Nada aquí, jefe —dijo Kate.

Su expresión se endureció cuando salí de detrás de él para mirar mi tienda. Como en la sala de preparación, las cosas habían sido devueltas a un estante, aunque no al correcto. Sabía en qué estaría ocupada el resto de la tarde.

Palmer se volvió hacia mí. —Hablemos en tu oficina.

Me siguió y cerró la puerta. Se sentó y no dijo nada, mirándome.

Por la ventana, vi oficiales en el invernadero. Era poco probable que causaran algún daño allí, porque parecía que Palmer les había dicho que tuvieran cuidado. No sentía que le debiera una explicación por cosas que no había hecho y decidí esperarlo.

Finalmente, dijo: —Usted es una mujer inteligente. Ha deducido que la señora Thompson fue envenenada. El forense casi lo pasa por alto, excepto por la irritación en la parte posterior de su boca.

¡Rayos! Thea no iba a estar contenta con esto. —¿Quién habría querido matarla? No tenía mucho que robar, y no puedo imaginar que hubiera hecho enojar tanto a alguien.

—No lo sabemos. —Sonó su teléfono—. Sí. Bien, de acuerdo —fue todo lo que dijo—. Era el otro equipo de búsqueda. Abby los dejó entrar en su apartamento, y tampoco encontraron nada allí.

La ira me invadió. —Por supuesto que no. No soy una asesina, y usted lo sabe. El jefe también lo sabe.

—Quiero creerle, pero... —se detuvo.

—¡Por el amor de Dios! Era un té que ayudó a Kate a dormirse un poco más fácilmente. Tal vez si no estuviera pasando todo su tiempo libre haciendo trabajo extra para usted, no se habría quedado dormida. ¿Alguna vez consideró eso?

Sus ojos se entrecerraron. Había tocado un nervio. Bien.

—En cualquier caso, usted le dio algo sin decírselo.

—No sea ridículo. Ella sabía que estaba bebiendo té.

—Es una cuestión de confianza, señorita Proctor. Una vez perdida, la confianza es muy difícil de recuperar.

Respiré hondo y me preparé para su respuesta a mi pregunta. —¿Hay algo que pueda

hacer para recuperar su confianza?

Frunció el ceño. —No lo sé. Va a tomar mucho tiempo, y no puedo garantizar nada.

—Bien. Sigamos adelante. Aparte de mí, ¿tiene algún sospechoso?

Resopló. —No discuto investigaciones en curso con miembros del público. Puede leerlo en el periódico como todos los demás.

¡Era tan exasperante! —Muy bien, entonces. Si no le importa, tengo una tienda que poner en orden. Estoy segura de que puede encontrar la salida.

Pareció perplejo. —Les dije que tuvieran cuidado y no hicieran un desastre.

Suspiré. —Lo aprecio, de verdad. Aunque todo está de vuelta en los estantes y ordenado, nada está en el lugar correcto.

Se puso de pie. —La dejaré ocuparse de eso, entonces. Pero primero, ¿cuántos otros herbolarios hay en el área de Portsmouth?

—Soy la única.

—¿Qué hay del resto de su familia?

—Mi abuela y las tías saben lo suficiente para defenderse, pero si cree que envenarían a alguien, está equivocado.

Capítulo 10



Cerré la tienda temprano, algo que nunca hago, y prácticamente corrí a casa, con Jameson manteniéndose a mi ritmo.

El oficial Papatonis seguía apostado frente a la puerta de la señora Thompson. —¿Día ocupado? —le pregunté.

—No para mí. Solo me quedé aquí de pie.

Intenté extender mis sentidos hacia el apartamento de la señora Thompson, buscando indicios de fechorías mágicas, pero no sentí nada. Ni siquiera la magia residual que se sentiría en cualquier hogar de una bruja. Algo estaba enmascarando la magia en su apartamento. Papatonis me miró. —¿Está bien?

—Sí, estaba pensando. No merecía ser envenenada por alguien tan cercano a ella.

Esperé a ver si decía algo útil. Respondió con: —No sabría nada sobre eso, señora.

¡Ay! Otra vez con lo de señora.

Tan pronto como abrí la puerta, Abby empezó a disculparse. —Lo siento, Isabella. No sabía qué hacer, y estaba segura de que no guardabas nada malo aquí, así que dije que sí. ¿Estás en problemas?

Abby era una bola de energía nerviosa. Su cabello se estaba saliendo de la trenza, una señal segura de que había estado tirando de él mientras registraban el apartamento.

Me quité las sandalias y dije: —Oye, no te preocupes. Estoy aquí y todo está bien. Primero, ¿se llevaron algo?

Negó con la cabeza. —No.

Nos sentamos a la mesa del comedor. —¿Te dijeron que la señora Thompson fue envenenada? —pregunté.

—No me dijeron nada.

—Fue envenenada con una planta con la que nunca trabajo, precisamente porque es venenosa.

Su frente se arrugó. —No me gusta esto. Otro asesinato, y esta vez aún más cerca de casa.

Le apreté la mano. —Oye, no te preocupes. Esto no tiene nada que ver con nosotras. Solo tenemos la mala suerte de vivir al lado. Y ahora mismo tenemos el apartamento más seguro de la ciudad, con el oficial haciendo guardia.

—Aun así, creo que deberíamos instalar el sistema de alarma que querías.

Le apreté la mano de nuevo. —Díselo al señor Subramanian y él lo instalará.

En realidad, no me importaba el sistema de alarma, porque los hechizos de protección que había puesto en el apartamento nos mantendrían a salvo de cualquier daño, siempre que estuvieran activados. Ahora que Abby había aceptado el sistema de alarma, mantendría la puerta cerrada y los hechizos permanecerían activados.

—Voy a hablar con el oficial afuera un minuto.

Salí al pasillo. —Tengo un gran favor que pedirle.

Papatonis frunció el ceño.

—No me llevé ninguno de los juguetes del gato ni su poste rascador. Ya ha empezado a atacar mi sofá, y si pudiera entrar por un minuto rápido...

—Absolutamente no.

—Por favor, ¿podemos hacerlo como antes? Puede revisar cualquier cosa que saque.

—Señorita Proctor, por favor. No puedo. Hace una hora era sospechosa en una investigación de asesinato. Podría seguir siéndolo por lo que yo sé. No puedo dejarla entrar en la escena del crimen.

Fruncí el ceño. —Por supuesto. No estaba pensando.

Como si fuera una señal, Jameson aulló dentro de mi apartamento. ¡Buen chico!

Papatonis frunció el ceño. —Quédese aquí. Veré si puedo encontrarle algo. Pero nada del dormitorio.

Sonreí. —Absolutamente. Es usted el mejor.

Abrió la puerta y miró dentro del apartamento.

—El poste rascador está justo al lado de la ventana, en el despacho —dije.

Tan pronto como abrió la puerta, abrí mis sentidos al máximo y sentí una ráfaga de magia oscura. No había sentido esto las otras dos veces que estuve en el apartamento. Intenté separar las diferentes magias que se habían usado recientemente en el apartamento, y pude sentir los restos de un hechizo de bloqueo. No podía ver quién había envenenado a la señora Thompson, pero podía sentir el hechizo de persuasión que habían usado y sentir la magia turbia en la poción que habían puesto en su cena.

Cerré mis sentidos cuando Papatonis cruzó la puerta.

—¿Está bien?

—Sí. Supongo que saber que alguien quería hacerle daño me ha afectado más de lo que pensaba.

Tomé el poste rascador. —Gracias, realmente me ha ayudado mucho.

Asintió. —Quizás no tengamos que contarle esto al detective Palmer.

Me llevé los dedos a los labios como si los estuviera cerrando con una cremallera. —El secreto está a salvo conmigo.

Coloqué el poste en la sala de estar. Jameson era demasiado educado como para arañar mi sofá, pero Papatonis no necesitaba saber eso.

Abby estaba en la cocina, dando vuelta a un sándwich de queso a la plancha en la sartén. —¿Tienes hambre? —preguntó.

Olía delicioso. Desafortunadamente, la magia malvada residual de al lado me había revuelto el estómago. —No. Comí pizza con Thea y Delia antes.

Entré en mi habitación y cerré la puerta. Abby se preocuparía cuando me oyera hablar con mis primas sobre investigar el asesinato de la señora Thompson.

Jameson me había seguido y saltó sobre mi cama. Me senté a su lado y le acaricié el lomo.

Oí mi nombre débilmente. Me levanté y abrí la puerta.

—Abby, ¿me has llamado? —pregunté.

—No. Aún estoy preparando la cena. ¿Seguro que no quieres nada?

—Oh, gracias. Pero no. Voy a salir con Thea y Delia. —Quizás comería algo más tarde.

Volví a mi cama, cerré los ojos y escuché, pero no oí nada.

Llamé a Delia, porque sabía que me ayudaría a convencer a Thea para que me ayudara a encontrar al asesino de la Sra. T.

—¿Ya estás lista para admitir que necesitamos investigar? —preguntó.

Tuve que sonreír.

—Sí. Deberías sentir la magia maligna que queda en el apartamento. Solo está ahí si la buscas cuando la puerta está abierta. Algo horrible sucedió allí, y me preocupa que Palmer y Kate no puedan manejarlo por su cuenta.

—Vale, ¿cuál es el plan?

—Primero, necesitamos que Thea se una.

Oí crujir el suelo mientras Delia caminaba por el pasillo hacia la habitación de Thea.

—Ahora estás en altavoz con las dos.

—No digas que no de inmediato —empecé.

Thea nunca había sido de las que hacían lo que yo les decía.

—No. Absolutamente no. No nos vamos a meter en otra investigación de asesinato.

—Ellos no están preparados para este tipo de magia. Cualquier matón mágico podría aplastarlos, matando a tantas personas como quisiera.

Esperé un momento y luego continué.

—Y no quiero cargar eso en mi conciencia. ¿Tú sí?

—Yo no —intervino Delia.

—Tengo una pista. Una mujer le debía dinero a la Sra. T., y tengo su dirección.

—Bastante débil, si me preguntas —dijo Thea.

—Bien. Delia y yo iremos sin ti.

Thea suspiró teatralmente, y supe que había ganado.

—Iremos todas, y yo conduciré.

—Hablares con esta persona. Cualquier cosa que surja tiene que ir directamente a Palmer —exigió Thea.

Levanté una ceja.

—¿Desde cuándo me dices lo que tengo que hacer? —pregunté.

—Desde que tenemos que ocultar lo que estamos haciendo a las tías. No es fácil, ¿sabes? Pueden oler una mentira a kilómetros y no juegan limpio. Se alían contra nosotras.

Me reí.

—Estarás bien. No te preocupes.

Capítulo 11



Me levanté y me preparé para encontrarme con Thea y Delia afuera a la mañana siguiente. Recientemente se habían comprado un Kia Sorento rojo y aprovechaban cualquier excusa para conducirlo. El coche era lo suficientemente grande como para albergar a toda nuestra familia, y no creía que pasara mucho tiempo antes de que sugirieran que nos fuéramos todos de vacaciones juntos para poder conducir más. Me deslicé en el asiento central y dije:

—527 Marsh Pond Lane.

Delia sacó su teléfono y escribió la dirección en una aplicación de navegación.

Me recosté para que no me viera poner los ojos en blanco. Solo íbamos al otro lado de la ciudad; no necesitaban indicaciones.

Thea salió del estacionamiento.

—¿Qué pasó con Palmer?

Tomé aire y me pregunté cómo un coche usado podía seguir teniendo ese olor a nuevo.

—Registró mi apartamento y la botica en busca de veneno —dije.

Thea me miró por el espejo retrovisor.

—¿Qué? —exclamó Delia.

—La señora Thompson fue envenenada con una planta, y yo fui su primera sospechosa.

—¡No puede ser! —dijo Thea, con los ojos de vuelta en la carretera.

—Sí. Puede que nunca supere el incidente del té somnífero. ¿Pueden creer que dijo que no puede confiar en mí?

—Hay una gran diferencia entre el té y el veneno —dijo Delia.

—Lo sé, ¿verdad? No en su mente. Le grité después de que no pudo encontrar nada, tratando de explicarle la diferencia entre permitir que alguien se relaje un poco y envenenarlos.

—Bien —dijo Thea—. Debería saber que no puede acusarte así.

Yo también lo pensaba. Pero por muy enfadada que estuviera con él, en el fondo sabía que tenía razón, y que no me sentiría bien hasta que de alguna manera recuperara su confianza y la de Kate.

La casa de Rosemarie no estaba lejos. No había llamado antes, y esperaba que estuviera en casa. Nos detuvimos en el camino de entrada de la casa colonial de tres pisos de mediados de siglo, y Delia silbó.

—Bonita casa.

Ciertamente parecía que las personas que vivían allí podían permitirse devolverle el dinero a la señora Thompson. Salimos del coche y caminamos hacia la puerta principal. Miré la

cámara del timbre y dije:

—¿Hola?

—¿Quién es? —respondió la voz de una mujer mayor.

—Buenas tardes, señora Flagg. Soy amiga de Beatrice Thompson, y me preguntaba si podría hablar con usted —dije.

—Un momento —dijo.

Abrió la puerta, pero no nos invitó a entrar.

—¿Son amigas de Beatrice? —preguntó con escepticismo.

—Sí, soy su vecina de al lado. Me pregunto si ha oído las noticias —dije.

—¿Noticias?

—Sí. Lamentablemente, falleció recientemente.

Rosemarie pareció genuinamente sorprendida.

—Bueno, entonces. Supongo que deberían pasar.

Abrió la puerta para nosotras y la seguimos adentro.

La entrada tenía suelos de mármol y una impresionante lámpara de araña. La mesa redonda debajo de la lámpara tenía un arreglo de casi un metro de altura con rosas, delfinios, orquídeas y follaje. Junto al arreglo había una hoja informativa sobre la casa y varias tarjetas de negocios inmobiliarios. Las salas de estar y comedor parecían haber sido decoradas profesionalmente.

—¿Les gustan las flores? —preguntó—. Estaría encantada de hacerles un arreglo por una pequeña tarifa.

—Son preciosas —dije. Me incliné para oler las rosas y me decepcionó descubrir que no eran reales.

Nos condujo a un pequeño estudio.

—Por favor, tomen asiento.

Nos sentamos en los cómodos sillones de cuero.

—¿Dicen que se ha ido? —preguntó la señora Flagg.

Asentí.

—Sí. De hecho, yo la encontré. Y mientras estaba en su apartamento, vi una carta que había empezado a escribirle a usted. —Saqué mi teléfono y se lo mostré.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Ya veo. Bueno, esto es vergonzoso.

—¿Dónde estaba usted hace dos noches? —pregunté.

—¿Cómo dice? —exclamó.

—Usted le debía dinero, y pensé que quizás no podía devolvérselo.

Pareció confundida por un momento.

—Oh, sí, supongo que le debo un poco de dinero.

—¿Podría decirnos por qué no se lo devolvió? —preguntó Thea.

—Honestamente, lo olvidé. Habíamos salido de compras. Ella no tenía coche, así que le pedí que me acompañara a las tiendas outlet. Tonta de mí, olvidé mi cartera en casa, y ella se ofreció a prestarme dinero para que no fuera un viaje en vano.

Asentí, sin estar segura de si le creía, porque la sonrisa en sus labios no había llegado a sus ojos.

—Apuesto a que de repente necesitó ese dinero porque su casero le subió el alquiler otra vez.

—¿El señor Subramanian? —pregunté.

—Sí. La última vez que desayunamos juntas, se quejó de que él seguía subiéndole el alquiler.

—¿Eso es legal? —preguntó Delia.

—No lo sé. No ha dicho nada sobre subir mi alquiler —dije.

—Beatrice lo convenció de alquilarle a un precio bajo sin contrato, así que ha estado subiendo el alquiler gradualmente cada mes. Ahora está pagando casi dos mil al mes.

Nosotras no pagábamos mucho menos que eso, pero Abby y yo teníamos trabajo. —¿Dijo por qué seguía subiendo el alquiler?

Negó con la cabeza. —Nunca me lo contó.

—Su casa es preciosa. Apuesto a que su jardín trasero es maravilloso. ¿Le importa si echamos un vistazo afuera? —preguntó Delia.

Me confundió su cambio de tema, pero decidí seguirle la corriente.

—Me encantaría mostrarles el jardín. Mi difunto esposo era todo un jardinero. Me da pena abandonar todo su arduo trabajo.

Nos llevó afuera, y nos asombramos ante la explosión de colores en el jardín de su esposo.

—¡Oh! Qué hermoso. A nuestro abuelo le habría encantado este jardín —dije.

—Gracias. Jeremiah pasaba mucho tiempo aquí, haciendo que todo fuera perfecto.

Me acerqué a un rosal podado con forma de árbol. —¿También hizo él el trabajo de topiaria? —pregunté.

Rosemarie asintió.

Acerqué mi nariz a las rosas rojas e inhalé profundamente.

—¿Le importaría si tomo algunas fotos? Para ideas para nuestro jardín familiar —preguntó Thea.

—Por supuesto que no —dijo—. Es agradable que otras personas disfruten del jardín de nuevo.

Thea sacó su teléfono del bolsillo, caminó por el sendero de piedra que dividía el jardín en dos y comenzó a tomar fotos. Por el rabillo del ojo, vi que estaba fotografiando cada tipo de planta individualmente. Delia caminaba por el borde del jardín, mirando hacia la tierra.

Thea y Delia se reunieron con nosotras. —Gracias por tomarse el tiempo de hablar con nosotras. Lamentamos su pérdida —dije.

—Si ven al hijo de Beatrice, por favor denle mis condolencias —dijo ella.

—¿Encontraron alguna pista? —les pregunté a las dos, una vez que estuvimos en el coche.

—Encontré huellas en la tierra que le señalé a Thea —dijo Delia.

Thea arrancó el coche y salió del camino de entrada. —Las huellas están cerca de unas flores moradas, y tengo fotos de las huellas y las flores.

Extendí la mano. —Déjame ver.

Delia me pasó el teléfono de Thea y miré la foto. —Se parece mucho a lo que Palmer estaba buscando —dije.

—Pasa a la siguiente foto —dijo Thea.

La siguiente foto mostraba varios tallos de acónito sin flores. —¡Oh, por las escobas! ¿Creen que encontramos al asesino de la Sra. T? —pregunté.

—Muchas flores fueron cortadas, así que puede no significar nada —dijo Thea.

—Menos mal que no nos ofreció nada de beber —dijo Delia.

—¿Vieron su cara cuando le dimos la noticia? Parecía genuinamente sorprendida. No sé si ella lo hizo —dije.

Thea sonrió. —Bien. Entonces eso es todo. Puedes llamar a Palmer y contarle lo que encontramos, y puedes dejarle el resto de la investigación a él.

—No podemos rendirnos ahora —dije—. Al menos necesitamos investigar a mi casero.

—Absolutamente no. Dije una persona. Hemos terminado —dijo Thea mientras se detenía en un stop.

Miré a Delia.

—No, no me pongas en medio de esto. Nunca puedo elegir entre ustedes dos —dijo ella.

—Bien. Hablaré con él por mi cuenta después del trabajo. ¿Pueden dejarme en la botica?

Thea me miró exasperada.

—El hecho de que tenga una llave de su apartamento y tuviera motivos para estar enojado con ella no significa que me vaya a hacer algo —dije.

—No voy a dejar que Isabella investigue sola —dijo Delia.

Thea cedió. —Está bien. Pero esto es todo.

Capítulo 12



Tenía demasiado en qué pensar para ir directamente a casa después del trabajo. No estaba lista para enfrentar a mi casero sobre ser un posible sospechoso de asesinato, porque si no lo manejaba bien, podría pedirme que me mudara. En lugar de eso, caminé las pocas cuerdas hasta Prescott Park. El parque estaba entre el río Piscataqua y Strawberry Banke, y generalmente tenía una brisa fresca. Siempre ha sido el lugar al que he ido a pensar. Caminar entre las plantas, algunas de las cuales eran tan antiguas como la ciudad, siempre me relajaba y me permitía enfocar mis problemas. Mientras caminaba por el parque, disfrutando de las flores, pensé en todo lo que me preocupaba. ¿Cómo se había complicado tanto mi vida? Hace un año vivía en casa, haciendo mi aprendizaje en la botica, con lo que ahora parecía el problema menor de una familia sobreprotectora.

De repente, era dueña de la botica, que era una lucha por administrar adecuadamente porque había mucho que no sabía. Acababa de encontrar a mi segunda amiga asesinada y había logrado molestar a mis contactos en el departamento de policía lo suficiente como para no poder obtener información de ellos. Ah, y mi familia era tan sobreprotectora que sentía que no debía contarles lo que estaba pasando, para mantener sus presiones arteriales bajas.

Los rododendros estaban en plena floración, y me incliné para inhalar su dulce fragancia. Los que tenía en mi invernadero habían florecido hace un mes, junto con las peonías, y era agradable oler este por sí solo.

Me enderecé, me di la vuelta y choqué directamente con Palmer. Genial. Era la última persona que quería ver. Estaba allí para calmar mi mente, no para entrar en una discusión sobre la investigación de la muerte de la señora Thompson.

—Oh, disculpe. No lo vi —dije.

Palmer puso su mano en mi codo para estabilizarme. —No hay problema.

Creo que esta era la primera vez que lo veía con ropa tan casual. Llevaba jeans gastados, una camiseta y zapatillas. Generalmente, pensaba que un hombre se veía bien en traje, pero hoy se veía igual de bien. Esto se iba a poner incómodo si me quedaba mirándolo. Mejor seguir con una pequeña charla. —No lo tomaba por alguien que disfrutaría del parque.

Arqueó una ceja. —¿En serio? Lo encuentro relajante y me ayuda a despejar la mente. Usualmente vengo aquí cuando estoy atascado en un caso. Para cuando me voy, generalmente tengo al menos una nueva línea de investigación.

Bueno saber que estaba tan atascado como yo. Señalé el camino y comencé a caminar, feliz de que se uniera a mí. —¿Y en qué está atascado esta noche?

—No hablo sobre investigaciones en curso —dijo.

Sonreí. A estas alturas del caso anterior, me tenía en una sala de interrogatorios, acusándome de asesinato. Esto parecía un paso adelante. Sin embargo, me preocupaba por él. Este asesinato involucraba magia, y él no estaba equipado para lidiar con eso. —Tengo la sensación de que este caso es más complejo, y posiblemente más peligroso, que el asesinato de Trina.

Asintió. —Estoy de acuerdo. Se necesita una frialdad para...

Lo miré. —¿Sí?

—No compartir información con miembros del público —me recordó.

—Por supuesto que no —estuve de acuerdo.

—Ya que estamos aquí, quería preguntarte sobre cómo encontraste a Abby en el maletero de Chuck. Extraoficialmente.

Me pregunté si iba a preguntar sobre lo que pasó la noche que encontramos al asesino de Trina. Todas fuimos lo más vagas posible cuando tomó nuestras declaraciones. La historia no podría haberle tenido mucho sentido: cuatro mujeres paseando que casualmente se toparon con él. —Es difícil de explicar —comencé. Al menos era difícil de explicar sin contar toda la verdad. Palmer estaba lejos de tener mi confianza con los secretos de mi familia—. Fue principalmente la señora Thompson, honestamente. Ella pensó que deberíamos intentar seguir por donde alguien podría haber ido sin ser atrapado por el oficial que tenías apostado en el frente, así que salimos por la puerta del sótano, atravesamos el patio trasero y los árboles, y salimos a la calle detrás del edificio. En ese momento, ella eligió una dirección y comenzó a caminar. Honestamente, fue pura suerte que notáramos el auto de Chuck entrando en el 7-Eleven.

—¿Cómo sabían que él era el asesino?

—No lo sabíamos. Se detuvo para comprar cerveza, nos vio caminando hacia él y entró en pánico. Un tipo no entra en pánico al comprar cerveza a menos que algo esté mal.

Casi tropiezo. Palmer me estaba poniendo a prueba. Le dije todo esto cuando tomó mi declaración. Thea y Delia le habían repetido una historia similar ese día también. Entendía por qué no confiaba en mí sobre el té de Kate, pero era molesto que pensara que le estaba ocultando algo sobre el secuestro de Abby.

Aunque, de nuevo, sí le estaba ocultando algo. ¿Eran sus instintos tan buenos que podía darse cuenta? ¿Iba a tener que pedirle al jefe que lo hiciera retroceder?

Palmer asintió. —¿Se delató?

—Lo hizo. Una vez que lo atrapamos, comenzó a hablar y no paraba. Confesó haber matado a Trina, y encontramos a Abby en su maletero.

—He querido preguntarte sobre eso también. Juró que vio el fantasma de Trina, y dijo que solo confesó porque ella lo estaba amenazando. ¿Sabes algo sobre eso?

Fruncí el ceño. —¿Me estás preguntando seriamente si sé algo sobre fantasmas?

Palmer se rió. —Supongo que no. Pero estaba genuinamente asustado.

—Suena como una conciencia culpable. A menos que creas en fantasmas y cosas espeluznantes que hacen ruido en la noche.

—No es probable. Veo suficiente maldad en la vida sin tener que buscar problemas en un mundo sobrenatural imaginario.

—Estoy de acuerdo.

Se detuvo en un puesto de granizado italiano. —Me parece que el de lima-limón es particularmente bueno para pensar. ¿Quieres que te pida uno?

Sonreí. Esto era agradable, y podría acostumbrarme. —De sandía, por favor.

Pidió y pagó, luego continuamos caminando.

—La señora Thompson era tu amiga, y sé cuánto quieres involucrarte, pero —se detuvo— no lo hagas.

Me detuve y lo miré. ¿Ya había hablado con Rosemarie y ella le había dicho que nos habíamos adelantado? —¿Por qué tú...?

—Porque vi tu cara cuando atrapaste a Chuck. Porque soy buen juez de carácter, y sé que quieres hacer lo correcto, ayudar y mantener a la gente a salvo. —Suspiró—. Eres una protectora. Pero no estás entrenada, y podrías salir herida.

—Tú también podrías salir herido.

—La diferencia es que yo estoy entrenado para el trabajo y tú no. No quiero verte herida, o algo peor. Déjame hacer mi trabajo. Me pagan por el peligro.

Interesante. Sonaba más preocupado que enojado. —No me había dado cuenta de que te importara tanto. ¿Esto significa que me has perdonado por darle té somnífero a Kate?

—Absolutamente no. Y eso es justo a lo que me refiero. Fuiste imprudente; Kate podría haberte ayudado si te hubieras metido en problemas. No, espera. Kate podría haberme llamado, y yo habría ido en su lugar.

Me reí. —Si Chuck hubiera pasado justo frente a ti, ni siquiera lo habrías pensado. Tú mismo dijiste que ni siquiera estaba en tu radar. No había forma de que lo encontraras a tiempo para salvar a Abby.

—Lo habríamos encontrado, eventualmente. Y no parecía que fuera a matarla.

Lo miré con el ceño fruncido. —Sabes que eso no es cierto. En el momento en que ella empezara a quejarse de estar prisionera, él habría pasado directamente al "Si no puede ser mía, no será de nadie", y de ahí a un asesinato-suicidio hay un paso.

—¡Basta! —ordenó—. No puedes analizar una investigación retrospectivamente para demostrar que tenías razón. La cuestión es que los civiles no pueden involucrarse en el trabajo policial, a menos que tengan habilidades específicas que necesitemos. Si necesitara dormir a alguien, serías la primera persona a la que llamaría, pero hasta entonces, necesitas apartarte y dejarme hacer mi trabajo.

—¿Qué te hace pensar que estoy haciendo algo?

—Porque no lo has negado. Si no estuvieras investigando, lo habrías dicho cuando te dije que pararas por primera vez. No lo hiciste.

Atrapada. Probablemente lo mejor sea seguir sin decir nada, porque no quería mentirle.

—Tal como sospechaba. Y en cuanto a perdonarte, no puedo. No hasta que Kate lo haga.

Suspiré. —Parece que eso no va a suceder. He llamado, he intentado hablar con ella en persona, y está tan enojada que no puedo llegar a ella.

—Por supuesto que está enojada. Su trabajo es proteger a otros y atrapar a los malos. No le dejaste protegerte, y luego saliste y atrapaste a un asesino. Le quitaste todo lo que ella hace.

¡Oh, por las escobas! Nunca lo había considerado desde esa perspectiva. —Ahora me siento realmente horrible. No lo había visto desde ese punto de vista.

—Sí. Tienes mucho que compensar.

Caminamos en silencio durante unos minutos, comiendo nuestros granizados italianos.

—Hay una forma de resolver todos tus problemas relacionados con la policía, ¿sabes?

—¿La hay?

—Sí. Únete a la fuerza. El jefe quiere que lo hagas, y podrías perseguir asesinos hasta que te hartes.

—Dudo que tuviera la oportunidad. Sería como el pobre Papatonis, parado frente a un

apartamento vacío todo el día, manteniendo alejada a gente como yo.

Palmer se rio. —Al menos por un tiempo, sí, pero eventualmente...

Eventualmente podría significar casi cualquier cosa. —Me quedaré con la botica.

—Entonces asegúrate de que no te vea en más escenas del crimen.

Estábamos al final del parque, y vi su coche.

—¿Puedo llevarte a casa? —preguntó.

—No, gracias. Es una noche agradable, y ahora tengo más en qué pensar que cuando llegué aquí.

Se subió a su coche y bajó la ventanilla. —Hablabas en serio. Estoy seguro de que al menos puedes lograr que Kate deje de odiarte, eventualmente.

Se alejó conduciendo, y yo no estaba tan segura de que tuviera razón. También sabía que no había forma de que pudiera abandonar mi investigación; él no estaba preparado para la magia, y por mucho que pensara que me estaba protegiendo, yo sabía que necesitaba protegerlo a él.

Capítulo 13



Cuando regresé al apartamento, un oficial diferente hacía guardia en la puerta de la señora Thompson. Nunca la había conocido, así que simplemente asentí y saludé antes de abrir mi puerta y leer la nota que el señor Subramanian había dejado con su caligrafía característica.

Se ha instalado su nuevo sistema de alarma. Por favor, cambie el código cuando llegue a casa.

Qué rápido. Entré y escuché un pitido a la derecha de la puerta. Miré la alarma, entré en pánico porque no sabía la combinación. El Sr. S. había dejado una nota adhesiva con los números 0 1 2 3 impresos.

Introduje el código y el pitido cesó.

—¿Abby, estás en casa? —grité.

La única respuesta fue Jameson asomando la cabeza desde mi habitación y maullando. Sonreí mientras lo levantaba y le acariciaba el cuello. —¿Quién es un buen gato? —pregunté.

Aparentemente no era él, porque saltó de mis brazos y se dirigió directamente al baño.

Saqué mi teléfono y le envié un mensaje a Abby preguntándole qué quería para cenar. Respondió diciendo que estaba en casa de sus padres y que volvería más tarde esta noche.

Probablemente eso no era bueno. Sus padres habrían oído sobre el fallecimiento de la señora Thompson, y su preocupación por Abby, que acababa de empezar a disminuir después del secuestro, se intensificaría de nuevo.

Abrí el refrigerador y saqué dos rebanadas de pizza que habían sobrado del almuerzo de ayer. Jameson entró en la cocina y maulló. Puse más comida en su plato antes de ir al sofá y ver Rogue One, esperando a que Abby llegara a casa.

A mitad del Episodio IV, Abby finalmente llegó a casa. Escuchó el pitido y pareció confundida.

—Tenemos un nuevo sistema de alarma. El código está justo ahí.

Ella introdujo el código y el pitido se detuvo de nuevo. —Bastante fácil de adivinar —dijo.

—Podemos cambiar el código al que queramos. Tú elige el código y dime cuál es.

Ella tecleó un nuevo código. —0904 —dijo.

Sonreí. Ese era el día que nos conocimos, allá en el primer día de jardín de infantes. —Fácil de recordar, pero dudo que alguien más sepa lo importante que es para nosotros.

Se dejó caer a mi lado en el sofá y miró la imagen congelada en la televisión de dos soles poniéndose en Tatooine. —¿Cuatro? —preguntó.

Asentí. Por mucho que ella afirmara que no le gustaba la ciencia ficción, podía nombrar correctamente cualquier película de Star Wars con casi cualquier escena. Tal vez era mi culpa, o debería ser menos duro conmigo mismo y decir influencia en su lugar.

—Has salido tarde esta noche. ¿Están bien tus padres? —pregunté.

—Tengo el día libre mañana. Mis padres están como siempre. Preocupados, pensando que eres una mala influencia, tratando de sobornarme para que vuelva a casa.

—¿Algo bueno?

—Un coche.

Mis ojos se abrieron de par en par. Ya no estaban jugando. Querían que ella volviera a casa. —¿Aceptaste su oferta? —pregunté.

Ella negó con la cabeza. —Nah. No necesito un coche. Además, tenemos un sistema de alarma y un oficial al lado, estamos seguros aquí.

Vio el resto de la película conmigo y luego nos fuimos a dormir.

Cerré los ojos y obligué a mi cuerpo a relajarse. Había estado acumulando mucha tensión y no me dormiría hasta que la dejara ir. Jameson saltó a mi cama y se acomodó a mi lado, con su pata descansando suavemente en mi mejilla. Mis ojos se volvieron pesados y me quedé dormida.

Pareció que solo momentos después me desperté sobresaltada. Oí cristales rompiéndose y miré hacia mi ventana. La luna no estaba fuera y no podía ver nada. Extendí la mano detrás de mí para encender mi lámpara. La luz inundó la habitación y vi a una persona en el techo del porche, rompiendo el cristal de mi ventana. Limpió todo el vidrio del panel debajo del pestillo de la ventana.

Estaba paralizada por el miedo. ¿Quién era este y qué quería?

Vi cómo intentaba meter la mano por el marco, pero no podía.

—¿Qué? —dijo una voz ronca de hombre.

Lo intentó de nuevo, pero no pudo penetrar la protección en la ventana. —¿Qué está pasando aquí?

¡Estaba a salvo! Mi protección estaba funcionando. —¿Quién eres? —dije, con más temblor en la voz del que hubiera querido. Llevaba un pasamontañas negro y no podía distinguir ninguno de sus rasgos.

—Déjame entrar —dijo con un gruñido.

Me quité la manta de encima, me levanté y caminé más cerca de la ventana. No me acerqué demasiado porque no quería cortarme los pies con el vidrio. —¿Qué quieres?

La magia hormigueaba en mi piel, pero si él no podía entrar, no quería usarla contra él.

Con un último esfuerzo, intentó empujar su mano a través del agujero que había hecho en mi ventana, y fracasó. Jameson le siseó desde la cama mientras el intruso frustrado saltaba del techo.

Hubo un golpe en la puerta de mi habitación. —Isabella, ¿estás bien? —preguntó Abby.

¿Cómo iba a explicarle esto? —Eh, sí. Estoy bien.

—¿Qué fue ese ruido?

No me importaba no contar toda la verdad, pero no iba a mentirle. —No es nada grave. Puedes volver a dormir.

—Voy a abrir la puerta —dijo mientras giraba el pomo de mi puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Ten cuidado, hay cristales rotos en el suelo.

Miró hacia la ventana y luego a mí. —Llama a Palmer.

Cierto. Llamar a la policía. Eso es lo que hace la gente cuando alguien irrumpe en su

casa. Me senté en la cama y cogí el teléfono. La mayoría de la gente probablemente no tiene a un detective de policía entre sus favoritos, pero yo sí.

—Palmer —respondió con voz adormilada.

—Hola, eh... —me quedé sin palabras.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —Su voz se despejó al instante.

—Alguien ha intentado entrar en mi apartamento. Creo que ya se ha ido.

—Voy para allá ahora mismo.

Ocho minutos después vi las luces azules parpadeantes, y treinta segundos más tarde Palmer golpeaba mi puerta. Le dejé entrar, diciendo: —Shh. No despiertes a los vecinos.

Frunció el ceño. —Muéstreme por dónde entró.

Lo llevé a mi habitación, y miró por la ventana. —Ten cuidado —advirtió—, no quiero que te cortes los pies. No hay nadie ahí fuera ahora. Kate está haciendo un barrido por el vecindario.

Genial. Kate estaba aquí. —No tengo nada para arreglar la ventana —dije.

—Tu casero debería encargarse de los daños. ¿Le has llamado?

Negué con la cabeza. —Aún no.

—¿Por qué alguien querría entrar aquí? —me preguntó Palmer.

Mi corazón aún no había dejado de latir aceleradamente. —No lo sé. No guardo nada de valor aquí... quiero decir, mira alrededor. Ni siquiera parece que robar mi cartera merezca la pena. —Quizás estaba siendo injusta con mi dormitorio, pero honestamente, no tenía nada caro aquí. Vivía dentro de mis posibilidades, y aunque era bastante buena ahorrando dinero, las ocasionales emergencias mantenían mi cuenta de ahorros por debajo de las cuatro cifras.

Palmer evaluó mi dormitorio. —Ya veo a qué te refieres.

Uff. Eso fue duro. Una cosa es decir que no tienes mucho, y otra muy distinta cuando un tipo mira alrededor y no se impresiona.

Cogí mi teléfono. —Llamaré al casero.

El señor Subramanian estaba en mi apartamento en menos de dos minutos. —¿Estáis bien, chicas?

—Sí. Me desperté antes de que pudiera entrar, y supongo que eso lo asustó. —No había necesidad de contarle la verdadera razón por la que el intruso no pudo entrar: mis protecciones mágicas. Me pregunté si la ventana rota las debilitaría. No estaba segura, pero no haría daño reforzarlas después de que todos se fueran.

—¿Dónde está Abby? —preguntó el señor Subramanian.

—Está en su habitación. —Probablemente estaba aterrorizada. No estaba segura de que se hubiera recuperado completamente de su secuestro, y este intento de allanamiento ciertamente no ayudaría.

Llamé a su puerta. —¿Abby? ¿Estás despierta?

Me dejó entrar en su habitación. Estaba tan ordenada como siempre, con la excepción de una bolsa de viaje a medio hacer sobre su cama. —Vamos a estar bien —le aseguré.

Se mordió el labio. —No te creo. No me siento segura aquí, y quiero irme a casa.

La abracé. —Lo sé. La policía está aquí, y estoy segura de que Palmer pondrá a alguien en el aparcamiento el resto de la noche. Ya hay un oficial en el pasillo. Esta noche, este podría ser el lugar más seguro de la ciudad.

—Lo dices como si no hubiéramos tenido dos allanamientos diferentes en solo tres meses.

—Lo sé, lo sé.

—¿Es mucho pedir sentirme segura en mi propio apartamento? —preguntó.

—Por supuesto que no. Y creo que todos nos sentiremos mucho mejor cuando salga el sol. Unas horas más de sueño, y podremos decidir qué hacer después.

Me miró con escepticismo. —Haría falta un pequeño milagro para que volviera a dormirme.

—Tengo té —dije.

—¿Sin bergamota?

Sonreí. —Nunca para ti. Ven conmigo a la cocina y te prepararé uno.

En la cocina, podía oír a Palmer y al señor Subramanian hablando en mi habitación. —La ciudad tiene que hacer más para proteger a estas chicas. No pueden seguir teniendo gente entrando en su apartamento. Yo he hecho mi parte e instalé un sistema de alarma.

—Tengo agentes buscando al intruso, y pondré a alguien apostado fuera hasta que lo atrapemos.

Me volví hacia Abby. —¿Ves? El lugar más seguro de la ciudad.

Puse la tetera a hervir y saqué los ingredientes para un té relajante. Manzanilla, hierbabuena y un poco de valeriana para ayudarla a relajarse.

—Supongo que sí.

La tetera hirvió, y le serví el agua.

Hubo un golpe en la puerta abierta del apartamento. Abby se sobresaltó. Miré hacia allí. —Pasa, Kate.

El rostro de Kate mostraba más preocupación de la que le había visto nunca. —¿Palmer? —preguntó.

—En mi habitación.

El señor Subramanian se marchó, diciendo que tenía justo lo necesario para arreglar mi ventana.

Mientras Kate y Palmer hablaban en mi habitación, preparé una cafetera. Dudaba que quisieran, pero tenía que intentarlo.

Los dos salieron de mi habitación. Palmer dijo: —Hablemos.

—¿Café? Recién hecho —ofrecí.

Palmer parecía querer, pero cuando Kate dijo que no, él también rechazó. ¡Rayos! Iba a costar mucho más trabajo que confiaran en mí.

Nos sentamos alrededor de la mesa del comedor. —No creo que el perpetrador vuelva esta noche. Kate estará afuera vigilando. No tenemos mucho con qué trabajar. Tengo gente preguntando por ahí, averiguando por qué alguien querría entrar aquí.

El señor Subramanian entró, cargando una tabla de contrachapado y un taladro inalámbrico. La señora Subramanian, una mujer que rara vez salía de su apartamento, lo seguía con una aspiradora.

Nos echó un vistazo y dijo: —Necesitáis comida. Vuelvo enseguida.

Palmer se disculpó y fue a mi habitación. —Necesito los trozos grandes de vidrio para buscar huellas —explicó.

Kate hizo una mueca.

—¿Dolor de cabeza? —pregunté.

Asintió lentamente. —Sí. Se fue por un tiempo, pero parece que no puedo deshacerme de él permanentemente.

—¿Soy yo? —pregunté, esperando que captara la broma.

—Posiblemente. Nadie más en el pueblo tiene tantos problemas como tú.

Miré a Abby, quien no se tranquilizó con este comentario. Se puso de pie. —Me voy a mi habitación.

Kate se frotó las sienes.

—¿El tanaceto que encontraste en línea no te está ayudando mucho con los dolores de cabeza? —pregunté.

—No, no lo hace. Ojalá funcionara tan bien como lo que me diste en tu tienda.

Eso no me sorprendió. Debería haber pasado y recogido más en la botica. —No tengo la misma tintura aquí, pero puedo hacerte un té.

Antes de que pudiera decir algo, continué: —Puedes observarme. Prometo que nunca te daré nada que no sepas de antemano.

Pareció dudar. —¿Funcionará?

Le hice un rápido escaneo mágico para ver qué necesitaba. —Sí. Ven a observarme.

En la cocina, tomé el frasco del armario del té y se lo mostré. —Solo tanaceto. —Llené un infusor de té y vertí el agua aún caliente de la tetera sobre las hojas. Mientras el agua extraía las propiedades curativas del tanaceto, infundí el té con mi intención de que Kate se librara del dolor de cabeza—. ¿Miel? —pregunté.

—No. Mejor no.

Suspiré y le entregué la taza. —Deja que el té repose un minuto y luego saca el infusor. Puedes dejarlo en el fregadero.

—Tal vez deberías dormir más también. Tu cuerpo solo puede funcionar bien si lo tratas bien.

Puso el infusor en el fregadero y dio un gran sorbo de té. —Me gustaría, pero estas llamadas aleatorias en medio de la noche están destrozando mi horario de sueño.

Fruncí el ceño. Odiaba la idea de ser al menos un poco responsable de su dolor. —Lo siento. Prometo que intentaré no tener más emergencias a partir de ahora.

Kate pareció alarmada. —No, no te sientas así. Prométeme que si tienes algún problema, llamarás. —Dejó su té—. Preferiría cien noches sin dormir a que estuvieras en peligro y no llamas.

Sus palabras me conmovieron. —Gracias. Aun así, prometo que intentaré no tener más emergencias. Y si pasas por la botica, te daré más tanaceto. Es lo mínimo que puedo hacer, ya que parezco ser el principal dolor de cabeza en tu vida.

Sonrió. —Lo consideraré.

Las líneas en su frente se estaban relajando, una señal segura de que el té empezaba a hacer efecto.

La señora Subramanian entró en el apartamento con una fuente. —Arroz con leche. Es reconfortante y os ayudará a volver a dormir. Tomad un poco.

Puso la fuente en la encimera de la cocina. Levanté la tapa y respiré el aroma a canela y nuez moscada. —Huele delicioso. Gracias.

Tomé dos cuencos del escurridor y serví una porción del cremoso arroz en cada uno. —Le llevaré un poco a Abby.

Llamé a la puerta de Abby. Cuando no respondió, me asomé; estaba profundamente dormida.

—Está dormida —informé al volver a la cocina—. Deberías llevarte un poco de arroz con leche cuando te vayas —le dije a Kate.

Los sonidos de construcción que venían de mi habitación cesaron, y Palmer abrió la puerta. —Tu ventana ha sido tapiada y no deberías tener más problemas con personas intentando

entrar.

—Gracias —dije.

Notó la taza en la mano de Kate y arqueó una ceja hacia ella.

Ella le dio un breve asentimiento pero no dijo nada.

—Kate y yo vamos a hacer una revisión del perímetro, luego iré a la comisaría, ella se quedará aquí. Deberías estar bien por el resto de la noche.

Miré el reloj del horno. 2:37 a.m. Tenía unas siete horas antes de tener que irme al trabajo, así que mejor las aprovechaba.

Kate y Palmer se fueron, dejándome con el señor Subramanian, que estaba aspirando mi alfombra. Cuando apagó la aspiradora, dije: —Me gustaría hacerle una pregunta sobre la señora Thompson.

—¿En medio de la noche?

—Bueno, sí. Solo tomará un segundo.

Él suspiró. —De acuerdo.

—Escuché que estabas subiendo tanto el alquiler que ella no podía permitirse vivir aquí. ¿Es cierto?

Se frotó la cara. —Estaba subiendo su alquiler, pero ella aceptó los aumentos.

—No entiendo.

—Cuando se mudó aquí por primera vez, dijo que no podía pagar el depósito de seguridad habitual y el último mes de alquiler, así que acordamos que pagaría una parte cada mes, hasta que todo estuviera liquidado.

Eso no parecía malo. Abby y yo habíamos ahorrado hasta tener suficiente dinero para pagar todo por adelantado. Podríamos habernos mudado antes si hubiéramos sabido que podíamos negociar un trato con él. —No veo el problema aquí.

—El problema era que nunca pagaba el extra. Cada mes, pagaba solo el alquiler y tenía una triste historia sobre cómo se esforzaría más el mes siguiente para pagarme. Estaba al límite de mi paciencia. ¿Qué podía hacer? No quería pedirle que se fuera, pero si se corría la voz de que podían aprovecharse de mí, sería difícil encontrar buenos inquilinos.

Asentí. —¿No querías que se fuera?

—No. Quería que pagara lo que prometió.

—Oh. Escuché algo diferente de su amiga, Rosemarie. Parecía pensar que le estabas subiendo el alquiler cada mes.

Él negó con la cabeza. —No, eso no es lo que estaba pasando. Deberías saber que es mejor no hacer caso a los chismes.

Probablemente tenía razón, pero tenía que seguir todas las pistas en mi investigación. —¿Puedo hacerte una pregunta más?

Asintió, aunque parecía que preferiría volver a la cama. No lo culpaba.

—¿Dónde estabas cuando asesinaron a la señora Thompson?

—Paso la mayoría de las noches en casa, y ahí es donde estaba.

—Gracias. No te entretengo más. Tal vez ambos podamos dormir un poco más.

Recogió sus herramientas y la aspiradora. —Esperemos que sí. Por la mañana voy a llamar de nuevo a la compañía de alarmas y hacer que cableen todo el edificio. Este edificio ya no es tan seguro como solía ser, y no permitiré que mis inquilinos estén en peligro.

Sonreí. Abby se sentiría mucho mejor cuando escuchara esto. —Gracias.

Se fue y cerré la puerta del apartamento. Me pregunté qué otro tipo de protecciones mágicas podría añadir al edificio. Tendría que preguntarles a las tías más tarde, pero solo después

de que hubieran escuchado la noticia sobre el intento de allanamiento de alguien más.

Capítulo 14



Uno de los cambios que hice en la botica fue darme un día libre.

Después de un mes como propietaria, me di cuenta de que si no me tomaba un día libre a la semana, no podría seguir adelante. En una situación ideal, contrataría un asistente, pero no estaba lista para dar ese paso. Y luego estaba el debate entre un asistente mágico o no mágico. Cada opción tenía sus ventajas, y no sabía qué camino tomar.

Hoy era mi día libre. ¿Y qué estaba haciendo? Conduciendo hacia Sewall con Thea y Agatha. Delia se ofreció a quedarse en la empresa de tours, ya que estaban abiertos los siete días de la semana y probablemente ganaban más dinero que yo por ello. El viaje era encantador; las montañas de New Hampshire eran perfectas para una excursión en cualquier época del año.

Sewall no era un pueblo al que cualquiera pudiera ir. Necesitabas ADN paranormal para entrar. Si no eras una bruja, te topabas con las barreras y aparentemente decidías no continuar por el camino.

No tuvimos problemas. Incluso Agatha, que podía leer auras, no tuvo dificultad para entrar.

Cuando atravesamos las barreras, el cielo de repente se veía diferente. Era más brillante y colorido, y tenía un tinte rosado que no se veía en el resto de New Hampshire.

Thea condujo hasta el centro del pueblo y aparcó. Sewall era prácticamente igual a como lo recordaba. Pero aun así, era muy diferente de Portsmouth. Los edificios estaban pintados con colores más brillantes, más parecidos a los que verías en Nuevo México. Y cada edificio tenía su propio color, sin importar si contrastaba con los edificios circundantes. Los árboles estaban todos podados en formas fantásticas: ¿has visto alguna vez un roble que se pareciera más a un dragón que a un árbol? Lo verías en Sewall.

Salimos del coche, y Agatha estaba asombrada.

—¿Habías estado aquí antes? —le pregunté.

—No. No tenía ni idea de que existiera —Se dio la vuelta lentamente para observar todo en la calle—. ¿Todo el pueblo es mágico?

Me sorprendí. Solíamos venir a Sewall de vacaciones cuando éramos más jóvenes, y asumí que todas las familias de brujas pasaban tiempo aquí durante el verano. Habíamos conocido a familias de brujas de todo el país aquí.

—Todo el pueblo. No puedes llegar aquí si no eres una bruja —dije.

—¿Tus padres no te traían aquí de vacaciones? —preguntó Thea.

Agatha negó con la cabeza.

—No teníamos vacaciones, no teníamos suficiente dinero, y mi madre no podía permitirse tomarse tiempo libre.

—Bueno, ahora estamos aquí. Vamos a disfrutarlo todo —dije.

La floristería frente a la que Thea había aparcado tenía exhibiciones en la acera: bocas de dragón que realmente te mordían si te acercabas demasiado, y hiedra trepadora que se enredaba alrededor de las exhibiciones y volvía, como si solo estuviera haciendo ejercicio. Deseaba poder tener algunas de estas en mi invernadero, pero su exportación fuera de Sewall estaba prohibida, como te puedes imaginar. Solo podía pedir hojas y flores secas.

Respiré profundamente, bajé un poco la guardia y pude sentir la magia. Se sentía como volver a casa en Proctor House, donde la magia residual flotaba en el aire. Aquí en Sewall, el aire estaba lleno de magia. Le sonreí a Agatha.

—¿Puedes sentir la magia? —le pregunté.

—Puedo. No me gusta.

—¿Qué quieres decir?

—No toda es buena. Hay una corriente subyacente de... malicia, creo, que no me gusta.

Fruncí el ceño. No estaba acostumbrada a que Agatha fuera tan coherente o reflexiva. Miré más de cerca a mi alrededor. Los edificios brillantes no estaban en buen estado. La pintura comenzaba a descascararse, los árboles tenían ramas muertas y la acera tenía baches. El mantenimiento del pueblo se realizaba con magia. Bajé la guardia completamente y sentí una textura aceitosa y malvada arremolinándose alrededor de la magia en el pueblo. Agatha tenía razón: algo andaba mal con la magia en Sewall.

—Vamos a la tienda de pociones.

A cuatro puertas de la floristería estaba Pociones de Hester. La abuela me dijo que si alguna bruja podía cuidar de Agatha, esa sería Hester Johnson. Entramos, y traté de no toser por la neblina verde en el aire. Thea no tuvo tanta suerte y salió. Cada una de las paredes estaba cubierta de frascos de hierbas secas y partes de animales. Me estremecí cuando vi un frasco etiquetado "Escamas de serpiente". En la parte trasera de la tienda, tenía alas de murciélago colgadas, secándose como si fueran flores. Nunca había estado tan feliz de ser una fabricante de pociones que solo usa plantas.

Una anciana levantó la vista de su auténtico caldero en la parte trasera de la tienda. La miré bien y me quedé asombrada. Era la mujer más fea que había visto jamás. Su cara era desigual; un lado se había aflojado, como si hubiera sufrido un derrame cerebral, y estaba cubierta de verrugas. Intenté no ser una mujer prejuiciosa, pero en este caso, ver era creer. Una bruja solo se veía así de mal si había realizado alguna magia oscura. Dudé, sin saber si debía entrar o salir corriendo. La abuela había recomendado a Hester, así que decidí que al menos podía hablar con ella.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó la bruja.

—Hola. Estoy buscando a Hester Johnson.

—La has encontrado. ¿Y tú eres?

—Soy Isabella Proctor. Mi abuela, Esther, me envió a hablar contigo.

Hester soltó una carcajada.

—¿Esther? No la he visto en siglos. ¿Cómo está esa vieja bruja?

Sonreí. No me sorprendía que la gente pensara en la abuela como una vieja bruja. Era mayor y cascarrabias. Aunque... no fea.

—Está bien, gracias. Pensó que podrías ayudar a mi amiga Agatha.

Hester se guiñó un poco más y me miró fijamente. —¿Eras la aprendiz de Trina?

Asentí con la cabeza.

—Lamento tu pérdida —dijo—. Trina era una mujer encantadora. Un poco ingenua, un poco simplista en su visión del mundo. Aparte de eso, era una buena mujer.

—Gracias.

Rodeó el caldero y se limpió las manos en su sucio delantal. —¿Ahora diriges su tienda?

—Así es.

—Déjame darte un consejo amistoso, entonces. Hay que dar un poco para recibir un poco, ¿sabes a qué me refiero?

Fruncí el ceño porque no estaba segura de entenderlo.

—Tienes que estar dispuesta a ceder un poco para conseguir lo que necesitas en la vida. Si eso significa que a veces tienes problemas con otras personas, los resuelves lo mejor que puedas. Pero mantén intactas tus prioridades. Las cosas han cambiado aquí, y pronto cambiarán también en Portsmouth.

Esto era preocupante. ¿Estaba tratando de advertirme? ¿Era este el mismo problema del que Trina me advirtió en su carta?

—Ahora, déjame ver a esta amiga tuya.

Agatha dio un paso adelante. —Soy Agatha.

Hester puso sus manos en la cabeza de Agatha, una en cada sien, y cerró los ojos. —Hmmm —murmuró.

—¿Te sientes mejor aquí que en Portsmouth? —preguntó Hester.

—Sí. La voz de Alice está muy lejos y es mucho más fácil de ignorar ahora mismo.

Hester puso una mano en la frente de Agatha y la miró fijamente a los ojos. —No parpadees, ¿cómo puedo ver tu alma si me cierras el paso de esa manera? —preguntó Hester.

Después de un largo minuto mirándose fijamente a los ojos, Hester quitó la mano de la frente de Agatha y rompió el contacto visual.

—No hay nada que pueda hacer.

Se me rompió el corazón. Hester era mi última esperanza. —¿Estás segura?

Negó con la cabeza. —Quizás un médico pueda darle algo para mantener la voz callada, pero no hay forma de sacarla de su cabeza.

—No lo entiendo. Mi abuela me dijo que eras la mejor bruja de pociones que había conocido. Pensé que podrías curarla.

Hester se sentó en la silla junto a su caldero. —Es una lección difícil de aprender como bruja. A veces no hay forma de solucionar un problema, y nos quedamos atrapadas con él. Agatha está atrapada con la voz de Alice. Si quiere quedarse aquí en Sewall, estará mejor, al menos por un tiempo, pero incluso aquí la voz eventualmente se volverá demasiado fuerte y no podrá ignorarla más.

Tomé la mano de Agatha y se la apreté. —¿Quieres quedarte aquí? ¿Tal vez te sientas mejor?

Ella me devolvió el apretón. —No. Prefiero estar con mis amigos, en lugar de rodeada de extraños.

—¿Qué tal si cuando lleguemos a casa llamamos a mi amigo médico? —pregunté.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Supongo que sí, ahora que no tengo ninguna otra esperanza.

Yo también quería llorar. La había traído aquí para darle esperanza, para mostrarle que podía mejorar. Y había fracasado. —Oye, no digas eso. Intentaremos todo lo que podamos. Te prometo que no dejaré esto sin resolver.

Me sonrió. —Gracias. La mayoría de la gente no me toma en serio cuando hablo de oír voces.

Hester interrumpió nuestro momento. —Isabella, deberías pasar más tiempo aquí conmigo. Entiendo que tu entrenamiento no estaba del todo completo. Puedo enseñarte mucho que Trina nunca consideraría.

Hice una mueca. —Gracias, Hester, pero no sé. Es un viaje largo...

—Y ya te he asustado con charlas sobre cosas que cambian. No tiene sentido temer al futuro cuando puedes prepararte para él.

—Claro. Gracias por tu ayuda —dije mientras me apresuraba hacia la puerta. Lo último que escuché mientras cerraba la puerta detrás de nosotras fue la escalofriante risa de Hester.

—¿Era espeluznante o qué? —preguntó Thea mientras caminábamos por la acera.

—Ya lo creo. Deberías haberla oído.

—Pensé que querías comprar más ingredientes mientras estuviéramos aquí —dijo Thea.

—No me atreví. Me asustó y no confío en ella.

—¿Quién sigue? —preguntó Thea.

Sonreí. —Quería visitar a Hope, la amiga de la abuela.

Antes de llegar a la casa de Hope, a un par de manzanas fuera del pueblo, nos encontramos con un hombre mayor vestido completamente de negro. El negro contrastaba con su piel pálida y su cabello plateado. Era mayor, probablemente más que mi madre, pero no lo suficientemente viejo como para que su cabello se hubiera vuelto completamente plateado de forma natural. —Disculpe, ¿es usted Isabella Proctor? —preguntó.

—Sí, soy yo. ¿Nos conocemos? —Lo miré más de cerca y me di cuenta de que tenía un hechizo de glamour a su alrededor, impidiéndonos ver su verdadero aspecto. Hester podría haber usado uno de esos.

Me tendió un papel: la carta de condolencias que había escrito al hijo de la señora Thompson. Me pregunté brevemente si todos en Sewall tenían un apartado de correos en otra ciudad, o solo aquellos que tenían negocios fuera de la comunidad mágica. —Oh, lo siento mucho. No me había dado cuenta de quién era usted.

—No te preocupes. Quería agradecerte esta amable nota. Es reconfortante saber que mi madre tenía amigos cerca al final. Por supuesto, si se hubiera quedado aquí en Sewall como le pedí, probablemente todavía estaría viva.

—¿Qué te hace decir eso?

—No sé qué sucede en ciudades como la tuya. Lo único que sé es que aquí, todos estamos a salvo.

Miré alrededor. Sewall no parecía tan seguro y limpio como cuando era niña. —Bueno, de nada por la nota. Era una mujer encantadora y la echaré terriblemente de menos. ¿Aún no has organizado los detalles de su funeral, verdad?

Bajó la mirada hacia la acera. —Todavía no. Tengo que esperar a que la policía la libere. Será aquí, en Sewall. Debería ser enterrada entre su gente. Sé quién la mató, y no quiero el cuerpo de mi madre cerca de ella.

—¿Sabes quién mató a tu madre? —No podía creer mi suerte.

—Sí. Fue envenenada por Eunice Willoughby.

Eso parecía imposible. Tenía cien años si tenía un día. —¿Te refieres a la bruja que vive en la pequeña cabaña junto al río? ¿Le has contado tu teoría a la policía?

Se burló. —No. Ignorarían mi idea tan pronto como se dieran cuenta de lo vieja que es. Sabemos que son las brujas viejas de las que hay que tener cuidado. Su poder nunca disminuye.

Eso no era exactamente cierto, pero si una bruja quería envenenar a otra más vieja, había formas de hacerlo.

—Estoy seguro de que encontraré una manera de probar que ella lo hizo. Pero antes de eso, me gustaría ir a recoger a Jacob —continuó.

—¿Jacob? —pregunté.

—Sí. El gato de mamá. Lo amo, y es lo único que me queda de ella.

No mucho amor si ni siquiera podía acertar con el nombre del gato. —Su nombre es Jameson. Está en mi apartamento. Puedes llamarme a la botica cualquier día que estés en Portsmouth y podemos coordinar para que lo recojas.

—Es cierto, Jameson. Me gustaría recogerlo mañana. Si no te importa, voy de camino a una reunión —dijo, mirando ansiosamente por encima de mi hombro.

—Por supuesto. Lamento haberte entretenido.

Pasó rozándome y se unió a un hombre sorprendentemente bajo que comenzó a gritarle. Estaban lo suficientemente lejos como para que no pudiera oírlos.

—Está mintiendo. Me pregunto qué es lo que realmente quiere. Incluso yo sé el nombre del gato —dijo Thea.

Empezamos a caminar de nuevo, pero Agatha no nos seguía el ritmo.

—¡Agatha, vamos!

—¿Quién era ese otro hombre? —preguntó Agatha.

Me volví para mirarlas. —Ni idea. ¿Por qué?

—Es casi tan malvado como el hombre con el que estabas hablando.

No había sentido que Brent fuera malvado. Tal vez un poco vengativo, pero eso era comprensible. —¿Te sientes bien?

Agatha negó con la cabeza. —No realmente.

Seguimos las indicaciones de la abuela hasta la casa de Hope. La casa victoriana turquesa y rosa estaba justo donde ella dijo que estaría.

Hope abrió la puerta antes de que llamáramos. —Isabella y Thea, qué bueno verlas. Por favor, pasen.

Entramos a su vestíbulo, que albergaba una colección de relojes, todos configurados en diferentes horarios. Relojes de pie, relojes de pared, relojes de arena, relojes atómicos e incluso dos Apple Watches. —Interesante colección la que tienes aquí —comenté.

—Gracias, querida. —Extendió su mano hacia Agatha—. Soy Hope. Cualquier amiga de los Proctor es amiga mía. Bienvenida a mi hogar.

Agatha tomó su mano. —Gracias, Hope.

Una vez más, me sorprendió lo bien que Agatha parecía estar reaccionando a su entorno aquí en Sewall.

—Tu abuela me dijo que vendrían de visita. ¿Por qué no vamos a la sala y tomamos un té?

La seguimos hasta la habitación delantera a nuestra derecha. La sala estaba llena de muebles victorianos, mesas e incluso un piano. —Por favor, siéntense. Traeré el té.

Agitó su mano y una puerta se abrió, permitiendo que una bandeja con una tetera, limón, azúcar y leche flotara hasta la mesa baja alrededor de la cual nos habíamos sentado. La siguió un plato de tres pisos, lleno de sándwiches, scones y postres.

—Esto se ve encantador —dije—. No tenías que molestarte tanto por nosotras.

Hope comenzó a servir el té. —Hoy tenemos té de manzanilla con limón, señoritas.

Pasamos unos minutos preparando nuestro té y eligiendo la comida antes de ir al grano.

—Le pedí a tu abuela que se asegurara de que pasaras por aquí, porque tengo información importante que necesitas saber. Primero, ¿qué tan cercana eras a la Sra. Thompson?

Fruncí el ceño. —No muy cercana, pero hablábamos varias veces a la semana. Me invitaba y conversábamos o jugábamos a las cartas. También cuidaba de su gato, Jameson, cuando ella salía de la ciudad. Supongo que diría que éramos cercanas como vecinas, pero nunca iba a ser mi mejor amiga, si es eso a lo que te refieres.

Hope asintió. —Supongo que es de esperarse, dada la gran diferencia de edad entre ustedes. ¿Quién tiene al gato ahora?

—Yo lo tengo. Cuando la encontré, él salió corriendo de su apartamento y esperó en mi puerta hasta que lo dejé entrar. Apenas me ha dejado fuera de su vista desde entonces. Viene conmigo al trabajo, y honestamente, me sorprende que me haya dejado venir aquí sin armar un gran alboroto por dejar el apartamento.

—Interesante. ¿Has notado algo... diferente en él?

Fruncí los labios. —No creo, aparte de que no quiere que vaya a ningún lado sin él.

—Puede que notes algo en el futuro.

—¿Como qué?

—Preferiría no especular ahora mismo. La razón por la que quería que estuvieras aquí es para hablar sobre el amuleto, el amuleto Bishop.

Dijo "amuleto Bishop" con un tono de voz que era obvio que pensaba que yo sabía de qué estaba hablando. Desafortunadamente, no tenía ni idea.

Cuando no dije nada, ella continuó:

—Y este es el problema de criar a las jóvenes brujas fuera de su comunidad. Te estás perdiendo información valiosa que necesita ser transmitida.

—¿Quizás podrías contarnos sobre el amuleto Bishop? —preguntó Thea.

—Parece que voy a tener que hacerlo ahora, ¿no? —Se reclinó y cerró los ojos. Cuando los abrió, comenzó a hablar rápidamente—. El amuleto Bishop es uno de los siete encantos protectores que mantienen a las brujas a salvo en New Hampshire. Cada uno tiene un guardián, que tiene la tarea de usarlo para proteger a las brujas si están en peligro. Beatrice fue su última guardiana.

Asentí.

—¿Y quieres que encuentre el amuleto y te lo traiga?

—¡Oh, diosa, no! Soy demasiado vieja para empezar a llevar un amuleto.

—Pero la señora Thompson era mayor.

—No lo era cuando fue elegida por primera vez para llevarlo.

Oh. ¡Escobas! Sabía a dónde iba esto.

—Estaba en Portsmouth buscando un nuevo guardián. Pensó que podrías ser tú.

—Pero no tengo el amuleto. Supongo que puedo buscar en su apartamento, pero ¿no lo habría encontrado ya la persona que lo mató?

—No. El bienestar de Sewall está ligado al amuleto. ¿Notaste las ramas muertas, la pintura descascarada y el deterioro general cuando llegaste aquí? Así es como sé que el amuleto no tiene un nuevo dueño. Si un buen dueño lo tuviera, la ciudad volvería a ser como antes. Si una mala persona lo tuviera, la ciudad habría perdido toda su protección a estas alturas.

Se acercó más a mí y me agarró la mano.

—Necesitas encontrar el amuleto y reclamarlo como tuyo.

—¿Y si ella no pensaba que yo era la persona adecuada para ello?

—Ahora no tenemos elección. Tiene que ser tuyo.

Aparté mi mano de la suya. No estaba segura de querer esta responsabilidad. Definitivamente no me sentía preparada para ello. Nada de lo que habíamos hablado parecía diseñado para prepararme para la responsabilidad de mantener a las brujas de New Hampshire a salvo.

—¿No puedo simplemente traerlo de vuelta al pueblo y dejar que alguien más lo tome?

Hope negó con la cabeza.

—Una cosa que Beatrice sabía era que nadie en el pueblo debía tener el amuleto. No se habría ido si hubiera alguien aquí a quien pasárselo. Se sintió atraída por Portsmouth, y por ti en particular. Eras su mejor opción.

Alas de murciélago.

—¿Qué tal mi madre?

—Entiendo tu reticencia, pero si eres la próxima dueña, todo tendrá sentido para ti una vez que lo encuentres. La magia no deja estas cosas al azar. Si quieres, una vez que lo encuentres, ven a verme y podemos hablar más. Te ayudaré a encontrar tu camino a través de lo que necesitas hacer.

Fruncí el ceño.

—Está bien. Supongo que eso ayudará.

Agatha se puso de pie.

—Tenemos que irnos. Tenemos que encontrar este amuleto antes que nadie más.

Me volví hacia Agatha. ¿Por qué estaba tan insistente?

—¿Sabes algo que yo no sé?

Se mordió el labio y se dio la vuelta.

—No realmente. Tengo la sensación de que otras personas lo están buscando, y están cerca.

—Agatha, ¿qué no me estás diciendo?

—Nada importante. Vámonos.

Thea se puso de pie.

—Creo que Agatha tiene razón.

—Ni siquiera sabemos cómo es el amuleto —protesté.

—Esmeralda en un engaste de oro. Del tamaño de un huevo de codorniz. Podrías confundirlo con una joya no mágica si no lo supieras —dijo Hope.

—Está bien entonces, supongo que nos iremos.

Una vez que salimos de la casa, Agatha prácticamente nos empujó calle abajo hasta que llegamos a nuestro coche.

—Conduce rápido —le dijo a Thea.

Capítulo 15



El viaje de regreso desde Sewall fue largo, y pasé más tiempo pensando en la gran responsabilidad que la señora Thompson quizás quería darme. Yo era una bruja promedio y ordinaria sin talentos especiales. Parecía un error poner la seguridad, incluso una séptima parte de la seguridad, de las brujas de New Hampshire en mis manos inexpertas.

No debería decir "quizás", porque una vez que Hope mencionó el amuleto, supe que la señora T. había tenido la intención de que yo lo tomara; se estaba tomando su tiempo y me estaba introduciendo lentamente. Pero ¿por qué? ¿Por qué pensaba que yo estaba preparada para el desafío? Tal vez si pudiera encontrar a las brujas que tenían los otros seis... Ni siquiera estaba segura de qué más estaban guardando. ¿Tenían otros amuletos? ¿Una variedad de objetos?

Ser bruja se acababa de volver mucho más complicado.

Agatha durmió durante todo el viaje de regreso, y Thea, al ver que yo quería pensar, me dejó en paz.

Condujimos directamente a mi apartamento, porque quería su ayuda para buscar el amuleto. El cielo se volvió gris una vez que salimos de Sewall, y el paisaje pasó en un borrón mientras contemplaba el camino completamente diferente que estaba tomando mi futuro.

Lo primero que noté cuando llegamos a casa fue que el apartamento de la señora T. ya no estaba vigilado. ¿Significaba esto que la investigación había terminado y Palmer había atrapado a su asesino? No lo creía. Se necesitaría más de lo que él tenía para atrapar a una bruja. Entramos directamente y el apartamento estaba tal como lo vi la última vez. Ordenado, organizado, pero sin alma ahora, sin ocupante.

—¿Cómo vamos a encontrar el amuleto? —preguntó Thea.

—Estaba pensando en eso. Esperaba sentir algún tipo de conexión con él, pero... —Cerré los ojos y usé mis sentidos para tantear el apartamento—. Hasta ahora, nada.

—Supongo que deberíamos probar en los lugares obvios, como su joyero, por si acaso —dijo Thea.

Agatha salió de la sala y entró en la cocina. —No creo que esté aquí. Es decir, si estuviera aquí, quien la mató se lo habría llevado.

Tenía un buen punto.

—Voy a limpiar la cocina en su lugar. No hay necesidad de que su comida se eche a perder, ¿verdad? —preguntó Agatha.

Esto parecía sensato, y aún mejor, sensato para Agatha. Tal vez los efectos que había sentido en Sewall durarían ahora que estábamos de vuelta en Portsmouth.

—Yo me encargaré de la oficina —dijo Thea.

Yo me encargué del dormitorio. Las cortinas aún estaban cerradas, haciendo que fuera demasiado oscuro para ver algo. Encendí la luz y abrí las cortinas para dejar entrar los últimos rayos del sol de la tarde. Su joyero abierto descansaba sobre su tocador. Miré adentro, pero no había ningún amuleto. De hecho, tenía muy pocas joyas allí. Un anillo de perlas, un par de pendientes de topacio y una banda de oro. Quizás la mayoría de sus joyas ya habían sido robadas. Seguramente una mujer no necesita una caja tan grande para guardar tan poco. Los únicos otros objetos sobre el tocador eran un juego de tocador de plata con cepillo, peine y espejo.

Revisé sus cajones. También estaban mayormente vacíos. ¿Estaba la mayoría de su ropa en el cesto de la ropa sucia, o tenía muy poco a su nombre? Su armario contenía dos vestidos, dos pares de zapatos, un par de botas y un abrigo de invierno.

Se me ocurrió un pensamiento horrible. ¿Y si había estado vendiendo sus cosas para pagar el alquiler? ¡Pobre señora T.! Si hubiera sabido que tenía tan poco, nunca le habría cobrado el precio completo por el tónico para los riñones de Jameson.

En cualquier caso, no encontré ningún amuleto en los cajones, bolsillos de su ropa o zapatos. Su mesita de noche tenía un libro encima, *A Mother's Reckoning*, y nada en el cajón. Me puse de rodillas y miré debajo de la cama.

Nada.

Ni siquiera pelusas.

Desesperada por encontrar algo, pasé las manos por las cortinas, investigué las barras de las cortinas e incluso aplasté sus almohadas, buscando algo duro.

Como último intento, levanté su colchón, aunque no me gustaba la idea de tocar el lugar donde había muerto. No había nada debajo.

Salí, frustrada, y fui a ver a Agatha. —¿Cómo va todo? —pregunté.

—No está mal. Ya vacié el refrigerador. No le importaría si no guardara todos los recipientes de plástico reutilizables, ¿verdad?

Miré a los ojos de Agatha. Un poco de la incertidumbre nublada que solía tener estaba volviendo a aparecer. —Está muerta, Agatha. No necesita recipientes de plástico.

Pareció avergonzada. —Supongo que tienes razón.

—Sigue con el buen trabajo. Voy a ver cómo va Thea —dije.

En el suelo de la oficina, Thea había hecho pilas ordenadas de todo lo que había estado sobre o dentro del escritorio de la señora Thompson. —¿Encontraste algo bueno? —pregunté.

—Ningún amuleto, pero le debía dinero a mucha gente. Tenía un cajón entero dedicado a facturas vencidas.

¿Había venido a Portsmouth sin nada para vivir? ¿Cómo esperaba sobrevivir si no tenía dinero para mantenerse?

—Voy a empezar con la sala de estar —dije, desanimada de que mi amiga estuviera viviendo una vida tan precaria y nunca lo hubiera notado. Como mínimo, Abby y yo podríamos haberle llevado pasteles del día anterior de *The Fancy Tart*.

La sala de estar fue simple de investigar. Un sofá, dos sillas, una mesa pequeña, una lámpara y una ventana. Nada contenía sorpresas.

Thea se unió a Agatha y a mí cuando estaba terminando. —No está aquí, ¿verdad?

Negué con la cabeza. —¿Hay algo que puedas hacer?

—¿Como qué? —preguntó Thea.

—¿Puedes usar una pieza de su joyería para localizar otra?

—No creo que la psicometría funcione así, pero puedo intentarlo.

Entré al dormitorio para buscar las pocas joyas de la Sra. T. Se las entregué a Thea, pero ella me las devolvió. —Es mejor una a la vez.

Le di la alianza de oro. Thea cerró los ojos. —Todo lo que veo aquí es a la Sra. T. y su esposo en diferentes momentos de su vida juntos.

—No creo que eso nos lleve a ninguna parte.

Le entregué los pendientes de topacio. —Oh, estos fueron un regalo de su hijo, cuando era mucho más joven. Puedo ver la última vez que los usó, y la entristecieron. El pensamiento de su hijo la entristecía. Deseaba que se hubiera casado, tenido hijos y sentado cabeza. Nunca lo hizo, así que ella nunca tuvo los nietos que quería.

Le di la última joya, el anillo de perlas. —Oooh —canturreó Thea—. Esto se lo dio otro hombre.

—¿En serio? ¿Quién?

—No lo sé. Ella lo amaba, aunque nunca se casaron.

Qué triste. —Eso suena como una historia desgarradora, probablemente no relacionada con el amuleto.

Thea negó con la cabeza. —Deberías guardarlas. Estoy segura de que su hijo las querría.

—Agatha, ¿encontraste algo? —pregunté.

Ella soltó una risita. —¡Sí! Encontré esto. —Blandió un huevo de Cadbury—. ¿Sabes lo difícil que es conseguir estos cuando no es Pascua?

Agatha no se equivocaba, pero una mirada rápida reveló que había vuelto rápidamente a su yo habitual. —Agatha, ¿cómo te sientes?

—Estoy bien. Alice se está aburriendo y quiere irse.

Mi corazón se agrietó un poco por ella. —En un minuto. Primero quiero hacerte una pregunta. Ven a sentarte en el sofá conmigo.

Nos sentamos y tomé su mano. —Quiero que recuerdes cómo te sentías cuando estábamos en Sewall. ¿Puedes hacer eso?

Asintió. —Me gustó allí. Alice estaba callada, y justo antes de irnos, yo era la única en mi cabeza. Fue escalofriante, y me pregunté a dónde se había ido.

—¿Te gustaría volver? ¿Quieres sentirte así todo el tiempo?

Agatha frunció el ceño. —Extrañaría a mis amigos. Te extrañaría a ti, e incluso extrañaría a Alice, al menos parte del tiempo.

Mi corazón se rompió. Se hizo añicos por ella. —Creo que hay algo en Sewall que te ayuda, algo que no puedes obtener aquí en Portsmouth, y si te quedaras allí, tendrías una mente más saludable. Quiero llevarte de vuelta la próxima semana para ver si te sientes bien de nuevo allí. Tan pronto como encontremos quién mató a la Sra. Thompson, iremos. ¿De acuerdo?

—Si eso es lo que quieres, Isabella, claro. Podemos hacer eso.

Respiré profundamente e intenté contener las lágrimas. —Voy a mi apartamento. Ha sido un día largo, y necesito relajarme y pensar en qué hacer a continuación.

—Yo llevaré a Agatha a casa —se ofreció Thea.

De vuelta en mi apartamento, Jameson corrió a recibirme en la puerta. Me agaché para acariciarlo. —Vaya, si vas a ser así cuando llegue a casa, debería dejarte aquí más a menudo.

Maulló y caminó hacia el baño. Me senté en el sofá, feliz de que Abby no estuviera en casa. No quería inventar una explicación sobre cómo había ido mi día que no incluyera Sewall, un amuleto mágico o una cliente cuya enfermedad mejoró en un pueblo del que ni siquiera podía

hablar.

Jameson maulló desde el baño, pero lo ignoré.

Saltó sobre mí y ronroneó. Escuché mi nombre a lo lejos, pero no había nadie aquí. Miré a Jameson, y él solo maulló.

—Debo estar más agotada de lo que pensaba. Estoy escuchando cosas.

Jameson caminó hacia el baño, y esta vez, aulló.

—Está bien, está bien. Ya voy. No puedo imaginar qué es tan importante que quieres que vaya allí.

No había nada malo en el baño. La caja de arena no necesitaba vaciarse, todo estaba ordenado y no vi evidencia de ratones u otros animales que lo hicieran aullar. —¿Qué pasa? —pregunté.

Aulló de nuevo, pero no me dio ninguna pista. Tal vez necesitaba comida.

Caminé hacia la cocina y vi que su comida y agua estaban vacías. —Pobre pequeño, no es de extrañar que estés aullando. Tienes hambre. —Llené sus cuencos de agua y comida, y él salió del baño para comer.

Capítulo 16



Pasé el resto de la noche pensando. ¿Qué más podía hacer? Sentía que se me acababan las opciones.

Sin embargo, aún no me había dado por vencida con Agatha. Ver su progreso en Sewall me daba esperanzas de que existiera una cura en alguna parte.

Esta mañana, sin embargo, Thea, Delia y yo íbamos a ver a Eunice Willoughby. Quería comprobar si la información que Brent nos había dado ayer tenía algo de verdad. No podía imaginar que pudiera causar muchos problemas, porque era incluso mayor que la abuela, pero, por otro lado, no veía a la abuela desacelerando en un futuro cercano.

Decidimos ir antes del trabajo. Investigar un asesinato era difícil cuando tenías que encajarlo en horas no laborales. Thea y Delia me esperaban en el estacionamiento cuando salí con tres termos de té morganmuffel. Este era el mejor té para comenzar una mañana más temprano de lo que querías: menos cafeína que el café, con diez veces más alerta. Todavía lo estaba probando y planeaba ofrecerlo más adelante este año en la botica.

La casa de Eunice era una cabaña deteriorada con un pequeño muelle en el río Piscataqua, que formaba parte de la frontera entre New Hampshire y Maine. El diminuto patio tenía jardines en el frente y al costado. El delantero estaba lleno de flores, y el lateral tenía camas elevadas de lo que parecían ser verduras. Si Eunice se encargaba de estos por sí misma, habría tenido suficiente energía para matar a la Sra. Thompson. Todas sus cortinas estaban cerradas, y comencé a sentirme culpable por venir tan temprano en la mañana.

Abrimos su verja y nos dirigimos a la puerta principal. Llamé, pero no hubo respuesta. Fruncí el ceño. Uno pensaría que una bruja tendría algún tipo de protección en su verja para avisarle cuando llegara gente. Miré alrededor de su jardín delantero. Las rosas estaban floreciendo, los lirios de día comenzaban a brotar, y el rododendro estaba en plena floración.

Thea llamó a la puerta. Aún sin respuesta.

—Tal vez aún esté durmiendo. Deberíamos volver más tarde —dijo Delia.

Negué con la cabeza. —Vamos a revisar atrás.

Caminamos hacia el costado de su casa, y examiné sus camas de jardín elevadas. La primera tenía tomates y ajo. Las plantas estaban prósperas y saludables. Debía haber pasado mucho tiempo aprendiendo el arte de la jardinería.

Delia ahogó un grito y señaló otra cama. Agatha yacía allí, inmóvil.

Corrimos hacia Agatha, y comprobé su pulso, aunque las marcas de dedos alrededor de su cuello me decían que no me molestara. Estaba muerta.

Delia puso su mano sobre la mía y lentamente me alejó de Agatha. —Se ha ido.

No creía que pudiera llamar a Palmer para decirle que había encontrado a otra persona muerta. Por otro lado, no podía dejar a Agatha aquí.

—¿Qué está pasando aquí? —llamó una mujer desde el patio trasero.

—¿Señora Willoughby? Quédese ahí —dijo Thea.

Como cualquier bruja vieja que se precie, ignoró la orden y vino a ver qué estábamos mirando. —Oh no, otra vez no. No puedo permitir esto.

Y el cuerpo de Agatha desapareció.

Me quedé atónita. ¿Qué hizo? ¿A dónde envió a Agatha? ¿Y qué quiso decir con "otra vez no"? —¡Oiga! No puede hacer eso —protesté.

—¡Tráigala de vuelta! —exigió Thea.

Eunice nos miró con ojos entrecerrados. —¿Quiénes son ustedes y qué quieren, molestando a una anciana tan temprano en la mañana?

—Señora Willoughby, ¿mató usted a Agatha? —preguntó Thea.

—No seas una completa tonta, niña. Iba a preguntarles lo mismo. Las encontré de pie sobre su cadáver.

—En su propiedad —replicó Thea.

—Ahora ninguna de nosotras puede meterse en problemas. Sin cuerpo, no hay crimen. Así que, ¿por qué no regresan a la secundaria de donde vinieron y me dejan en paz?

¿Secundaria? Eso sí que era insultante.

—Parece que hemos empezado con el pie izquierdo —dijo Delia mientras se colocaba frente a Thea. Me pareció que estaba tratando de proteger a nuestra prima de cualquier daño que Eunice pudiera causar.

—Mi nombre es Delia Proctor. Tal vez conozca a mi familia.

Eunice entrecerró los ojos mirando a Delia. —¿Eres la qué de Essie? ¿Nieta?

Delia sonrió. —Sí. Y estas son mis primas.

Eunice se relajó mientras nos examinaba más a fondo. —¿Por qué no lo dijeron desde el principio? Nada más de esta tontería de "Señora Willoughby", llámenme Eunice. Vamos adentro y sentémonos.

No era un buen plan. Primero, había sido acusada de matar a la Sra. Thompson, y luego, cuando llegamos, encontramos un segundo cadáver. Tal vez no era una buena idea estar aquí sin una bruja mayor y más experimentada que nos respaldara. Por supuesto, eso implicaría a la familia, y no quería contarles a las tías o, diosa no lo quiera, a la abuela, lo que había estado sucediendo en mi vida esta semana. ¿Te imaginas lo que harían? Yo sí, y esperaba salir de esto sin contarles nada.

—Preferiría quedarme aquí, si no le importa —dije.

—¿Puede traer de vuelta a nuestra amiga Agatha? —preguntó Delia en voz baja.

—¿Por qué querría hacer eso? Sin evidencia, no hay condena. No creo que ninguna de nosotras quiera meterse en problemas con la ley, ¿verdad?

No estoy segura de si pretendía que sonara como una amenaza, pero aun así me estremecí.

—Isabella ha trabajado con la policía en el pasado, y es más probable que confíen en ella.

—No nos preocupemos ahora por dónde está Agatha —dijo Thea—. Estamos aquí para hablar de Beatrice Thompson.

Al oír el nombre de la señora Thompson, pareció que a la señora Willoughby se le fueron las fuerzas. —Era una buena mujer y una bruja extraordinariamente talentosa. No puedo creer

que se haya ido.

—Sí, cierto. Todos estamos tristes por su fallecimiento. Pero mi pregunta para usted es, ¿la mató? —preguntó Thea.

—¿Por qué querría matarla? —preguntó Eunice.

—No lo sé... ¿tal vez por el amuleto que tenía? —soltó Delia.

¡Murciélagos! Thea debió haberle contado todo a Delia sobre lo que pasó ayer. No dije específicamente que no deberíamos mencionar el amuleto. Supongo que debería haberlo hecho.

—¿Qué amuleto? —preguntó Eunice.

—El amuleto Bishop. El que ella vino a entregarle a Isabella.

Y ahí estaba. Toda la historia había salido a la luz. Delia iba a tener que dejar de confiar tanto en la gente si queríamos llegar a alguna parte en nuestras investigaciones.

Eunice me miró fijamente, con los ojos muy abiertos. —¿Tú?

Asentí. —No lo supe hasta ayer cuando fui a Sewall. Hope nos lo contó.

—La señora Thompson no estaba hablando con ninguna otra joven bruja —dijo Thea.

—Registramos su apartamento, pero no pudimos encontrarlo —dije.

Eunice frunció el ceño. —Eso es problemático.

—Creemos que pudo haber sido asesinada por eso.

—¿Por mí? Eso no tiene ningún sentido, chica. Si ella era demasiado mayor para tenerlo y lo estaba pasando, ¿por qué demonios lo querría yo? Soy mucho mayor que ella.

Tenía razón. Eso no tenía mucho sentido.

—Tal vez no lo quería para usted, tal vez quería pasárselo a alguien más, alguien a quien pudiera controlar —dijo Thea.

—¿Alguien a quien pudiera controlar? —repitió Eunice—. No. Si quisiera tener algo que ver con la política de Sewall, me habría quedado allí. Todo lo que quiero es cuidar mis jardines, aunque parece que la lechuga está fuera del menú para este verano, y envejecer en paz.

—Entonces, ¿dónde estaba hace cuatro noches cuando Beatrice fue asesinada? —pregunté.

—¡Ajá! Finalmente, la pregunta de la coartada. Estaba aquí, sola. Nadie que lo verifique, ni siquiera un familiar.

—No es tan útil como podría pensar... —comenzó Delia.

—Por supuesto que no es útil. Pero es todo lo que tengo.

—¿Y qué hay de anoche y esta mañana temprano? ¿Escuchó algo o vio a alguien? —pregunté.

Eunice negó con la cabeza. —Ni un solo ruido. Claro que eso no significa nada. Ya viste lo fácil que es mover silenciosamente un cuerpo muerto de un lugar a otro.

—¿Por qué no llamó a la policía cuando la vio por primera vez, cuando salió antes?

—Ni siquiera he llegado al jardín lateral todavía. Estaba trabajando detrás de la casa cuando ustedes llegaron.

Fruncí el ceño. Todavía no había pillado el truco de obtener las coartadas de la gente. Nadie quería decirte nunca dónde estaban realmente o qué estaban haciendo realmente. Miré el lecho de lechuga donde había estado descansando Agatha. Enredado en algunas de las hojas había un mechón de pelo gris. Separé un mechón del borde y lo sostuve en alto. —¿Es este su cabello? —pregunté.

Eunice se rio. Se quitó las horquillas que sujetaban su gran moño y sacudió su pelo. —No me he cortado el pelo, salvo para recortarlo, en más de veinte años. Dudo mucho que un mechón tan corto sea mío.

Tenía razón. Su ondulado cabello blanco le llegaba más allá de las rodillas, y el pelo en mi mano solo tenía un par de centímetros de largo.

—Bien. Entonces si no la mató, ¿por qué se deshizo del cuerpo tan rápido? Eso parece la acción de una persona culpable —dijo Thea.

No estaba tan segura de eso. Sabía por experiencia que ser encontrada cerca de demasiados cadáveres probablemente le daría ideas a la policía. Ideas que te llevaban a una sala de interrogatorios en el mejor de los casos, a la cárcel en el peor.

—¿Podemos traerla de vuelta? Me gustaría echarle otro vistazo para buscar pistas. Y es mejor si llamamos nosotros a la policía en lugar de que vengan a buscarnos.

—¿Por qué vendría la policía a buscarlas? —preguntó Eunice.

—Thea y yo pasamos el día con Agatha ayer, en Sewall. Eso saldrá a la luz tarde o temprano.

—Aunque no la parte de Sewall —dijo Delia.

—Pasar el día con ella será suficiente para que Palmer me eche un buen vistazo —dije.

—Está bien —dijo Eunice—. Apártense del macetero. Es difícil hacer esto, y mi puntería podría estar un poco desviada.

Agatha apareció a la vista, pero Eunice tenía razón. Su puntería estaba desviada, y Agatha estaba medio dentro y medio fuera del lecho de lechuga. —¿Deberíamos moverla? —pregunté.

Thea y Delia se encogieron de hombros.

Miré a Eunice, pero ella no parecía importarle. —No fue asesinada aquí, así que no importa si está exactamente en la posición correcta.

—¿Por qué cree que fue asesinada en otro lugar? —pregunté.

Eunice puso los ojos en blanco. —Mira la lechuga. La mayor parte está intacta. Una persona no se rinde sin luchar cuando la están estrangulando así. Araña a su alrededor, buscando un arma, cualquier cosa para salvar su vida. Al menos hasta que pierde el conocimiento.

¡Pobre Agatha! Tuve un rápido destello de ella, confundida y sola, mirando a los ojos de su asesino. Fue lo último que vio en vida, y eso no parecía justo. Me sequé la lágrima que había caído en mi mejilla. —Horrible —fue todo lo que pude susurrar.

Anoche estaba segura de que podría encontrar una manera de cuidar a Agatha. Una forma de enfocar su mente y, al menos, acallar la voz de Alice en su cabeza. Imaginé que podría descubrir cómo Sewall había sanado su mente y luego, de alguna manera, transportarla a Portsmouth. La culpa me invadió. Si no la hubiera postergado, diciéndole que me ocuparía de ella después de encontrar al asesino de la señora Thompson, tal vez aún estaría viva hoy. Habríamos trabajado hasta bien entrada la noche, y yo podría haberla protegido cuando su asesino vino a buscarla.

—¿Isabella? ¿Estás bien? —Oí a Delia como si estuviera lejos. De repente sus brazos me rodearon, y me hundí en su apoyo.

—Tranquila —dijo—. ¿Qué pasa?

—Es mi culpa. Debería haberla salvado.

Capítulo 17



Necesitamos conseguir ayuda —dijo Thea.

Asentí. Definitivamente estábamos fuera del ámbito de las cosas que podíamos manejar por nosotras mismas.

—Eunice, después de que nos vayamos, quiero que llames a la policía y les digas que encontraste un cuerpo en tu jardín. Aunque no es necesario que nos menciones.

No parecía que le gustara la idea, aunque estuvo de acuerdo.

—Supongo que sí. No van a meter a la cárcel a una anciana como yo, ¿verdad?

Caminamos hacia el coche y condujimos las pocas manzanas hasta la Casa Proctor.

—Odio que tengamos que confesar toda la investigación que hemos estado haciendo. Las tías no van a estar contentas con nosotras —dijo Thea.

—¿Necesitamos contarles todo? —pregunté.

Thea y Delia me miraron. Me encogí en mi asiento.

—Vale, sí. Tenemos que hacerlo. Es solo que si omitimos algunas cosas, ¿tal vez no se vería tan mal?

—¿Y qué, exactamente, omitirías? —preguntó Thea.

Pensé por un momento.

—Nada. Todo está relacionado de una forma u otra.

—¿Alguien conoce un hechizo de encanto para evitar que se enojen demasiado? —preguntó Delia.

Me reí. Nunca habíamos encontrado uno que funcionara con las tías, incluso después de años intentándolo.

Entramos en la cocina, listas para enfrentar la música.

La tía Nadia se volvió hacia nosotras y dijo:

—Oh, chicas. Llegan a tiempo para el desayuno. Lleven estos scones al comedor.

¿Scones? ¿Comedor? El desayuno no solía ser una comida familiar, y casi nunca comíamos más que un rápido muffin mientras salíamos por la puerta. Tomé el plato de ella y caminé hacia el comedor, para ver a mi madre, la tía Lily y la abuela sentadas en silenciosa anticipación.

La atmósfera en el comedor azul era seria. Incluso los apliques de pared parecían emitir menos luz.

—Ya era hora de que vinieran a hablar con nosotras —dijo la abuela.

Sin nada que perder, opté por el enfoque inocente.

—¿A qué te refieres?

Mi madre me miró, con los labios tan apretados que casi estaban blancos.

—¿Realmente creen que no sabemos lo que está pasando en sus vidas? ¿Piensan que no escuchamos los chismes del pueblo? ¿Y de verdad creen que pueden pasar un día en Sewall sin que la mitad del pueblo nos llame para preguntar qué está sucediendo?

—Supongo que no —dije abatida—. ¿Scone?

Puse el plato en la mesa y tomé asiento. Delia y Thea se sentaron a mi lado.

La tía Nadia entró con una cafetera y nos sirvió una taza a cada una.

—Empecemos esta reunión familiar. No tengo todo el día para quedarme aquí —dijo la abuela.

Desde su roce con la enfermedad hace unos meses, había adquirido una nueva energía y quería asegurarse de pasar sus días haciendo cosas, no sentada "como una anciana", decía ella.

—Creo que nos gustaría escuchar a Isabella. Parece ser la cabecilla aquí —dijo mi madre.

—Tienes razón. Estuvimos en Sewall ayer, pero la abuela lo sabía, porque ella nos dijo que fuéramos a hablar con Hope.

La abuela frunció el ceño.

—No tenías que delatarme, ¿verdad?

—¿Por qué les dijiste que vieran a Hope? —preguntó mi madre.

—Hope me llamó. Dijo que necesitaba hablar con las chicas de inmediato. Todo lo que hice fue transmitir el mensaje.

—Supongo que lo más importante que hay que decir es que encontramos a Agatha, muerta, en casa de Eunice Willoughby esta mañana —dije.

—Pobre niña, nunca tuvo una oportunidad en la vida. ¿Cómo se suicidó? —preguntó la tía Nadia.

—No lo hizo. Me pareció que la habían estrangulado.

—¿Y qué dijo la policía?

—Le dijimos a Eunice que los llamara después de que nos fuéramos —dijo Delia.

—¿Dejaron la escena de un crimen? Palmer se va a enojar con ustedes —dijo la tía Lily.

—Me gustaría saber qué estaban haciendo en Sewall —dijo la tía Nadia.

—Todo comenzó con Agatha. No hay nada más que pueda hacer para ayudarla, y ella no quiere ir a ver a un médico. Le dije que podríamos ir a ver a Hester, quien tal vez sabría más que yo. Thea, Agatha y yo fuimos allí ayer. Lo increíble fue que, en Sewall, Agatha parecía casi normal. Definitivamente estaba más racional, y dijo que la voz en su cabeza estaba más lejos. De todos modos, Hester no pudo ayudarnos. Nos encontramos con Brent Thompson de camino a ver a Hope, y dice que quiere a Jameson. Supongo que vendrá a buscarlo en algún momento hoy.

—¿Por qué te está diciendo que quiere al gato? —preguntó la abuela.

—Porque Jameson se está quedando en mi apartamento. Le he tomado cariño y no quiero dejarlo ir. Aunque supongo que tendré que hacerlo.

La tía Nadia me miró fijamente.

—¿Exactamente cómo llegó el gato a quedarse contigo?

—Cuando encontré a la señora Thompson, él corrió hacia mi puerta y me esperó allí cuando entré a buscarla.

—¿No lo forzaste ni lo llevaste a tu apartamento?

Negué con la cabeza.

—Entró por su propia voluntad.

La tía Nadia miró a sus hermanas.

—¿Creen que...?

—Podemos resolver eso después. Ahora necesitamos averiguar qué más no nos han contado las chicas —dijo mi madre.

Tomé un respiro profundo.

—¿Se enteraron del allanamiento en mi apartamento anoche? —pregunté.

No miré a mi madre; no quería ver lo enojada que estaba.

—Lo sabía. Sentí que estaban probando mis protecciones —dijo la tía Lily.

—¿Tus protecciones? El tipo intentó entrar por la ventana de mi habitación. Pensé que solo habías puesto protecciones en la puerta.

—Cuando te mudaste, sí. Pero después de que secuestraran a Abby, las seis pasamos una semana poniendo protecciones en todas tus ventanas también —dijo la tía Nadia.

Todo tenía sentido ahora. Por eso no pudo meter la mano por la abertura. El trabajo combinado del resto de mi familia sería casi imposible de atravesar para cualquiera. Yo había estado esperando que atravesara mi protección y decidiera que necesitaba ir a otro lugar. Nunca tuvo la oportunidad, porque la protección de la familia estaba superpuesta a la mía.

—Rompió la ventana, pero no pudo meter la mano por el agujero en el cristal. Ahora toda la ventana está cubierta por una lámina de madera contrachapada. Imagino que mi casero reemplazará el vidrio pronto, si es que no lo ha hecho ya.

Tomé un sorbo de mi café.

—Nunca las vi por ahí.

Mi madre se reclinó en su silla.

—Trabajamos en turnos, pero aun así, habría alarmado a los vecinos ver a alguien vigilando el edificio durante una semana, así que usamos un simple hechizo de invisibilidad.

—¿No se llevaron nada? —preguntó la tía Nadia.

Negué con la cabeza.

—Abby está alterada de nuevo, a pesar del nuevo sistema de alarma.

—¿Qué dijo Hope? —preguntó la abuela.

—Al parecer, la señora Thompson tenía el amuleto Bishop, y estaba aquí para pasármelo.

—No lo aceptes —soltó mi madre—. No tienes ninguna obligación. Deja que alguien más cargue con ese peso.

—Vamos, Michelle —calmó la tía Nadia—, sabes que los amuletos no funcionan así.

—Es demasiado joven. No debería tener ese tipo de responsabilidad.

—¿Así que ustedes saben todo sobre ser guardianes y las otras seis piezas que mantienen a salvo a las brujas? ¿Por qué nunca nos lo enseñaron?

Todas las tías miraron a la abuela.

—La familia Proctor siempre se ha negado a llevar cualquiera de los amuletos protectores. Es demasiada carga, y no queríamos someter a las generaciones futuras a eso.

—¿Los amuletos se pasan de generación en generación en las familias?

—Usualmente. Beatrice no pensó que su hijo debiera tenerlo. Por eso tuvo que venir hasta aquí. Nadie en Sewall era lo suficientemente bueno.

¿No lo suficientemente bueno?

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Cuando se estableció Sewall, fue para protección, pero también para estudio. Las brujas de la época estaban teniendo su propio tipo de renacimiento. Se estaban desarrollando nuevos hechizos y pociones útiles a gran velocidad, y los habitantes del pueblo se enfocaban en

ayudar a otros.

—Ahora, los mejores de ellos solo quieren vivir separados, y los peores quieren mostrar su poder y empezar a usarlo contra los no brujos.

—Está bien, puedo entender por qué ella pensó que el amuleto no debía ir a nadie de allá, solo no entiendo por qué me elegiría a mí.

La abuela negó con la cabeza.

—No podría decirte.

¿No podría o no querría? Lo único que sabía era que no cambiaría de opinión sobre contármelo.

—Odio interrumpir la lección de historia, pero necesitamos hacer un plan. Alguien está en la ciudad, matando brujas. Nos están apuntando específicamente —dijo la tía Lily.

Sabía que lo primero que alguien iba a decir era que necesitaba mudarme a casa.

—Creo que Delia y yo deberíamos ir a quedarnos con Isabella. Al menos hasta que atrapemos al asesino —dijo Thea.

Un coro de "no" y "absolutamente no" llenó el comedor.

—Estamos más seguras en números, y tal vez podamos atraparlo si intenta entrar de nuevo. Quienquiera que sea no puede ser muy fuerte, mágicamente hablando, o habría notado las protecciones e intentado romperlas primero.

—La gente estúpida puede matar tan fácilmente como la gente inteligente —dijo mi madre—. Es mejor que Isabella renuncie al apartamento permanentemente y se mude a casa.

Le sonreí a Thea en agradecimiento por intentarlo. Ambas sabíamos que su idea no funcionaría.

—Ya hemos pasado por esto suficientes veces. No me voy a mudar.

Sonó el timbre de la puerta principal. Miré mi reloj. ¿Quién vendría a la casa a las nueve de la mañana?

La tía Lily abrió la puerta, y cuando regresó, Palmer venía con ella.

—Isabella, necesitas venir a la comisaría para responder algunas preguntas sobre la muerte de Agatha Hubert.

Capítulo 18



¿Estaba mal que lo primero que pensé fuera: «¡Ajá! Ese es su apellido»?

—Por favor, póngase de pie —dijo Palmer.

Me levanté y el resto de las mujeres alrededor de la mesa comenzaron a hablar todas a la vez.

—Sabe que yo no la maté, ¿verdad?

—Su huella digital estaba en el dije del collar.

Fruncí los labios. —Pasé el día con ella ayer, así que tiene sentido. ¿No debería interrogarme primero, obtener mi coartada? Ya sabe lo que dirá el jefe.

—¿No necesitaré usar las esposas con usted, verdad?

¿Esposas? ¿No eran solo para las personas que eran arrestadas? —No. No tiene que preocuparse de que huya de usted. Responderé a sus preguntas porque quiero averiguar quién mató a Agatha y a la señora Thompson al menos tanto como usted.

—Puede interrogarla aquí —dijo mi madre.

—Preferiría no tener interferencias, si no le importa —dijo Palmer.

Mi madre lo miró con el ceño fruncido. —Bien. Llamaré a mi abogado, y él se reunirá con ustedes en la comisaría.

Puse los ojos en blanco. —Eso no es necesario. Solo quiere hacerme preguntas; he sobrevivido a sus interrogatorios antes, así que estoy segura de que estaré bien ahora. Te llamaré cuando salga, ¿de acuerdo?

Pude ver el esfuerzo que le costó, pero dijo: —De acuerdo. Haz lo que creas que es mejor.

Ya en el coche, me hizo sentar en el asiento trasero. Fue entonces cuando supe que estaba en más problemas de lo habitual. —Dígame, ¿por qué me está llevando?

—Preferiría hablar una vez que lleguemos a la comisaría.

—Está bien, entonces... ¿cómo está usted?

—Isabella —espetó—, esto no es una visita social. Podrías estar en muchos problemas ahora mismo, y la charla trivial no te va a sacar de ellos.

Vaya, ¿qué le molestaba hoy? Lo descubriría durante el interrogatorio, supuse. Pasamos el resto del viaje en silencio, y noté que pasaba más tiempo del que esperaba mirándome a través del espejo retrovisor. Tampoco parecía feliz.

Aparcó en el estacionamiento trasero de la comisaría, e intenté abrir mi puerta, olvidando que solo funcionaba desde fuera. Genial. Tenía que esperar a que él me dejara salir.

Abrió mi puerta y extendió su mano para ayudarme a salir del coche. Extendí la mía y la tomé, esperando que fuera un gesto de amabilidad, pero no lo era. Hizo esa cosa rara de policía donde cambió su agarre a mi codo y me impulsó hacia la comisaría. Ya le había dicho que cooperaría. ¿Por qué pensaba que cambiaría de opinión?

Caminamos hacia la misma sala de interrogatorios en la que había estado unos meses antes y nos sentamos. —La misma sala, trae algunos recuerdos desagradables —dije.

¿Estaría el jefe detrás del espejo unidireccional? Intenté sondear el área pero no pude sentir a nadie allí. La luz fluorescente zumbaba, y me pregunté si no reemplazaban la luz a propósito.

Palmer se sentó frente a mí, al otro lado de la mesa. —Antes de que empecemos, quiero decir lo decepcionado que estoy contigo. Pensé que habíamos aclarado las cosas la mañana que encontraste a la señora Thompson. Pensé que ibas a mantener tu nariz fuera de los asuntos policiales y mantenerte alejada de los cadáveres.

Le dediqué una pequeña sonrisa. —Para ser justos, no voy buscando cuerpos, simplemente aparecen en mi camino. ¿No cree que preferiría que la señora Thompson estuviera viva? ¿Que Agatha siguiera viviendo?

—Supongo que todo depende de tu relación con cada una de ellas.

Presionó el botón de grabación y comenzó el interrogatorio oficial. —Me gustaría comenzar preguntándote cuánto tiempo conocías a Agatha Hubert y cuál era tu relación con ella.

¿Empezando con las preguntas fáciles? Bien por mí. —Agatha era una cliente mía. Venía a la botica —la botica que debería estar abriendo ahora mismo— al menos una vez a la semana. La conozco desde que empecé allí como aprendiz de Trina, así que hace poco más de un año.

—¿Alguna vez la viste fuera de la botica?

—La había atendido, ocasionalmente, cuando todavía trabajaba en The Fancy Tart, y a veces me detenía en la calle para charlar.

—¿Dirías que erais amigas?

Fruncí los labios. —No. No realmente. Le tenía demasiada lástima como para ser una verdadera amiga para ella.

—¿Por qué?

—Tenía una enfermedad mental que le impedía ser un miembro plenamente funcional de la sociedad. —Y por eso, realmente sentía lástima por ella. ¿Decir que no era mi amiga? No estoy segura de que eso fuera cierto. Me preocupaba por su bienestar, no permitía que la gente se burlara de ella, y la echaba de menos si no la veía regularmente. Supongo que éramos amigas.

Arqueó una ceja hacia mí.

—Oía voces. Específicamente, una voz llamada Alice que le decía qué hacer y le hacía la vida miserable.

—¿Es para eso que te veía? ¿Un tratamiento?

Asentí. —Sí. Se había vuelto evidente que no podía ayudarla más de lo que ya lo hacía. Intenté convencerla de que viera a un médico, pero no quería. No confiaba en ellos.

—¿Con qué la trataste?

—Le preparé una tintura con ashwagandha y manzanilla. Ayudó a calmar un poco la voz, al menos para que pudiera dormir la mayoría de las noches.

—¿Cómo llegó tu huella digital a su collar?

—Pasamos parte del día juntas ayer. Era mi día libre.

—¿Pasaste tu día libre con una mujer que ya has dicho que no era tu amiga? Eso parece

extraño.

¡Oh, hechizos! No podía explicar lo que estábamos haciendo ayer.

—Thea y yo fuimos en coche a las montañas ayer, y le pregunté a Agatha si quería venir con nosotras. A veces, un cambio de escenario es relajante, y pensé que le vendría bien el viaje.

—De nuevo, ¿aunque no era tu amiga?

—Sí. Pero creo que tal vez éramos amigas, al menos un poco. No puede mantener un trabajo en su condición, así que básicamente no tiene nada. Nunca sale del pueblo, nunca ve nada diferente, y pensé que podría hacerla feliz. —Lo miré con severidad—. Soy amable, incluso con personas que no son mis amigas.

—¿Algún testigo de su viaje ayer además de su prima?

Negué con la cabeza. —No. Dudo que el cajero de la gasolinera donde llenamos el tanque de camino a casa nos recuerde, y no nos detuvimos en ningún otro lugar.

—¿No almorzaron? —preguntó.

—No. Supongo que no teníamos hambre.

—¿En serio? ¿Ni siquiera un aperitivo, nada?

—Es difícil mantener esta figura de chica —dije. No había manera de que pudiera contarle sobre la parada para tomar el té en lo de Hope.

Palmer se puso de pie y abrió la puerta de la sala de interrogatorios después de que escuchamos un golpe. Un empleado lo esperaba afuera con una carpeta. —Gracias —le dijo al empleado mientras cerraba la puerta.

De vuelta en la mesa, me mostró una serie de fotos para que las mirara. —¿Puedes explicar estas?

Me sorprendió ver que eran fotos mías. Yo caminando por la calle, yo en mi apartamento tomadas a través de una ventana, yo en el trabajo. Ninguna de las fotos había sido tomada de cerca, pero estaban lo suficientemente cerca como para preocupar. —No lo sé. ¿Quién las tomó?

—Las encontramos en el apartamento de Agatha. Tenía muchas más que estas, todas tuyas o tuyas con otros miembros de tu familia.

Me estremecí. —Espeluznante.

—¿Alguna vez tuviste la sensación de que te estaba acosando?

Eso me sobresaltó. —No. Nunca. No creo que fuera capaz de acosar.

—Entonces, ¿cómo explicas las entradas de su diario que se refieren a ti como su mejor amiga? Ella detalla encuentros contigo para desayunar en el Fancy Tart muchas veces, e incluso recuerda algunas de sus conversaciones.

—Ella... ¿qué? Nunca he quedado para desayunar con ella en mi vida. —Empezaba a preocuparme—. Honestamente, solo éramos conocidas, y ella era una cliente mía.

Palmer me miró a los ojos. —Isabella. Si te sentiste amenazada o en peligro por ella, ahora es el momento de decírmelo. Si hubo circunstancias atenuantes, eso puede ser de gran ayuda en tu defensa.

—Nunca... ¿acaso yo... qué?

—Tómate un minuto y relájate. Es importante pensar cuidadosamente en tus próximos movimientos.

¿Mis próximos movimientos? Todo en lo que podía pensar era en salir de allí, correr hasta que mis problemas no pudieran encontrarme más.

—Agatha nunca me amenazó. En ningún momento pensé que lastimaría a alguien excepto tal vez a sí misma. —Me puse de pie—. Y ahora, he terminado de responder a sus preguntas. Si necesita hablar conmigo de nuevo, puede contactar a mi abogado.

Palmer sonrió. —Claro. ¿Nombre?

—No lo sé. Supongo que a quien sea que mi madre iba a llamar.

—Solo un segundo más, por favor. Hay algo pasando con su familia. No sé qué es, pero lo voy a averiguar. Cuando lo haga, más vale que no encuentre nada ilegal.

—Genial. Lo que sea.

Caminé hacia la puerta, pero él me ganó. —Isabella Proctor, la estoy arrestando por el asesinato de Agatha Hubert. —Apenas pude concentrarme mientras me leía mis derechos Miranda, me llevaba de vuelta a la mesa y me sentaba.

—Espero que aprecie el problema en el que se encuentra ahora y que decida cooperar plenamente. Hábleme sobre el collar.

—Ya expliqué lo de la huella digital. Miré su collar ayer.

—¿Dónde estaba anoche entre las once y las dos de la madrugada?

—Estaba en mi apartamento, dormida.

—¿Alguien puede dar fe de eso?

—Abby puede.

Frunció el ceño. —Ustedes dos no comparten habitación. Podrías haber esperado hasta que ella se durmiera y luego haberte escabullido.

—Supongo que podría haberlo hecho, pero no lo haría. ¡Caramba, Palmer! Me conoces, sabes que no soy una asesina. Soy herborista, ayudo a la gente, no la mato.

—Desafortunadamente para ti, tenemos otro testigo que dijo que el cuerpo de Agatha apareció cuando tú llegaste esta mañana.

¡Eunice! No puedo creer que haya dicho eso. Supongo que podría pensar que era cierto, pero nos dijo que ni siquiera había estado en su patio lateral hasta que llegamos. ¿Cómo sabría si Agatha había estado allí antes de que llegáramos?

Capítulo 19



De todas las indignidades, Palmer me fichó y me encerró en una celda de detención. Luego me dejó solo durante lo que parecieron horas.

Cuanto más esperaba, más seguro estaba de que iba a perder la cita con Brent para entregarle a Jameson. La botica estaba cerrada y dudaba que Abby estuviera en casa a mitad del día. Tendría que ponerme en contacto con él y reprogramar la cita.

Por otro lado, no me entristecía no deshacerme de Jameson todavía. Realmente estaba empezando a gustarme y la forma en que dormía con su pata en mi mejilla. Me sentiría solo sin él en mi apartamento.

Estar sentado en una celda de detención es aburrido. Era el único en ambas celdas, así que no tenía con quién hablar. De vez en cuando, venía gente a verificar cómo estaba, pero ninguno estaba dispuesto a charlar. Ni siquiera me dijeron qué hora era cuando pregunté. Palmer, por supuesto, me había quitado el teléfono y el reloj.

Había usado mi única llamada para contactar a Abby. De ninguna manera quería que mi familia supiera que me habían arrestado, al menos no hasta que ya hubiera salido bajo fianza. Con suerte, nunca tendría que mencionarlo. Ella dijo que llamaría a sus padres para que me ayudaran a encontrar un abogado y dinero para la fianza.

Lo que pensé que era la hora del almuerzo llegó y pasó, pero nadie me trajo nada.

Caminé de un lado a otro, cien longitudes diagonales de la celda solo por hacer algo. ¿Cómo sobrevivía la gente en la cárcel al aburrimiento? En primer lugar, los alimentaban regularmente, y en segundo lugar, veían a más personas de las que yo había visto. Me sentía como si estuviera más en confinamiento solitario.

El jefe entró con un juego de llaves y abrió mi puerta.

—¿Hora de almorzar? —pregunté.

—No. Es hora de que te vayas.

—Palmer me arrestó. ¿No tengo que ir a la cárcel? ¿O intentar pagar una fianza?

Me miró. —¿Estás diciendo que preferirías quedarte?

—¡Oh, no! Absolutamente no. Supongo que no entiendo cómo funciona todo esto.

Miró alrededor. —Podemos hablar en mi oficina.

Una vez que cerró la puerta de su oficina, me senté. La oficina no había cambiado en los pocos meses desde la última vez que estuve aquí. Su pared de presunción era la misma, sin nuevas fotos o reconocimientos. Debió haber sido una temporada lenta para él.

Tenía mis pertenencias en una bolsa sobre su escritorio. —Puedes llevarte tus cosas.

Me puse el reloj y vi que era solo la una de la tarde. Si no hubiera visto el sol a través de las ventanas de camino a la oficina, habría jurado que eran las ocho de la noche. —Gracias. ¿Cómo lo...?

—No pensé que Palmer se tomaría en serio mi advertencia sobre dejar en paz a tu familia. Solo puedo hacer hasta cierto punto. Él sigue las evidencias y actúa como cree conveniente. Tengo que vigilar y limpiar después de él.

—¿Cómo sabes que no maté a Agatha? —pregunté.

Sonrió. —Mírate. Tienes la inocencia escrita por todas partes. Además, tenías una coartada.

—Palmer dijo que Abby no era suficiente.

—Palmer no quería que Abby fuera suficiente. La llamé, y me pareció creíble.

—Gracias, aprecio que me defiendas así.

—Sin embargo, no podré hacerlo por mucho más tiempo. Palmer tiene buenos instintos y sabe que hay algo diferente en tu familia. Va a seguir cavando hasta que descubra algo. No está buscando en la dirección correcta, así que solo el cielo sabe qué va a encontrar.

—¿No puedes darle algunas pistas más? —pregunté.

Sus ojos se abrieron de par en par. —Absolutamente no. Tus tías me harían cosas terribles si siquiera lo considerara. Tu familia tiene que tomar la decisión de confiar en Palmer. Por lo que vale, creo que deberían hacerlo. Tal vez podrías sugerir que lo introduzcan gradualmente. Es un hombre de integridad y guardaría su secreto hasta la tumba.

Asentí. —Tengo esa misma sensación. Hablaré con las tías.

—Y hablando de tus tías, ¿quizás no tengamos que contarles sobre lo de hoy?

Me reí. —Iba a pedirte lo mismo. Si nunca se enteran de que he sido arrestado, sería lo mejor.

—De acuerdo. Y, técnicamente hablando, no has sido arrestado. Logré atrapar a Palmer antes de que terminara el papeleo, así que nunca estuviste en el sistema.

Solté un largo suspiro de alivio. —¿Puedo irme ahora? Se suponía que me reuniría con alguien esta mañana y necesito abrir la botica.

Se puso de pie. —Por supuesto. Y si hay una próxima vez, ¿podría sugerir que me hagas tu primera llamada?

¡Oh, vaya! No puedo creer que no pensara en eso. —Definitivamente. Gracias.

Salí lo más rápido que pude, antes de que intentara hacer que Palmer me llevara a casa o algo así. Necesitaba llegar a la botica y salvar todo lo que pudiera de mi día.



Una vez que abrí la botica, Abby pasó con café y comida.

—¡Eres la mejor! —dije mientras abría la bolsa de Fancy Tart. Abby había traído comida suficiente para al menos dos personas: dos sándwiches de huevo, dos éclairs, un muffin de arándanos y una garra de oso.

—¿Quieres un poco? —pregunté.

Ella negó con la cabeza. —Siento no haberte podido ayudar. Mis padres se pusieron furiosos cuando les dije lo que necesitabas.

—Me lo imagino. Pero no te preocupes.

—¿Estás bien? Recibí llamadas extrañas de la policía, y luego no estabas allí para encontrarte con el hijo de la señora Thompson; estaba preocupada.

—Estoy bien. Gracias por ser mi coartada. Si el jefe no te hubiera llamado, probablemente todavía estaría en una celda de detención.

—Espera, ¿qué? ¿Palmer te arrestó?

Asentí. —Sí, pero técnicamente no. El jefe detuvo el papeleo antes de que se procesara, así que no hay registro de ello.

—¡Tu familia debe estar realmente enojada!

Sonreí. —No. Nunca lo sabrán. Piensan que Palmer solo me estaba haciendo preguntas.

Abby frunció el ceño. —Por favor, prométeme que te mantendrás alejada de problemas de ahora en adelante.

—Técnicamente, no estaba en problemas, excepto en el papel, y eso ya ha sido destruido. Es como si nunca hubiera pasado unas horas en una celda de detención.

Abby frunció el ceño. —¿Estás segura de eso?

—A menos que el jefe me haya mentido, lo cual dudo, no tengo antecedentes policiales. —Quería cambiar de tema—. ¿Hablaste con el hijo de la señora T.?

—Sí. No se dio cuenta de que yo sabía quién era. Me preguntó si tenía a Joshua, el gato. Le dije que no.

Me alivió que no entregara a Jameson. —¿Por qué no le diste el gato? —pregunté.

—Eso es lo más raro. Cuando llamó a la puerta, Jameson siseó y salió corriendo. Realmente no quería darle nuestro gato a un tipo que ni siquiera podía acertar con su nombre, así que le dije que no teníamos ninguno. Se molestó, y luego me pidió que entrara al apartamento de su madre y recogiera algunas cosas por él. Pensé que estaba bien, ya que la cinta de la escena del crimen se había ido y el oficial Papatonis no estaba allí.

—¿Por qué no entró él mismo?

—Le dije que sería mucho más fácil, pero dijo que el apartamento lo ponía demasiado triste, y que sería útil si yo iba en su lugar.

—¿Qué quería? —pregunté.

—Pidió sus joyas, recuerdos y su juego de cepillo, peine y espejo de plata.

Asentí. —¿Notaste lo poco que tenía? Pidió las únicas cosas valiosas del apartamento. Me parece el tipo de persona que lo vendería todo por un poco de dinero.

—No lo creo, estaba realmente afectado porque no pude encontrar a Jameson. Parecía más sentimental que eso.

—¿Dejó un número? Puedo llamar y programar otro horario de recogida.

—Dijo que intentaría pasar esta noche, antes de irse de la ciudad.



Una vez que llegué a casa, me detuve en el apartamento de mi casero para preguntar sobre mi ventana.

La señora Subramanian abrió la puerta. —Oh, Isabella, ¿cómo estás? ¿Todavía no estás muy alterada por esa ventana rota, verdad?

—No, no mucho. Aunque me preguntaba cuándo iba a ser reparada.

—Manit está pensando en poner hierro forjado en la ventana para que no tengas que

preocuparte nunca más por un allanamiento.

Podía ver cómo subiría mi alquiler para pagar las medidas de seguridad adicionales, lo que haría que el apartamento fuera demasiado caro para Abby y para mí. —Es muy considerado de su parte. Este es mi primer apartamento y no sé cómo funciona esto. ¿Es algo que yo tendría que pagar? Solo pregunto porque no estoy segura de poder permitirme mucho más que un cristal, o cualquier tipo de aumento en mi alquiler.

Ella abrió más su puerta. —Por favor, pasa. No debería tenerte aquí de pie en el pasillo.

Entré en el apartamento. Esperaba que el suyo se pareciera mucho al mío, porque todos los apartamentos del edificio tenían la misma distribución, pero el suyo era como una sala de exposición. —¡Oh, qué hermoso! —exclamé. Las paredes de color verde azulado profundo prácticamente brillaban con la luz del sol de la tarde. Los acentos amarillos y los muebles blancos evitaban que la habitación fuera demasiado oscura.

—Gracias. ¿Creerías que casi todo aquí fue comprado de segunda mano y restaurado? Manit es muy bueno en ese tipo de cosas.

Miré más de cerca sus muebles.

—Increíble.

Ella hizo un gesto hacia un sofá blanco. —Por favor, siéntate.

No estaba segura de que fuera una buena idea. No era la persona más ordenada, y un sofá blanco sonaba como una mala idea. ¿Y si tenía aceite portador en los pantalones y se empapaba en la tela?

—Por favor, no te preocupes. Déjame traerte algo de beber.

A regañadientes, me senté en la esquina del sofá.

Ella regresó de la cocina. —Café helado de cardamomo. Tiene un sabor muy delicado, te encantará.

Genial. Una bebida marrón para tentar mi torpeza. —Gracias.

Ella se sentó en una silla bordada de seda. —Tu alquiler ayuda a pagar los imprevistos como arreglar las ventanas o mejorar la seguridad del edificio. No se te puede culpar si alguien intenta entrar en tu apartamento. Tú y Abby son jóvenes agradables, tranquilas, no causan problemas. Después de ese horrible incidente hace unos meses, le dije a Manit que se asegurara de que ustedes dos estuvieran más seguras, pero él no pensó que algo así volvería a suceder. Déjame decirte que, tan pronto como terminó de asegurar tu ventana, le hice saber que bajo ninguna circunstancia permitiríamos que las jóvenes de nuestro edificio fueran amenazadas de nuevo.

Busqué un lugar para dejar mi bebida, pero la mesa de café estaba demasiado lejos. —Es muy amable de su parte.

—Primero, hará que tus ventanas sean seguras, luego va a instalar una alarma para todo el edificio con subsistemas separados para cada apartamento. Las alarmas sonarán directamente en la estación de policía y en nuestro apartamento.

—Estoy abrumada. Muchas gracias. Mi familia también se sentirá mucho mejor con sus nuevas precauciones. Debe ser difícil cuidar de cinco apartamentos separados. Nunca se sabe lo que puede estar pasando en cualquiera de ellos.

—Muy cierto. Por otro lado, a veces no queremos saber lo que nuestros inquilinos están haciendo en la privacidad de sus propios hogares.

Me sonrojé. —Puedo entender eso.

Me moví en mi asiento. —Me siento mal pensando en la señora Thompson. La policía dijo que murió al principio de la noche. Creo que si hubiéramos sabido que estaba en problemas,

tal vez podríamos haber hecho algo. Yo no estaba en casa entonces, y me preguntaba si usted o el señor S. estaban en casa y sabían...

—Yo estaba en casa, pero no oí nada. Ni gritos, ni forcejeos, nada.

—¿Y el señor S.? Él dijo que también estaba aquí.

—¿Hace cuatro noches? No, estaba fuera con su equipo de bolos. Él y algunos amigos juegan en una liga, y este año lo están haciendo bastante bien. Dice que si practican lo suficiente, podrían ganar el campeonato de la ciudad. No llegó a casa hasta justo antes de medianoche.

Tomé otro sorbo de mi café. —Tiene razón. El sabor a cardamomo es delicado, pero se mantiene frente a la intensidad del café de tueste oscuro. Absolutamente delicioso. ¿Cómo lo hace?

—Es fácil. Pongo una vaina de cardamomo en el filtro del café, encima de los granos. Puede ser aburrido beber el mismo café todo el tiempo.

—Tengo una última pregunta rápida y luego no la molestaré más. ¿Ha visto al hijo de la señora Thompson? Planeaba pasar por aquí y llevarse al gato.

Ella negó con la cabeza. —No, no lo he visto. Si tuviera una llave del apartamento, no habría necesitado pasar por aquí primero.

Fruncí el ceño. —Esperaba que quizás hubiera dejado su número de teléfono con usted. Lo perdí antes.

Le entregué mi vaso vacío. —Gracias por el café y por cuidar tan bien de Abby y de mí.

Capítulo 20



Ala mañana siguiente, tenía una cita temprano para desayunar con Thea y Delia en The Fancy Tart.

—Estoy perdida. Ya no sé a quién creer, ni a quién más considerar como sospechoso — dije con la boca llena de garra de oso.

Delia dejó su café y comenzó a contar con los dedos. —Veamos, tenemos a Rosemarie, que le debía dinero a la Sra. Thompson, al Sr. Subramanian, que mintió sobre dónde estaba la noche que la mataron, y a Eunice, que intentó culparte del asesinato de Agatha.

—Ni siquiera tengo una lista de sospechosos para la pobre Agatha todavía. Siento que necesitamos resolver un asesinato antes de pasar al siguiente.

—¿Y si los dos están conectados? —preguntó Thea—. Tal vez Agatha sabía algo y decidió investigarlo por su cuenta, en lugar de contárnoslo.

Me di cuenta de que no les había contado a mis primas sobre el apartamento de Agatha. —Palmer me mostró fotos de su apartamento y me leyó un poco de su diario. Estaba obsesionada conmigo: fotos mías, de todas nosotras, por todo su apartamento. También llamaba a todas las veces que venía aquí a desayunar como si comiera conmigo y escribía que teníamos largas conversaciones. Yo solo hablaba con ella para tomar su pedido o animarla a ver a Trina o a un médico, pero ella lo hacía sonar como si fuéramos mejores amigas.

—Qué raro —dijo Thea.

—Qué triste. Estaba tan sola que tuvo que inventarse una mejor amiga. El día que la llevaste a Sewall probablemente fue el mejor día que había tenido en mucho tiempo —dijo Delia.

No lo había considerado así. Estaba completamente ajena a sus necesidades más allá de las pociones, pero al menos su último día fue bueno, hasta que la asesinaron, claro. Sacudí la cabeza; estos pensamientos no iban a ayudar.

—Necesitamos empezar a eliminar gente para poder centrarnos en los candidatos más probables. Si consideramos los medios, el motivo, la oportunidad y la capacidad, creo que Rosemarie era la que menos tenía a su favor para matar a la Sra. Thompson —dijo Thea.

—Estoy de acuerdo. Y no puedo imaginar a Eunice con la fuerza suficiente para estrangular hasta la muerte a una mujer mucho más joven —dijo Delia.

Miré mi reloj. —Puedo hacer otra visita rápida a Rosemarie antes del trabajo, si tú conduces.

Empacamos nuestra comida y nos dirigimos al otro lado de la ciudad.

Rosemarie abrió la puerta. —Oh, chicas. Qué sorpresa verlas. ¿Está todo bien? —

preguntó.

—No realmente. ¿Podemos pasar?

Miró hacia atrás, a su casa. —Preferiría...

—Estupendo —dijo Thea mientras empujaba la puerta para abrirla.

Para mi sorpresa, no había nada en la entrada ni en la sala de estar. Ni muebles, ni alfombras, ni lámparas. Nada. —¿Te han robado? —pregunté.

Sorbió por la nariz. —No. Hice una venta de liquidación y casi todo se vendió. Tengo lo suficiente para pagar las facturas que me dejó mi marido y tal vez encontrar un apartamento barato. Después de eso, debería poder vivir cuidadosamente con mi seguridad social.

No tenía ni idea. Con razón había retrasado tanto el pago a la Sra. T. —Tengo dos preguntas para ti, y luego te dejaremos en paz.

—¿Sí?

—¿Adónde fueron tus flores de acónito?

—¿Mis qué?

—Las flores moradas al borde del camino de piedra.

—Oh. —Parecía como si acabáramos de quitarle su último recuerdo feliz.

—Corté todas las flores del jardín y las vendí a amigos y vecinos. Para ganar dinero. Todos recibieron el mismo arreglo, así que el acónito se repartió entre una docena de casas diferentes.

Fruncí el ceño. Sus amigos y vecinos probablemente no eran del tipo que prepararía su propio veneno herbario para luego dárselo a mujeres al azar. —Gracias. Siento que estés pasando por un momento tan difícil.

—Le habría devuelto el dinero a Beatrice, si aún estuviera viva.

—Por supuesto que lo habrías hecho. Pero creo que ahora ella querría que te quedases con el dinero.

Rosemarie sonrió. —Es muy amable de tu parte decir eso. ¿Y tu segunda pregunta?

—¿Dónde estabas la noche que mataron a Beatrice, entre las cinco y las siete?

—Sé que evité esta pregunta la última vez que me la hiciste. Estaba avergonzada y no quería decirte que estaba reunida con mi asesor de bancarrota. No le conté a la policía sobre él. ¿Crees que eso importa?

—Creo que sí. Si llamas al detective Palmer y le cuentas la verdad, estarás bien.

Vi que los labios de Delia se apretaban en una fina línea al oír esto. Puede que no le cayera muy bien, pero realmente era un buen tipo, aunque siguiera pensando que yo era una asesina.

Capítulo 21



Esperé al otro lado de la calle frente a mi apartamento, vigilando la salida del señor Subramanian del edificio. No tenía idea si saldría esta noche, así que estaba preparada para esperar unas horas si fuera necesario.

No estaba segura de cuánto podría seguirlo a pie, pero con la cantidad de semáforos y señales en nuestro vecindario, pensé que podría mantener el ritmo durante un rato. Si fuera necesario, podría seguirlo de nuevo dentro de dos noches.

Después de esperar quince minutos y replanteándome seriamente mis decisiones de vida, el señor Subramanian salió del edificio y subió a su coche. Giró a la izquierda al salir del estacionamiento y, afortunadamente, no parecía tener mucha prisa. Comencé a trotar tras él. ¿Pensaría que era sospechoso que estuviera trotando esta noche cuando ni siquiera me había puesto las zapatillas en un par de meses? Con suerte, no prestaba suficiente atención a mi programa de ejercicios como para notarlo.

Lo mantuve a la vista durante cuatro cuerdas, luego giró a la derecha en la calle Thaxter. Aceleré a pesar de las quejas de mis pulmones. Cuatro cuerdas no es mucho trote, y deberían estar callados y hacer su trabajo.

No me hicieron caso y siguieron quejándose.

Giré en Thaxter y vi el coche del señor Subramanian estacionado a mitad de la calle. Al instante, mis piernas decidieron que no necesitaban este tipo de abuso y redujeron la marcha a un paseo.

Mis pulmones aplaudieron esta decisión.

Necesitaba hacer más ejercicio; no podía dejar que un corto trote de media milla me agotara.

Llegué a la casa y decidí que un hechizo de invisibilidad no era necesario. Era una noche oscura y sin luna, y cuantos menos hechizos lanzara, menos formas tendría de estropearlos.

Podía ver al señor S. en la ventana de la casa frente a la que se había estacionado. Una mujer rubia de unos treinta años le entregó una bebida. Él la tomó y le sonrió cálidamente.

Le entregó un sobre y ella lo abrazó.

¿Qué estaba pasando aquí? El señor S. tenía poco más de sesenta años, y ella podría ser su hija. ¿Era su hija? El cabello rubio parecía decir que no.

Sin embargo, ella no lo soltaba. ¿Tal vez tenía una aventura con él? Parecía poco probable, pero si había dinero en el sobre... la gente hará muchas cosas por dinero.

Un hombre alto entró en la sala y sonrió a la pareja que se abrazaba.

Me enderecé un poco para poder ver más de la habitación.

Detrás del hombre alto había un niño pequeño con el cabello de su madre y la piel oscura de su padre. El niño corrió hacia el señor S., quien soltó a la mujer y lanzó suavemente al niño al aire.

Esta era una escena familiar. Mirando más de cerca al hombre más joven, me di cuenta de que fácilmente podría ser el hijo del señor Subramanian. Así que estaba aquí visitando a la familia de su hijo.

¿Por qué no se lo diría a su esposa? Esta tendría que ser una pregunta para otro día.

Me estiré para aliviar el creciente dolor en mi espalda y me encontré con la mirada del pastor alemán que había estado acostado en el sofá.

Sus orejas se levantaron y ladró, mirándome directamente.

No podía oír a nadie en la casa, pero imaginé que se tomaban en serio las advertencias de su perro guardián. Lancé apresuradamente un hechizo de invisibilidad, esperando poder salir del patio y alejarme lo suficiente calle abajo antes de que el perro convenciera a sus dueños de dejarlo salir.

La puerta principal de la casa se abrió, y oí al hombre decir:

—Probablemente solo sea un gato.

El perro salió corriendo y se dirigió hacia mí.

Pensé que iba a saltar sobre mí. Crucé los brazos frente a mi cara para protegerme y me preparé para el impacto. Cuando estaba a dos pies de mí, se detuvo, ladeó la cabeza y pareció confundido. Contuve la respiración y consideré mis opciones. Podía quedarme donde estaba y esperar que el perro se alejara, o podía moverme lentamente y esperar que no me oyera. De cualquier manera, no me gustaba confiar en la esperanza para mantenerme a salvo.

Di un paso experimental hacia la acera. El perro igualó mi paso, pero no se acercó más ni pareció menos confundido.

Di otro paso, muy grande. El perro también.

La acera estaba a tres pasos más, y a dos pasos más había una hilera de banderas perfectamente plantadas.

Di los últimos tres pasos fuera del patio con el corazón acelerado, porque el perro parecía menos confundido y más inclinado a mordirme.

Se detuvo a dos pasos.

—Lacy, vuelve adentro —gritó su dueño.

Lacy, que era una perra hermosa ahora que no intentaba olfatearme, se volvió hacia la casa.

—Vamos, chica. Solo era una ardilla.

Ella echó un último vistazo al espacio donde yo estaba parada y luego trotó hacia la puerta.

Solté un largo y silencioso suspiro de alivio y comencé a caminar hacia casa. Una vez que doblé la esquina, permití que mi hechizo de invisibilidad se evaporara mientras estaba de pie en el punto sin iluminar entre dos farolas.

Podía tachar al señor S. de mi lista de sospechosos. Tenía un secreto, pero no uno por el que mataría, y no uno que yo estaría dispuesta a contarle a su esposa.

Capítulo 22



N No quería ir a trabajar, pero realmente no tenía opción. Me hice una nota mental para pedirle a mi contable que me avisara en cuanto pudiera permitirme contratar un asistente.

Terminé de hacer pociones para Jameson, la señora Newcomb y una nueva cliente, Amber Drysdale. Amber era una de mis clientas más jóvenes, probablemente de unos veinticinco años. No le pasaba nada grave, aparte del estrés de trabajar a tiempo completo, criar a una hija de seis años y preguntarse si su marido le era infiel o no. Imagino que eso le daría dolores de cabeza a cualquiera.

Coloqué este nuevo stock en el estante debajo de la caja registradora y estaba a punto de ir a mi oficina para almorzar cuando sonaron las campanillas de la puerta. Levanté la vista y vi a Kate, con aspecto inseguro, de pie en el umbral.

—Kate, pasa.

Llevaba ropa de civil, y era la primera vez que la veía sin uniforme. Su largo cabello castaño estaba suelto y le caía por debajo de los hombros. Llevaba vaqueros y una camiseta verde sin mangas que dejaba ver sus brazos musculosos. Frunció el ceño y dudó un momento antes de parecer decidirse y reunir fuerzas. Se acercó al mostrador. —Tenemos que hablar.

Me mordí la lengua e intenté sonreír. —Lo sé. Lo siento mucho...

—Creo que es mejor que me dejes hablar primero —dijo Kate.

Asentí. Tenía razón, la había molestado. Debería desahogarse antes de que yo empezara a disculparme. —¿Quieres que vayamos a sentarnos a mi oficina?

—Primero, quería decir que lo siento por tu amiga, Agatha. Encontrar dos amigos muertos en una semana debe ser difícil.

Dos amigos muertos en una semana. Tres amigos muertos en unos meses. No parecía muy seguro ser mi amigo estos días.

—Gracias. Lo aprecio.

Kate me siguió a mi oficina y se sentó. —Necesito saber que entiendes que lo que hiciste estuvo mal y que prometes que nunca volverá a suceder.

Asentí.

—He estado pensando en esto durante un tiempo, y heriste mis sentimientos porque no confiaste lo suficiente en mí como para decirme lo que estabas haciendo. —Se pasó las manos por el largo cabello—. Quiero decir, ¿qué pensaste que haría si me dijeras que ibas a buscar a Abby por tu cuenta?

Suspiré. Aquí es donde tenía que tener cuidado con mi explicación. Ni siquiera estaba

cerca de estar lista para explicarle el pasado de mi familia, o nuestros talentos. —Pensé que si te decía que íbamos a salir a buscar a Abby, llamarías a Palmer e intentarías mantenerme a salvo en el apartamento. No podía hacer eso... no podía quedarme sentada y esperar que Palmer la encontrara. Él no tenía idea de dónde buscar, y si se lo dejaba a él, quién sabe cuándo la habría encontrado.

—Sí, bueno, ese es mi trabajo. Es mi trabajo proteger al público y encontrar a los malos. Me quitaste ambas cosas. Recuerdas por qué me uní a la policía, cómo encontrar criminales le da sentido a mi vida. Al darme el té para dormir, me quitaste el sentido de mi vida.

Uf. Eso dolió. —No lo pensé así esa noche, pero puedo entender por qué lo ves de esa manera. Lo siento mucho. No pretendía que esto tuviera repercusiones, estaba desesperada y asustada y sentía que no podía controlar nada. Necesitaba salir a buscarla y nada más que mi mejor amiga me importaba en ese momento.

La dejé pensar en lo que dije por un momento y continué. —Conoces esa sensación, cuando desesperadamente tienes que salir y hacer algo, cualquier cosa, para ayudar.

Kate asintió. —La conozco.

—Y prometo que seré completamente honesta y franca contigo de ahora en adelante.

Ahora era el turno de Kate de suspirar. —No sé si creerte o no.

—Es comprensible. ¿Quizás podríamos llamar a esto una segunda oportunidad y podrías ponerme en periodo de prueba?

Kate sonrió. —Definitivamente estás en periodo de prueba. Te diría que no investigues lo que le pasó a Agatha, pero dudo que me escucharas.

Sonreí.

—La cosa es que, si tienes policías contigo, vas a estar más segura. Mi placa y mi arma pueden mantenerte más segura de lo que estarías por tu cuenta.

Definitivamente no iba a decirle que eso no era cierto.

—Así que espero que me llames cuando encuentres cosas que necesiten ser investigadas. Puedo entender por qué tal vez no quieras llamar a Palmer, así que solo llámame a mí.

—Prometo pensarlo —dije. Antes de que pudiera responder, continué—. Parece que todavía te duele la cabeza. ¿Puedo ayudarte?

—Sí. Por favor. La matricaria ayuda, pero los dolores de cabeza no desaparecen por completo.

La miré, y mis sentidos me mostraron que lo que realmente necesitaba para curarse era más descanso y menos estrés. —Mira, la cosa es esta. Necesitas cambiar un poco tu estilo de vida. Nunca te vas a librar de ellos si sigues durmiendo poco y permitiendo que se acumule demasiado estrés.

—¿Puedes saber eso?

—Solo hace falta echarle un vistazo para ver que no estás durmiendo lo suficiente, y el poco sueño que tienes no es reparador. Puedo darte más milenrama, pero necesitas empezar a relajarte deliberadamente. Puedes meditar, hacer yoga, o incluso desahogar tu estrés con un saco de boxeo, lo que sea que te permita soltarte y relajarte.

—El saco de boxeo suena bien. Dormiré mejor, también, si lo golpeo un rato.

Sonreí. —Bien. Tengo algo de milenrama en la tienda.

Me siguió hasta la pared de tinturas ya preparadas. Tomé una botella de milenrama y la infusioné con mi voluntad para que sus dolores de cabeza desaparecieran.

—Esto va por cuenta de la casa, siempre y cuando me digas qué vas a hacer hoy para aliviar el estrés.

Pensó por un momento. —Voy a ir al gimnasio. Correré un par de kilómetros y luego golpearé el saco de boxeo.

—Eso suena como un buen comienzo. Y como soy tan molesta, no me lo tomaré personal si imaginas que estás desahogando tus frustraciones conmigo.

—No eres tan molesta, más bien eres una ciudadana demasiado entusiasta, y nunca te golpearía. La idea simplemente está mal.

Me reí. —Es bueno saberlo.

Se giró hacia la puerta. —No lo olvides, llámame antes de investigar.

No dije que lo haría, pero tampoco dije que no lo haría.

Capítulo 23



Después del trabajo, pasé un tiempo en el Dollar Store comprando suministros. Sentía que no podía entender quién hizo qué y cuándo sin algún tipo de diagrama.

Dudé en llamarlo un tablero de asesinatos, porque sonaba demasiado macabro, pero eso es lo que era. Esperaba también poder descifrar si los dos asesinatos recientes en mi vida estaban relacionados de alguna manera.

De camino a casa, mi madre llamó. Consideré no contestar, porque no podía soportar más malas noticias. Aun así, respondí.

—Hola, mamá. ¿Qué pasa?

—Hola, cariño. He querido preguntarte, pero esta última semana ha sido tan trágica que no he encontrado un buen momento. ¿Cómo fue tu cita?

Suspiré. —Por la diosa, mamá. No me advertiste que él era, bueno, supongo que desmotivado es lo más amable que puedo decir.

—¿A qué te refieres?

Me detuve un momento. —Todo lo que quiere hacer es pasar tiempo con sus amigos y beber cerveza. No puede salir los fines de semana porque lo único que hace es ver deportes en las casas de sus amigos y beber cerveza.

—Eso no suena tan mal —dijo mi madre.

—Oh, no, aún no te he contado la mejor parte. Está en casa de sus amigos todo el fin de semana porque está demasiado borracho para conducir a ningún lado.

Mi madre no respondió.

—¿Sigues ahí?

—Sí. No me di cuenta de que él, eh... Bueno, de todos modos, ciertamente no tienes que volver a verlo.

—¿Quizás puedas dejarme encontrar mis propias citas de ahora en adelante?

—No te estás haciendo más joven, ¿sabes? Lleva tiempo encontrar al hombre adecuado, establecerse y estar lista para tener hijos. Te quedan poco menos de siete años.

Esta era una discusión que nunca ganaba con mi madre, así que ciertamente no iba a entrar en ella por teléfono. —No puedo hablar de esto ahora. Intentaré mantener la mente abierta, pero salir con alguien no es lo más importante que tengo entre manos, ni por asomo.



Llegué a casa antes que Abby y comencé a montar tableros en mi habitación. Reemplacé las acuarelas de los jardines de Prescott Park de una pared con el tablero de espuma que había comprado.

Imprimí imágenes de víctimas y sospechosos, y no tardé mucho en recortarlas y escribir los datos pertinentes debajo. Usé resaltadores de diferentes colores para vincular ideas similares y, cuando terminé, pensé que lo tenía todo organizado.

Abby llegó a casa y echó un vistazo a mi habitación. —¿Qué es eso?

—Me está costando visualizar todo lo que está pasando en el caso, y estoy tratando de entenderlo.

Miró del tablero a mí, y luego de vuelta al tablero. —Me prometiste que te mantendrías alejada de los problemas.

Lo había prometido. Y me había mantenido alejada de los problemas desde entonces. —No me he metido en ningún problema, sin embargo. Solo estoy tratando de resolver todo esto.

—Y mientras has estado tratando de resolver las cosas, han entrado a robar en nuestro apartamento y otra mujer que conoces fue asesinada. ¿Cuándo va a terminar esto, Isabella?

Me levanté y le di un abrazo. Odiaba cuando se ponía tan alterada. Corrección. Cuando yo la alteraba tanto. Aun así, sentía que le debía la verdad. —No lo sé. No sé cuánto tiempo me llevará descubrir quién mató a la señora Thompson o a Agatha.

Ella se zafó de mi abrazo y se secó los ojos. —Ya no puedo más. Apenas estaba empezando a sentirme segura aquí, y entonces —gesticuló exageradamente— todo esto empezó a suceder de nuevo.

—Lo siento. Dime qué quieres que haga.

Se secó las últimas lágrimas. —Quiero que pares. Deja que la policía se encargue y vuelve a vivir una vida tranquila. Estás tan obsesionada con resolver estos crímenes que ya ni siquiera hacemos nada juntas. Quiero que seas mi mejor amiga, no una detective que trae peligro a nuestro apartamento.

Fruncí el ceño. —No creo que pueda hacer eso. —Quería decirle por qué, decirle que estaba haciendo todo lo posible para proteger a Kate, Palmer y a ella de las brujas que habían comenzado a usar la magia con fines egoístas y malvados. Deseaba poder hacerlo, pero sabía que no aceptaría lo que tenía que decir.

A veces dolía saber que no podía ser yo misma con mi mejor amiga, pero no había otras brujas en la escuela conmigo excepto Thea y Delia, así que no había nadie a quien pudiera haber elegido como mejor amiga que hubiera lidiado bien con la verdad. Tenía que hacer lo mejor que pudiera con la amiga que tenía.

—Si no puedes parar, entonces tengo que irme. No puedo quedarme aquí, aterrorizada cada noche pensando que alguien entrará o intentará matarnos.

Se me cayó el alma a los pies. —No me dijiste que estabas tan asustada.

—Y tú nunca preguntaste. ¿Cómo crees que me sentí después de ser secuestrada? ¿Acaso se te ocurrió que el robo haría resurgir todos mis miedos?

Intenté abrazarla, pero ella retrocedió. —Sabía que tenías miedo, pero nunca dijiste nada. No quería sacar el tema si tú no querías hablar de ello, así que dejé que decidieras cuándo querías

hacerlo. Supongo que no debería haber hecho eso.

—Ya no importa. Voy a empacar algo de ropa e irme a casa de mis padres.

No quería que se fuera, pero tenía que dejarla. —Estarás segura allí. Y espero que también puedas relajarte.

Se dio la vuelta y salió de mi habitación. Me quedé donde estaba, hasta que oí la puerta del apartamento cerrarse de golpe.

Una hora después, Thea y Delia llegaron con comida india para llevar para la cena.

—¿Abby quiere un poco? —preguntó Thea.

—Se ha mudado —dije con tristeza.

—¿Qué? ¡No puede ser!

—Sí, vio mi tablero de asesinatos y se asustó.

—Pobre chica. No creo que esté hecha para este tipo de cosas —dijo Delia.

Servimos la comida y nos sentamos a la mesa.

—Ya que no está aquí, supongo que no hay razón para no colgar el tablero en la pared de aquí fuera —dije.

Después de colgarlo en la pared del comedor, lo examinamos mientras comíamos.

—No veo ninguna conexión real entre Agatha y la señora Thompson —dijo Thea.

—Yo tampoco —estuve de acuerdo.

—¿Sabes quién creo que falta aquí? —preguntó Delia.

Negué con la cabeza.

—Su hijo. Piénsalo. Para mí tiene perfecto sentido. El amuleto suele transmitirse en las familias, pero él descubre que no lo va a recibir. Se enfada mucho y decide tomarlo por sí mismo, pero ella no se lo dará. Desesperado, la mata, pensando que puede encontrarlo en el apartamento una vez que ella no esté. Pero no puede —dijo Delia.

—Suenas plausible —dije.

—¿Cómo encaja Agatha en todo esto? —preguntó Thea.

—Agatha lo vio en Sewall. ¿Quizás vio algo que nosotros no vimos? ¿Y si lo confrontó cuando volvió al pueblo? Tendría que matarla para guardar su secreto.

Saqué otra hoja de papel y la clavé en el tablero. Escribí las ideas de Delia y luego me senté, mirando todo lo que había en la pared.

—Tiene sentido. Pero ¿veneno? Suele ser un método de asesinato de mujeres.

—Y el estrangulamiento es de hombres. No creo que el veneno lo descarte, ni mucho menos tanto como el estrangulamiento descartaría a Eunice —dijo Thea.

—Supongo que sí.

Un fuerte golpe en mi puerta me sobresaltó. Miré por la mirilla y vi a la abuela. Abrí la puerta y la dejé entrar. Para mi sorpresa, Eunice entró detrás de ella.

Capítulo 24



Fruncí el ceño mientras se acomodaban en la sala de estar, moviendo sillas del comedor e incluso trayendo la silla de mi dormitorio. Todas mujeres. ¿Por qué parecía que apenas había hombres en mi vida? —¡Tú! —dije, mirando fijamente a Eunice—. Le dijiste a la policía que yo estaba en tu casa con el cadáver. ¿Por qué me harías eso?

Se sentó en mi sofá y dijo: —El detective amenazó con meterme en la cárcel. No puedo estar encerrada, no cuando tengo que asegurarme de que se encuentre al asesino de Beatrice.

—¿Pero está bien que yo esté en la cárcel? —repliqué.

—Sabía que nunca te mantendrían allí, y tenía razón —dijo Eunice.

—Es hora de poner fin a esta tontería —dijo la abuela, agitando la mano hacia mi tablero de asesinatos en la pared del comedor. Había puesto a todos en él, incluso si ya había determinado que no eran el asesino de la Sra. Thompson, porque no tenía idea de quién había matado a Agatha.

Eunice se rio. —No sé si sentirme insultada o halagada de que creas que tengo la capacidad de matar a alguien a esta edad.

Me sonrojé. —Realmente no creo que hayas matado a Agatha, pero tenía que considerar todas las opciones.

Eunice asintió. —Tienes una chica sensata, Esther.

La abuela se aclaró la garganta mientras inspeccionaba el tablero. —Te quedan dos sospechosos, el Sr. Subramanian y Brent.

—En realidad, solo me queda Brent, pero no puedo imaginar que mataría a su propia madre. El Sr. Subramanian guarda un secreto de su esposa, pero no es un asesino. Necesito encontrar más sospechosos.

—Por supuesto que es el hijo —dijo la abuela—. El alquiler no es motivo suficiente, tu casero simplemente podría haberla echado.

—Aún no he descartado a Eunice por el asesinato de la Sra. Thompson.

La abuela se rio. —Eunice, díselo.

Eunice se levantó y comenzó a caminar por mi pequeña sala de estar. —Sabes sobre el amuleto Bishop, ¿verdad?

Asentí. —Aún no he podido encontrarlo.

—Bueno, yo tengo el amuleto Lynch.

—¿Lynch? —pregunté.

—Cada amuleto lleva el nombre de la familia original que lo poseía.

¡Oh! De alguna manera había pensado, porque la Sra. T. tenía el amuleto Bishop, que todos tenían una designación religiosa.

—¿Por qué no nos lo dijiste cuando estábamos en tu casa? —preguntó Thea.

—Las brujas que poseen los amuletos intentan mantenerlo en secreto —dijo Eunice—. Ninguna bruja puede tener más de un amuleto, es demasiado agotador.

—Por eso no es sospechosa —dijo la abuela.

Me sentía contrariada. —Eso puede explicar por qué no habría matado a la Sra. T., pero no dice nada sobre si asesinó a Agatha.

La cara de Eunice se puso roja. —Las poseedoras de amuletos protegen a las brujas; no las matan.

—¿Entonces alguien más tiene el amuleto Bishop? —pregunté.

—Según Hope, aún no se ha encontrado —dijo la abuela.

—¿Las cosas no han mejorado en Sewall todavía? —preguntó Thea.

La abuela negó con la cabeza. —Hope dice que las carreteras son casi intransitables en coche, y la mitad de los árboles del pueblo están completamente muertos.

No sabía qué hacer. —Supongo que podríamos registrar de nuevo el apartamento de la Sra. Thompson. Aunque dudo que encontremos nuevas pistas.

—No necesitamos buscar. Los amuletos están sintonizados entre sí, y el mío puede encontrar el tuyo —dijo Eunice.

—¿Estamos realmente seguros de que debería ser mío? —pregunté.

—Una vez que lo encontremos, lo veremos.

Sacó su amuleto de debajo de su camisa. Era un granate rojo profundo en un engaste de plata. Se lo quitó del cuello. —Brillará cuando lo apuntemos en la dirección correcta.

Se puso de pie y giró lentamente en un círculo. El amuleto brilló cuando apuntó hacia la parte trasera del apartamento. Nos guio y la seguimos hasta el baño.

—Está aquí, en alguna parte.

La abuela abrió el botiquín, y yo abrí el armario de las toallas. Ninguna de las dos lo encontró.

—Revisen todo en los estantes —ordenó Eunice. La pequeña estantería junto al lavabo solo tenía un par de artículos de limpieza y ningún amuleto.

Miré la caja de arena. —No crearás que...

—Prueba primero con la arena limpia. Por si acaso —dijo la abuela.

Tomé una bolsa de basura del estante y vertí la arena limpia en ella. No tenía sentido desperdiciarla. No cayó ningún amuleto, pero cuando sacudí la caja, escuché el tintineo de una cadena. Arranqué la tapa de la caja, y ahí estaba, pegado con cinta adhesiva al lado de la caja.

Tiré de la cadena dorada y la sostuve en alto, con la piedra de esmeralda brillando en su engaste dorado para que la abuela y Eunice la vieran. —¿Es este, verdad?

Asintieron.

—Dale un enjuague rápido —ordenó Eunice.

—¿Qué hace el agua? —pregunté.

Eunice sonrió con sorna. —Lava la arena para gatos. No todo en la vida tiene una cualidad mística.

Le sonreí, pero me sentí un poco tonta.

Después de enjuagar el amuleto, lo envolví en una toalla de mano para secarlo.

—Tal vez podamos hablar más fuera del baño —dijo la abuela.

Las seguí de vuelta a la sala de estar. —Chicas, tendrán que irse ahora —dijo Eunice.

Thea y Delia parecían querer protestar, pero tras una mirada fulminante de la abuela, me dieron un abrazo rápido en su lugar. —Cuéntanos todo después, ¿vale? —dijo Thea.

Asentí y se fueron rápidamente, antes de que incluso tuviera tiempo de decir algo.

—¿Tienes café? —preguntó Eunice.

—Sí. Disculpa por no ofrecértelo de inmediato. También tengo galletas, si quieres algunas.

—Me encantarían —dijo la abuela.

Deslicé una vaina de cardamomo en el filtro de café junto con el café molido y puse media docena de galletas de avena con pasas en un platito. Estas galletas eran lo último que Abby había preparado aquí. Una vez que este caso terminara, tendría que pedirle disculpas.

—Estás a punto de unirte a la Hermandad de Brigid.

—¿Brigid?

Eunice miró a la abuela. —¿Qué le has enseñado a esta chica?

La abuela pareció avergonzada. —Su madre quería darle más base en el mundo no mágico.

Eunice frunció el ceño. —Deberías haber intervenido y haber puesto fin a eso.

La abuela le devolvió el ceño fruncido a Eunice. —Si hubiera pensado que alguna de mis chicas tendría que lidiar con esta carga, lo habría hecho.

Eunice se volvió hacia mí. —Brigid es la diosa de la poesía, la fertilidad y la protección. Aquellas de nosotras que llevamos amuletos la invocamos para que nos proteja.

—Hay cientos en todo el país, miles en todo el mundo, pero por ahora deberíamos centrarnos solo en las locales aquí en New Hampshire. Somos siete, y normalmente no sabemos quiénes son las otras. Es mejor así ya que, como has visto, la gente intenta robarlos ocasionalmente. Si alguien supiera dónde está un gran número de ellos, sería fácil tomar ese poder.

Tomé una galleta. —Ya veo.

—Estamos directamente en oposición a la Fraternidad de Brujas Libres.

Fruncí el ceño. —Nunca he oído hablar de ellos.

Eunice lanzó una mirada a la abuela. —No me sorprende. Viviendo aquí abajo, no se oye tanto sobre las cosas malas que suceden en el mundo sobrenatural.

—Supongo que no. —De hecho, no había oído mucho sobre el mundo sobrenatural en absoluto, aparte de lo que me afectaba directamente. Me preguntaba si las tías lo habían mantenido así a propósito.

—¿Qué me he estado perdiendo?

—La fraternidad está creciendo y volviéndose más audaz, mientras que la hermandad tiene un número fijo. Si la fraternidad logra tomar los amuletos, serán capaces de hacer cosas indescriptibles.

—Pero creía que habías dicho que el amuleto no me dejaría usarlo si no fuera la adecuada. ¿Cómo podría alguien más tomarlo o usarlo?

—Con suficiente persuasión, se podría forzar a una bruja a elegir a otra persona para entregárselo.

Me estremecí. La magia en las manos equivocadas era mala. La magia organizada empeñada en hacer el mal podría arruinar el mundo.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer?

En ese momento, sonó el teléfono de Eunice. El tono de llamada de la risa de bruja me sobresaltó y di un respingo.

—Lo sé, es un poco obvio, pero me hace sonreír —dijo Eunice a modo de disculpa.

—¿Hope? ¿Está todo bien?

Hizo una pausa para escuchar. —De acuerdo. Esperaba tener un día o dos más para que la chica se acostumbrara a la idea, pero podemos hacerlo ahora. Dame un par de minutos.

Colgó y se volvió hacia mí. —Quería esperar, darte algo de tiempo, pero los edificios se están derrumbando en Sewall. Ponte el amuleto.

Lo tomé de la mesa de café, lo miré y lo levanté sobre mi cabeza. La cadena se deslizó fácilmente sobre mi cabeza, y el amuleto se sintió fresco sobre mi piel.

Eunice exhaló un profundo suspiro. —Bien. Las cosas deberían empezar a mejorar ahora.

Me giré hacia ella y sentí que mi amuleto brillaba. Sé que suena raro, pero era como si pudiera sentir la luz en mi piel.

Desde detrás de mí, escuché una voz masculina. —Ya era hora de que lo descubrieras.

Capítulo 25



Eunice miró detrás de mí. —Este debe ser tu familiar.

Jameson saltó a mi regazo y se sentó. ¿Era mi imaginación o parecía aún más altivo de lo habitual? —Jameson, a su servicio.

Eunice le hizo una lenta reverencia con un sentido de respeto que no comprendí. —¿Tú también la aceptas?

—Lo hago —dijo él.

La abuela asintió. Se levantó y me besó en la frente. —Me has hecho sentir orgullosa, Isabella. Los dejaremos para que se conozcan.

Me froté la cara con las manos. ¿Cómo se había vuelto mi vida tan extraña de repente?

Una vez que Eunice y la abuela, que había estado sorprendentemente callada, se fueron, Jameson dijo: —Escucha bien, pimpollo. Hay mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo. Ahora mismo soy el que tiene más experiencia aquí, y deberías escucharme.

—Pero eres un gato —dije.

—Soy un gato parlante que sabe quién asesinó a Beatrice, y quien te entrenará para usar el amuleto eficazmente. Tengo más de doscientos años, y tienes suerte de que no te haga llamarme señor.

Parpadeé. —¿Doscientos?

Se lamió la pata y se limpió la cara. —Más de doscientos. Es decir, diez veces tu edad, diez veces tu experiencia y al menos diez veces tu sabiduría.

Y diez veces mi sarcasmo, al parecer. —Está bien, entonces, gran y sabio familiar, ilumíname.

—Eso está sustancialmente mejor. Tienes razón, fue Brent quien mató a Beatrice. No dejará de intentar conseguir el amuleto, así que necesitamos encontrarlo primero y quitarlo del medio.

Eso sonaba ominoso. —¿Qué quieres decir con quitarlo del medio? No puedo matar a la gente, ¿sabes?

—No seas tonta. Por supuesto que puedes. Puede que no quieras —y con suerte, puede que no necesites hacerlo—, pero algunas personas han dedicado sus vidas a tanto mal que no queda nada más que hacer que matarlas antes de que dañen intencionalmente a más gente.

—¿Sin tiempo en prisión? ¿Sin rehabilitación? ¿Sin borrados de memoria para encaminarlos correctamente?

Los gatos no pueden reír, pero juraría que se rió de mí de todos modos. —Las personas

de las que estamos hablando, como Brent, están mucho más allá de ese punto. El mal está en su naturaleza, y no hay forma de eliminarlo.

—No te creo.

—Lo harás, algún día. Que Brigid te proteja para que no lo descubras demasiado tarde.

—Explícame cómo funciona el amuleto. ¿Necesito ir a Sewall para asegurarme de que el daño no continúe?

—No. El hecho de que lo lleves puesto es suficiente.

Me levanté y caminé por la habitación. —No me siento diferente. No puedo sentir cosas ni ver nada de manera distinta.

Vale, es oficial. Los gatos pueden reír. Jameson no me estaba haciendo ningún favor en el departamento de autoestima. —Dale tiempo. Estás hablando conmigo ahora. He estado intentando hablarte durante días, esperando que el amuleto estuviera lo suficientemente cerca de ti, pero no funcionaba.

Lo miré y fruncí los labios. —¿Estabas llamándome? Creí oír a alguien, tal vez afuera, gritando mi nombre, pero nunca pude encontrar a nadie.

—Sí, era yo. Me habría llevado meses comunicarme contigo sin el amuleto.

—¿Y ahora eres mi familiar? ¿Estás seguro de que no ha habido algún tipo de error? Quiero decir, ¿no se supone que hay que ser una bruja muy poderosa para tener un familiar?

—En orden a tus preguntas, sí, sí y sí.

—Entonces, ¿qué hago ahora? Si se supone que soy una gran bruja, ¿no debería dejar de ser yo misma?

—No entiendo tu pregunta —dijo él.

—Soy normal. Algo ordinaria, un poco torpe, nada notable. No entiendo por qué la Sra. T. me eligió.

¿Quién sabía que los gatos podían suspirar con exasperación?

—Tienes todo lo que necesitas para cumplir tu destino. Quizás no deberías preocuparte tanto. Es mi trabajo guiarte, y nunca he perdido a una joven bruja.

—¿Estresarme menos? Tengo que encontrar a un asesino, disculparme con mi compañera de piso, dirigir un negocio, y ahora aparentemente tengo un destino que cumplir. —Me senté en el sofá—. Es demasiado para lidiar con ello.

Realmente quería comer éclairs, ver películas de Star Wars e ignorar el destino. Desafortunadamente, mi teléfono sonó. El identificador de llamadas decía Brent Thompson. ¿Por qué me estaba llamando? ¿Quería que lo atraparan?

—¿Vas a contestar eso, tal vez atraparlo? —preguntó Jameson.

Contesté el teléfono. —Sé que mataste a tu madre.

—Te tomó bastante tiempo averiguarlo. Pero si yo fuera tú, no me preocuparía tanto por lo que le hice a mi madre, sino por lo que le hará a la tuya si no me traes el amuleto.

Miré a Jameson, pero él se estaba rascando detrás de la oreja.

—Si tocas a mi madre...

—No te preocupes. Ni siquiera la tengo aún. Si me traes el amuleto, nunca la tendré.

—No te creo.

—Eso es sensato. Pero con el amuleto, tendré demasiado que hacer como para preocuparme por tu familia, y si tienes suerte, nunca volveré a pensar en los Proctor.

—¿Quién dice que siquiera tengo el amuleto?

—Tengo amigos en Sewall. Saben que alguien lo tiene, porque los árboles han dejado de morir. Tú tienes el gato, así que eso significa que mi madre te ha elegido. Juntando todo, ese

amuleto está alrededor de tu cuello ahora mismo.

—Aunque lo tuviera, no te lo daría.

—Ciertamente es una elección que puedes hacer. Déjame buscar las indicaciones para llegar a la Casa Proctor. Estoy seguro de que tu madre está allí a estas horas de la noche. Tal vez esté ayudando a tu tía Nadia en la cocina. Pero quizás me encuentre primero con tu abuela. Es mayor, dudo que pueda resistirse mucho tiempo.

—¡Ni te atrevas! —dije.

—No tendré que hacerlo, siempre y cuando tenga lo que necesito.

—¿Y también quieres a Jameson?

Se burló. —No. Encontraré mi propio familiar. Tal vez un buen escorpión. Creo que se ajustaría mucho más a mi personalidad.

—Bien. Pero nos reuniremos en público, durante el día. No confío en ti.

—Probablemente sea mejor que no lo hagas. Parque Prescott, mañana al mediodía. Deja el amuleto colgado en el tridente de la fuente de agua.

—¿No te preocupa que alguien lo vea?

—Por supuesto que no. Eres lo suficientemente lista como para hacerlo invisible.

—Al mediodía. Estará allí.

—E Isabella, no dejes que te vea allí, o nuestro trato se cancela.

Capítulo 26



Huelga decir que lo primero que hice fue ir a la Casa Proctor con Jameson. Mi familia se quedó atónita cuando me ofrecí a pasar la noche después de explicarles lo que Brent quería.

Recibieron a Jameson en la casa e incluso hicieron planes para instalar una puerta para gatos. Me sorprendió el alboroto que armaron por él, solo porque tenía más de doscientos años y sabía más que el resto de nosotros. A él le encantaba toda esa atención.

Entre los ocho, logramos elaborar lo que esperábamos fuera un plan infalible y nos fuimos a dormir, ya que todos teníamos que estar en el parque antes del amanecer.

Mi alarma sonó a las cuatro y gemí.

—Veo que no eres madrugadora —dijo Jameson.

Grité, porque pensé que había un hombre extraño en mi habitación.

Thea entró corriendo a mi cuarto con un bate de béisbol. —¿Qué pasa? —preguntó.

—Lo siento. Es solo Jameson. No estoy acostumbrada a él y pensé que había alguien en mi habitación.

—Sí había alguien en tu habitación. Yo —dijo él.

—Alguien humano, un extraño —expliqué.

Desayunamos rápido y en silencio antes de dirigirnos al parque. La abuela buscó trampas, pero no encontró ninguna. Bien, habíamos llegado antes que él.

Colgué el amuleto en el tridente, y luego Delia nos hizo invisibles a él y a mí. Las tías y mis primas se turnarían para caminar por el parque con diferentes glamures, imitando a turistas. La abuela mantenía un hechizo que mantenía alejada a la gente sin magia del parque. Estaría exhausta manteniéndolo hasta el mediodía, así que la tía Nadia tomaría el relevo si fuera necesario.

Jameson tomó su posición en un árbol, vigilando a Brent.

Ahora todo lo que teníamos que hacer era instalarnos y esperar.



A las once y media, empecé a ponerme muy inquieta. —Deja de moverte tanto, Isabella —me reprendió Delia mientras pasaba—. No es fácil mantenerte invisible cuando te mueves.

Me moví de vuelta a mi lugar bajo un árbol —más fácil para Delia, porque no tenía que

ocultar mi sombra también— y me quedé quieta.

—Está entrando al parque —dijo Jameson. Para cualquiera que no fuera mi familia, solo sonaría como un gato maullando.

Brent dio un paseo lento y tranquilo por el parque, disfrutando de las flores y admirando la vista del río. Al mediodía, se acercó a la fuente. Con un movimiento de muñeca, disolvió el hechizo de invisibilidad y recogió el amuleto.

Se giró y me vio. Delia había usado el mismo hechizo para mantener invisibles el amuleto y a mí. Instantáneamente, quedé cegada por la luz.

Su hechizo se desvaneció cuando la abuela y las tías corrieron hacia nosotros. —¿Qué pasó?

—Nos vio.

—¿Dónde está? —pregunté.

La abuela señaló una salida. —Por allí.

Jameson y yo corrimos hacia el auto de las primas y nos metimos en él. Confiaban en un hechizo de protección para evitar que la gente robara el auto e incluso llegaron al punto de guardar la llave electrónica en la guantera.

—Está en una Escalade negra —dijo Jameson. Miramos alrededor y lo vimos salir a toda velocidad de un lugar de estacionamiento y conducir por la calle Marcy. Nuestro auto era más pequeño y manejaba mejor las estrechas calles del viejo Portsmouth, pero a él no parecía importarle rozar otros autos en su camino. Lo seguimos en una persecución a baja velocidad a través de Market Square hasta Middle Street, donde comenzó a ganar distancia.

De la nada, un coche patrulla se interpuso entre nosotros y Brent, y otro apareció detrás de nosotros, ambos con luces y sirenas encendidas.

—Tengo que detenerme.

—¡No! Tenemos que atraparlo —dijo Jameson.

El patrullero frente a nosotros obligó a Brent a orillarse, y esperé todo lo que pude antes de detenerme.

Kate se acercó al auto de Brent. —¡No, Kate! ¡Detente! —grité, pero nuestras ventanas estaban cerradas y no me escuchó.

Brent bajó su ventanilla. Kate se detuvo detrás del auto y reportó la placa.

Intenté abrir mi puerta, pero el oficial Papatonis la bloqueaba. —¡Déjeme salir! ¡Kate está en peligro! —le grité.

Se apartó de mi puerta y la abrí de golpe. —¿Señorita Proctor?

—Kate —fue todo lo que pude decir mientras la veía caer al suelo, demasiado lejos para ayudar.

—Quédense aquí, los dos —ordenó Palmer. No lo había visto detrás de mi auto. Corrió hacia Kate y desenfundó su arma.

Lancé un hechizo de protección muy apresurado para Kate y esperé que Brent no volviera a lastimarla.

Brent retrocedió su auto para volver al tráfico, y mientras lo hacía, Palmer le disparó a los dos neumáticos traseros de la Escalade.

Brent continuó conduciendo, pero con los neumáticos reventados, no iba muy lejos. Aceleró más rápido de lo que pensé que podría, pero cuando intentó tomar una curva, la parte trasera del SUV hizo un trompo y chocó contra un poste telefónico.

Palmer se agachó para revisar a Kate.

Miré a Papatonis.

—¿Podemos ir a ayudar?

—Tú quédate aquí. Yo iré.

Me quedé en el coche y bajé el escudo sobre Kate, pero Jameson saltó y corrió hacia el Escalade. Se sentó en la acera directamente frente a Brent y movió su cola. Al tercer movimiento, el poste telefónico se partió por la mitad y cayó atravesando la calle. Cables con electricidad chispeaban en la carretera y todo el tráfico se detuvo.

¿Qué tipo de poder tenía mi familiar, de todos modos?

Momentos después, vehículos de bomberos y emergencias médicas invadieron la zona. Kate fue llevada en una ambulancia, aún sin responder.

Llegó un camión de servicios públicos de Eversource y cortó la electricidad. Brent todavía estaba aturdido por el impacto del airbag. Intentó abrir la puerta de su coche, pero no parecía lograrlo. Jameson permaneció completamente quieto, mirándolo fijamente hasta que Palmer se acercó al Escalade.

Salí de mi coche y me acerqué al accidente, preparada para proteger a Palmer de cualquier hechizo que Brent pudiera lanzar. Podía sentir el amuleto Bishop tratando de volver a mí. Normalmente, no sería rival para un brujo con más del doble de mi edad, pero el amuleto me prestaba fuerza, incluso a esta distancia.

Palmer abrió la puerta del Escalade y sacó a Brent de un tirón. Brent cayó y tropezó en el suelo. Sentí que estaba reuniendo su poder, pero lo dejó caer cuando Jameson siseó.

Palmer lo levantó y lo presionó contra el coche.

—¿Qué le hiciste a Kate?

Brent desvió su atención de Jameson a Palmer.

—¿Qué quieres decir? Se desmayó, ¿no?

En un movimiento fluido, Palmer giró a Brent y le puso una esposa. Agarró el otro brazo de Brent y apretó la otra esposa en su muñeca.

Palmer encerró a Brent en la parte trasera del coche patrulla de Kate y luego caminé hacia mí.

—¿Qué estabas haciendo? Podrías haber matado a alguien, conduciendo tan imprudentemente.

—Me robó algo. Un collar. ¿Es posible recuperarlo? —pregunté.

Palmer negó con la cabeza.

—Deberías saberlo mejor. Una joya no vale una vida.

—Pero ¿dónde está? —pregunté.

Palmer miró hacia el Escalade.

—Papatonis lo tiene en una bolsa de evidencia. ¿De qué se trata realmente esto?

—No puedo decírtelo. Solo ten cuidado con él, por favor.

—Tendrás que venir a la comisaría. ¿Puedo confiar en que conduzcas tú misma? Estarás entre los dos coches patrulla y no tendrás oportunidad de escapar.

Asentí.

Bajó la voz.

—Isabella, no intentes nada. Te arrestaré si te sales de la línea.

—Entiendo. Te veré allí. —No había forma de que dejara a Palmer solo con Brent si podía evitarlo.

El amuleto, aún con Papatonis, me permitía sentir los intentos de magia de Brent. Sin embargo, todavía estaba demasiado aturdido por el airbag para concentrar su voluntad.

Extendí la mano y la puse en el brazo de Palmer.

—Por favor, ten cuidado con él. Es peligroso.

—Por supuesto que lo es —me espetó Palmer.

Eso me dolió, pero no solté su brazo.

—No, en serio. Prométeme que estarás en guardia.

Me miró a los ojos.

—Esto no es propio de ti. Tú te lanzas de cabeza al peligro sin siquiera pensarlo.

—Entonces toma mi advertencia en serio.

Asintió y volvió al coche de Kate.

Jameson saltó de vuelta a mi coche donde mi familia me esperaba.

—¿Cómo llegaron tan rápido? —le pregunté a la tía Lily.

—En tiempos desesperados se requieren medidas desesperadas. Espero que el hechizo de Olvídame de tu madre haya funcionado, y la gente no empiece a hablar de las seis mujeres corriendo por la calle.

Thea arrancó el coche y seguimos a Palmer.

Me volví hacia el asiento trasero, abarrotado con las tías.

—Brent todavía está aturdido por el airbag, pero una vez que lleguemos a la comisaría, tenemos que estar en guardia. Intentará robar el amuleto y escapar.

—Estoy lista para él. Ha habido demasiados ataques a brujas mayores en la ciudad, y no voy a dejar que se salga con la suya —dijo la abuela.

—Madre, te estás volviendo paranoica —dijo la tía Lily.

—No estoy segura de que lo sea —dijo la tía Nadia—. Primero fue el té que recibió en primavera, luego el asesinato de Beatrice. Podría ser el comienzo de un patrón.

Pensé en eso por un momento. ¿Estaba la fraternidad tratando de matar a las brujas mayores y más fuertes, o eran estos dos incidentes aislados?

Jameson maulló para llamar nuestra atención.

—Si quieren una opinión experta sobre el asunto, necesitarán otro amuleto para tener alguna esperanza de mantenerlo bajo control. Llamen a Eunice.

La abuela sacó su teléfono y, sorprendentemente, llamó a Eunice. No tenía idea de que se conocieran lo suficientemente bien como para que la abuela tuviera su número en marcación rápida. Pero, por otro lado, la abuela también mantuvo en secreto su conocimiento sobre Eunice y su amuleto todo este tiempo.

—¿Eunice? Soy Esther. Necesitamos dos miembros de la hermandad en la comisaría. Tengo a Isabella, pero su amuleto está en una bolsa de evidencia. —Asintió—. Sí, ahora mismo.

Colgó y suspiró.

—Esa mujer es demasiado vieja para quedarse con el amuleto, pero demasiado terca para entregarlo.

—¿No tiene familia a quien dárselo?

La abuela negó con la cabeza.

—No. Su única hija murió hace décadas. El resto de su familia no quiere saber nada del amuleto, ni de ella.

Capítulo 27



Thea entró en el estacionamiento trasero de la comisaría y aparcó a dos lugares de donde Palmer había estacionado el coche patrulla de Kate.

Jameson y yo nos reunimos con él en la parte trasera del coche.

—Isabella, tú vienes conmigo. Los demás esperen en la zona de recepción.

Mi familia empezó a caminar hacia la puerta principal, y yo me di la vuelta para seguir a Palmer.

Ajustó su agarre en el brazo de Brent, y en el momento en que lo soltó, Brent desapareció. ¡Alas de murciélago!

—¡No! —grité y mi familia se dio la vuelta—. ¡Se ha ido!

Papatonis, que caminaba hacia nosotros, cayó hacia atrás.

—Vuela hacia mí —dijo Brent, y la bolsa de pruebas que contenía el amuleto del Obispo se elevó de la mano de Papatonis antes de desaparecer.

—¿Qué demonios? —gritó Papatonis.

Aunque era invisible, podía oír los pasos de Brent mientras corría pasando a mi familia. Lo seguimos, con Palmer gritando preguntas que ninguno de nosotros quería responder.

Mi madre gritó «Detenlo», lo que podría haber sonado como una orden normal, pero pude sentir el hechizo que había tejido en las palabras.

Falló, porque sus pasos seguían resonando lejos de nosotros. El árbol a su izquierda, sin embargo, dejó de mecerse con la brisa.

Vimos caer al suelo un par de esposas rotas y ajustamos el rumbo para seguir a Brent.

La tía Lily, viendo lo que mi madre hizo, gritó otro hechizo disfrazado: «¡Muéstrate!»

Brent parpadeó volviéndose visible por un momento y tropezó, pero rápidamente se enderezó y siguió corriendo.

La bolsa de pruebas vacía pareció aparecer de la nada y flotó en el aire.

Mi visión se oscureció y escuché gritos en mi cabeza. El amuleto estaba sufriendo, y podía sentir a Brent tratando de forzarlo sobre su cabeza mientras seguía corriendo.

El amuleto luchaba, y Jameson se adelantó a nosotros y saltó en el aire. Aterrizó sobre Brent, pero parecía que flotaba. Brent había dejado de correr, intentando quitarse a Jameson de encima.

Jameson mordió a Brent, quien aulló y se sacudió para liberarse del gato.

—¡Muéstrate! —gritó la abuela. Brent parpadeó volviendo a ser visible y esta vez se quedó así. Estaba más cerca de lo que pensaba, pero se dio la vuelta y corrió, con el amuleto

agarrado en su puño. A este paso, temía que lo perdiéramos.

—¡Tropiezas! —gritó la tía Nadia con todo el poder mágico que tenía. Frente a nosotros, Brent y otras siete personas cayeron. Tendríamos mucho que explicar por eso.

Jameson saltó sobre Brent de nuevo y siseó.

Brent no se movió.

¿Qué tenía mi gato? Podría preguntar más tarde. Ahora tenía cosas más importantes que hacer.

Me incliné, agarré la cadena de mi amuleto y tiré.

Brent no lo soltó. —Es mío. Debería haberlo heredado de mi madre.

Podía sentir el dolor del amuleto más ahora que estaba tan cerca. —¿Crees que alguna vez haría lo que quisieras? Te odia.

—Una vez que lo forzara sobre mi cabeza, no tendría elección, ni tampoco el gato. El poder que tienen me pondrá a la cabeza de la fraternidad.

Jameson mostró los dientes y se lanzó hacia el cuello de Brent.

Instintivamente, Brent movió las manos, extendiendo los dedos para protegerse de la mordida de Jameson. El amuleto se le escapó de las manos, y yo lo atrapé, pasando la cadena por encima de mi cabeza en un rápido movimiento.

Los gritos en mi cabeza cesaron y los bordes oscuros de mi visión retrocedieron. Caí al suelo junto a Brent.

—Quítame este gato de encima —exigió.

Mis tías empezaban a ayudar a la gente a levantarse, ahora que el hechizo de tropiezo estaba perdiendo efecto.

—¿Sintieron eso? Creo que fue un terremoto —dijo la tía Lily.

¿Qué otra excusa podría haber? Nadie creería en un hechizo de tropiezo.

—No pensé que hubiera fallas geológicas en New Hampshire —dijo un hombre de traje gris.

—Fracking —dijo la abuela con autoridad—. El gobierno va a arruinar la tierra bajo nuestros pies a este paso.

El hombre del traje asintió.

Armados con dos explicaciones diferentes y plausibles de por qué habían caído, la gente se sacudió el polvo y siguió su camino.

Palmer levantó a Brent y buscó sus esposas. No tenía ninguna. Tiró del brazo de Brent hacia atrás y puso su otra mano sobre el hombro de Brent. —Vamos, grandullón.

Juntos en un grupo apretado, caminamos las varias cuadras hasta la comisaría. Todos estábamos atentos por si Brent intentaba escapar de nuevo, o si la fraternidad intentaba rescatarlo. Sin embargo, una vez que lo tuvieran, no había forma de saber qué harían. Tal vez estaba más seguro con nosotros.

Palmer hizo entrar a Brent por la puerta principal, donde Eunice nos esperaba. Levantó una ceja, pero no dijo nada.

—Todos ustedes, quédense aquí. Los necesito para interrogarlos, pero primero tengo que meterlo en una celda.

—¿Necesito llamar a mi abogado? —preguntó mi madre.

—No sería mala idea. Tengo muchas preguntas para su familia.

Nos miró a cada uno de nosotros, esperando que aceptáramos quedarnos. Cuando se sintió satisfecho con nuestros asentimientos, se dio la vuelta y llevó a Brent a empujones hacia las profundidades de la comisaría.

Capítulo 28



Después de unos minutos, el jefe se acercó. —Lily e Isabella, ¿podrían venir conmigo, por favor?

Miré a la tía Lily, y ella me guiñó un ojo. Al parecer, todo estaría bien.

Nos sentamos en su oficina, y él cerró la puerta. Parecía que estaba pasando mucho tiempo aquí, preguntándome si estaba en problemas o no.

—Señoras, esto parece una situación delicada. ¿Cómo puedo ayudar?

De todas las cosas que podría haber dicho, esta era probablemente la menos probable que se me hubiera ocurrido. Me quedé allí, pensando, y la tía Lily tomó la iniciativa.

—Gracias, Ray. El señor Thompson ha robado una valiosa reliquia familiar, un collar, que hemos recuperado. Estaba en una bolsa de evidencia, y nos preocupa que el verdadero pueda caer en las manos equivocadas si lo devolvemos.

Sacó de su bolso lo que yo pensaba que era el amuleto.

—Esta es una réplica exacta, excepto que no tiene ninguna... propiedad especial.

Sus ojos se agrandaron. —¿Es tan peligroso?

—No peligroso, solo poderoso.

Le entregó la réplica. —Si pudiéramos quedarnos con el original, y tener este colocado como evidencia, sería lo mejor para todos los involucrados.

Él asintió. —¿Podría ver el original?

Saqué mi amuleto de debajo de mi camisa. Él extendió la mano para tocarlo, pero rápidamente lo encerré en mi puño. —Mejor no tocarlo —dije.

No sabía si pasaría algo malo, pero no creía poder soportar más gritos y dolor del amuleto hoy.

Miró el collar. —Este se ve idéntico. Nadie sabrá nunca que los dos han sido intercambiados.

Se puso de pie. —Volveré enseguida.

Después de que se cerró la puerta, pregunté: —¿Cómo conseguiste una réplica así?

—Una vez que vi el amuleto, no fue difícil poner un glamour en una vieja cadena que tenía por ahí. Tenía el presentimiento de que podríamos necesitar hacer un intercambio.

Tenía mucho que aprender sobre estar preparada.

—¿Qué hay entre tú y el jefe?

Ella sonrió, pero no respondió.

El jefe regresó después de un par de minutos.

—¿Están interrogando al señor Thompson? —pregunté.

—Aún no. Palmer quiere hacer la entrevista él mismo, pero está furioso por lo de Kate, y está en el hospital con ella ahora mismo.

—¿El señor Thompson está solo? —pregunté.

—No te preocupes, está en una sala de interrogatorios. No hay manera de que pueda escapar.

La tía Lily frunció el ceño. —Sabes que él es un... ya sabes —dijo. Nunca decíamos la palabra "brujo" fuera de nuestra casa.

—¡Por el amor de Dios, Lily! Podrías haber empezado por ahí. —Salió corriendo de su oficina, dejándonos solas.

Lo seguimos y nos aliviarnos al ver a través del espejo unidireccional que Brent todavía estaba en la sala de interrogatorios. Jameson estaba sentado, en silencio, en la esquina trasera de la sala de observación, concentrando toda su atención a través del espejo y en Brent.

El jefe comenzó a estornudar. —¿Hay un gato aquí? —preguntó.

Negué con la cabeza, fingiendo inocencia. —Acabo de conseguir un gato, así que tal vez sea el pelo de gato en mi ropa.

Volvió a estornudar.

—Así es, jefe. Hay un gato ahí contigo —dijo Brent—. Deshágase del gato, y le diré todo lo que quiera saber.

El jefe sacó una linterna de su cinturón de utilidades y la pasó por el suelo.

Cuando el haz llegó a Jameson, dije: —¿Cómo llegó mi gato aquí? Ven aquí, chico.

Jameson saltó a mis brazos y lo acaricié. —Eres un chico muy travieso. Los gatos no pertenecen a las salas de interrogatorios.

Jameson no estaba impresionado. Flexionó sus garras y permitió que apenas rompieran mi piel. Iba a tener algo que decir sobre cómo lo estaba tratando. Al menos de esta manera, pudo quedarse en la habitación con nosotros.

Mi amuleto brilló tenuemente, pero Jameson bloqueó al jefe para que no lo viera antes de que lo metiera debajo de mi camisa. La puerta de la sala de observación se abrió, y Eunice entró. —¿Es este el baño de damas? —preguntó con una voz sorprendentemente frágil.

—No, señora. No debería estar aquí sin escolta. Déjeme buscar a un oficial...

Jameson saltó de mis brazos y corrió de vuelta a la esquina de la habitación. —Yo puedo ayudarla —me ofrecí.

—Gracias, Isabella. Eres muy amable.

Sonreí. —Volveré enseguida.

Una vez que cerré la puerta de la sala de observación, Eunice se enderezó. —Siento haber tardado tanto en encontrarte. Tenemos trabajo que hacer.

Agarró mi mano y el mundo se volvió gris. —¿Qué? —susurré.

—Nadie puede vernos ni oírnos, así que no hace falta que susurres.

¿Podía lanzar un hechizo de invisibilidad que también eliminara el sonido? Necesitaba aprender este.

—Vale. ¿Cuál es el plan? —pregunté.

—Tenemos que entrar en la sala de interrogatorios. Dile a Jameson que distraiga al jefe.

No lo entendía. —¿Qué? Acabas de decir que nadie puede oírnos.

—Solo piensa en él hasta que captes su atención. Dile que necesitamos una distracción para que el jefe no nos vea abrir la puerta. El amuleto te ayudará.

Pensé en mi gato hasta que juré oír su voz en mi cabeza. —No hace falta que grites.

Puedo oírte.

—Eunice dice que necesitamos distraer al jefe, porque tenemos que entrar en la sala de interrogatorios.

—Me encargo yo.

Pude oírlo empezar a maullar en la puerta de la sala de observación.

Eunice abrió la puerta de la sala de interrogatorios y me arrastró con ella al interior.

Brent se enderezó. —Sé que estáis aquí —dijo.

—¿Mano en el amuleto? —confirmó Eunice.

Asentí.

Cogió mi mano libre con la suya y la puso a la fuerza en la espalda de Brent.

—¡Eh! ¡Eh, hay alguien aquí conmigo! —gritó Brent.

—Cálmate —dijo el jefe por el intercomunicador—. Estás solo.

Brent siguió retorciéndose, pero como estaba esposado a la mesa, no podía moverse lo suficiente para evitar nuestro contacto.

—Invocamos el poder de Brigid y te ordenamos que aceptes tu castigo.

Sentí que el poder de la mano de Eunice pasaba por la mía y entraba en el hombro de Brent.

—¡No! —gritó—. Me matarán. —Miró al espejo—. ¡Sacadlos de aquí!

El jefe y la tía Lily entraron corriendo en la sala de interrogatorios. El jefe se acercó a Brent. —¿Necesitas atención médica?

La tía Lily mantuvo la puerta abierta mientras Eunice y yo nos escabullíamos. Entramos en la sala de observación, ahora vacía, y Eunice dejó caer el hechizo que ocultaba nuestra presencia.

—¿Qué tipo de hechizo usaste con él? —pregunté.

—Enhorabuena. Acabas de capturar a tu primer brujo malvado. El hechizo le impide escapar de la custodia policial de nuevo y presentar cualquier tipo de defensa efectiva en el juicio. Será condenado por asesinato y pasará el resto de su vida en prisión.

¿Un hechizo podía durar tanto? Estaba acostumbrada a que los hechizos funcionaran durante unos minutos, o quizás unas horas antes de tener que volver a lanzarlos.

Vio la sorpresa en mi cara. —Son los amuletos. Su poder mantendrá el hechizo.

—Vale, ¿y ahora qué hacemos?

—Ahora me voy de aquí. Tú tienes que hacer algo de limpieza.

—¿Qué quieres decir?

—Tu madre dijo que ese detective vio mucho más de lo que debería. Vas a tener que borrarle la memoria, con delicadeza, de la idea de que Brent alguna vez fue invisible.

Asentí. —¿Con el amuleto?

—Sí.

Abrió la puerta y se dirigió hacia la entrada mientras yo me giraba hacia el otro lado, hacia la sala de interrogatorios.

Abrí la puerta. —¿Puedo entrar?

Brent me miró una vez y dijo: —Ella no. Ella me hizo esto. ¿No lo veis? ¡Es una bruja!

Cerré la puerta, aunque dudaba que alguien que lo oyera pensara que estaba diciendo la verdad cuando sonaba como si estuviera delirando.

—No digas tonterías. Estaba llevando a una anciana al baño. No te quité el ojo de encima en ningún momento. Aquí no había nadie —dijo el jefe.

Brent se desplomó en su silla, con la derrota escrita en su rostro.

—Te voy a dar unos minutos para que te recompongas, luego volveré.

El jefe se volvió hacia nosotras. —Señoras, démosle unos minutos. —Abrió la puerta para nosotras y nos siguió fuera de la sala de interrogatorios.

—No necesitaré un médico —dijo la tía Lily—. Se calmará en unos minutos. —Puso su mano en el brazo del jefe—. Gracias por tu ayuda, Ray. Mi familia lo aprecia mucho.

Él se sonrojó y dijo: —Ha sido un placer, Lily. Sabes que estoy aquí para ti siempre que me necesites.

Eso era todo. Tenía que averiguar qué pasaba entre ellos dos.

La tía Lily nos dejó solos al jefe y a mí.

—¿Qué hay entre vosotros dos? —pregunté.

Suspiró. —Si Lily no te lo ha contado, no hay nada que yo pueda decir.

—¿Qué hizo ella para ganarse tu lealtad? Cambiaste pruebas por mí solo porque ella te lo pidió.

—Digamos simplemente que ella nunca me ha llevado por mal camino, y que cuando me pide cosas, sé que son lo correcto.

Eso no respondía a mi pregunta, pero me di cuenta de que no conseguiría más de él hoy. —Vale, entonces ¿qué vamos a hacer con este tipo? —pregunté.

Se rio. —¿Nosotros?

—Yo podría hablar con él, si quieres —dije—. Creo que puedo lograr que confiese al menos dos asesinatos y un intento de allanamiento antes de que Palmer regrese.

El jefe Dobbins me miró. Pude ver la indecisión en su rostro; no estaba seguro de que yo pudiera lograr que Brent confesara algo. Yo sabía que mientras yo hiciera las preguntas, Brent tendría que responder con la verdad.

—Un momento, ¿dos asesinatos?

—Mató a su madre, y probablemente también a Agatha Hubert. Apostaría lo que fuera a que él fue quien intentó entrar a la fuerza en mi apartamento.

—¿Y crees que puedes lograr que confiese todo eso?

Sonreí. —Puedo ser muy persuasiva cuando me lo propongo.

—A Palmer no le va a gustar esto, pero tienes quince minutos con él. Más que eso, y la gente empezará a preguntarse qué está pasando.

Capítulo 29



Brent retrocedió cuando el jefe y yo entramos en la sala de interrogatorios. —No quiero hablar con ella. Me hizo algo.

—Señor Thompson, se le han leído sus derechos. Está arrestado por conducción temeraria, pero la señorita Proctor tiene más preguntas para usted.

—De ninguna manera. No voy a hablar con ella.

—¿Le gustaría llamar a su abogado? Tengo entendido que aún no ha hecho ninguna llamada.

Brent palideció. —No. Nadie puede saber que estoy aquí. No voy a hablar con nadie. No lo entienden. Me matarán si no se lo llevo.

El jefe se volvió hacia mí. —No me gusta dejarte sola con él. Todavía no parece muy estable.

—Está encadenado a la mesa. Estoy segura de que estará bien.

Le sonreí a Brent. —Lo entiendo. No quieres hablar de asuntos de brujas. Pero puedes hablar delante del jefe. Ya he trabajado con él antes, y una vez que terminemos, simplemente borraré su memoria. Lo he hecho muchas veces antes, y no parece estar sufriendo demasiadas consecuencias a largo plazo.

—¿Que tú qué? —gritó el jefe.

Levanté la mano y dejó de hablar. Debería considerar una carrera en la improvisación, porque por supuesto que nunca había borrado su memoria. Ni siquiera sabía cómo hacerlo.

—Ahora jefe, no se preocupe. No tiene sentido alterarse por algo que ni siquiera recordará en una hora.

No sabía si estaba siguiéndome el juego o si realmente pensaba que había borrado sus recuerdos. Tendría que disculparme con él más tarde.

Brent escudriñó los ojos del jefe. —¿Está segura?

Me burlé. —Es pan comido, una vez que le coges el truco.

—No tengo que responder a sus preguntas.

—Oh, pero tienes que responder a las de él, ¿no? —pregunté.

Brent se mordió el labio.

—Hágale una pregunta, jefe, a ver si tiene que responderle.

El jefe cuadró los hombros. —¿Quién crees que va a matarte?

Pude sentir a Brent tratando de luchar contra el hechizo que Eunice y yo le habíamos puesto, pero perdió. —La fraternidad.

—¿Tus hermanos de fraternidad van a matarte? —preguntó el jefe.

Brent se rio. —La Fraternidad de Brujos Libres.

Me recliné y fingí desinterés. —¿La fraternidad? Pueden quedarse contigo por lo que a mí respecta.

—¿Cómo sabes de nosotros? Acabas de conseguir el amuleto.

—Deberías saber que nunca estoy sola en nada de lo que hago. No hay nada que mi gato y yo no podamos hacer.

Palideció ante la idea. Jameson realmente debería haberme dicho qué gran amenaza era.

—Pero volviendo al tema que nos ocupa. ¿Por qué no deberíamos dejar que la fraternidad te tenga?

Brent sonrió con suficiencia pero no me respondió. ¡Rayos! El hechizo realmente solo lo hacía responsable ante la policía.

El jefe se dio cuenta de que tenía que volver a hacer mi pregunta. —Esto se va a volver tedioso después de un rato. Necesitas responder a sus preguntas.

Brent frunció el ceño, pero luego respondió. —¡Me matarán! Después de todo lo que he hecho por ellos, me matarán.

—¿Qué has hecho exactamente por ellos? —pregunté.

—Está bien, aquí está la cosa. La fraternidad quiere todos los amuletos, en todo el mundo. Si consiguen suficientes, planean empezar a tomar el control. Ya sabes, como intentaron en el siglo XVII.

No, no lo sabía, pero de ninguna manera se lo iba a decir. Podría pedirle a la abuela y a Eunice una lección de historia más tarde. —Continúa.

—Con los amuletos, serían lo suficientemente poderosos como para que nadie se atreviera siquiera a pensar las palabras "juicios de brujas". Los no brujos serían utilizados, sirviendo a los brujos. Todo lo que queremos es restaurar el orden legítimo del mundo. Aquellos con poder controlan a los que no lo tienen. Justo como ahora, excepto que el dinero se volverá insignificante, y la habilidad de lanzar hechizos lo será todo. Ya no ocultaremos nuestro poder.

Mi estómago se retorció. Sonaba como si estuviera hablando de la esclavitud de la mayor parte de la población mundial.

—¿Esclavizarían a millones de personas? —pregunté, horrorizada.

—Mira a tu alrededor. Las personas sin magia están arruinando el mundo. Política, finanzas, medio ambiente, guerra, hambruna, cualquier mal que puedas pensar, lo puedes encontrar. Ahora mira a Sewall y los otros enclaves alrededor del mundo. No tienen ninguno de esos problemas.

—¿Pero esclavitud? —pregunté.

Se rio. —Somos mejores, y es hora de empezar a actuar como tales.

Miré al jefe por el rabillo del ojo. Estaba pálido, pero permaneció en silencio.

—Eso nunca va a suceder. Vas a pasar el resto de tu vida en la cárcel —dije.

Ahora fue el turno de Brent de palidecer. —La fraternidad me matará si descubren dónde estoy. No aceptan el fracaso, y pensarán que hablé.

El jefe le dedicó a Brent su sonrisa más tranquilizadora. —A pesar de lo que puedas ver en la televisión, en realidad es muy difícil que maten a alguien en prisión. Estoy seguro de que estarás a salvo allí.

—Al menos asegúrese de que esté en solitario bajo un nombre falso. Haré cualquier cosa, renunciaré a mi derecho a un juicio, solo manténgame alejado de ellos.

—¿Y cómo se llama este grupo de nuevo? —preguntó el jefe.

Brent me miró. —¿Le borrarás la memoria cuando terminemos?

Asentí. Parecía que estaba evadiendo la verdad más de lo que debería una bruja que dice que no miente.

—La Fraternidad de Brujas Libres.

—¿Y quién está en esta supuesta fraternidad?

—Solo puedo decirte mi contacto. Caleb Oldman.

—No puedo decir que conozca ese nombre, pero puedo asegurarme de que nunca te visite. Suponiendo que Isabella deje algo en mi memoria.

—No sería tan tonto como para venir él mismo. Vendría alguien a quien yo nunca hubiera conocido.

—No podemos protegerte de un grupo vago y sin rostro de personas.

Brent se inclinó hacia adelante. —Mire, incluso si conociera a alguien más aparte de Caleb, están reclutando todo el tiempo. Podrían enviar a cualquiera tras de mí. Cuanto más rápido me metan en solitario bajo un nombre falso, más seguro estaré.

El jefe se reclinó y le lanzó a Brent una mirada dura. —Aquí no metemos a la gente en la cárcel sin un juicio. Podrías renunciar a tu derecho a un jurado, pero eso es prácticamente todo lo que puedes hacer.

Este fue el momento en que Brent se quebró. Pude ver en su rostro que sabía que moriría antes de ver más de una semana en prisión. Dejó caer su glamour y vi su verdadero rostro. Tenía delgadas marcas de quemaduras que corrían desde sus ojos hasta su barbilla, y su frente estaba en carne viva y ampollada, como si lo hubieran sostenido demasiado cerca de un fuego. —Entonces soy hombre muerto.

Se volvió hacia mí. —Tu familia puede ayudar. Pueden protegerme.

No podía creer el descaro que tenía. Había matado a dos personas que me importaban, y ahora pensaba que mi familia lo protegería de las consecuencias de sus acciones.

—Podría preguntarle a Jameson si ayudaría, pero lo dudo. No puedo hacer nada hasta que confieses. Empieza desde el principio.

Sus hombros se hundieron. —A la fraternidad no le importaba qué amuleto consiguiera primero, así que intenté obtener el amuleto Lynch. Pensé que Eunice era lo suficientemente débil como para que pudiera quitárselo sin problemas, y tal vez no tendría que tomar el de mi madre. Pero Eunice es más fuerte de lo que esperaba, y ni siquiera pude acercarme a ella. Sus protecciones eran tan fuertes que no pude acercarme a menos de un kilómetro de su casa. Lo intenté, pero tuve que rendirme.

—¿Y cuando no pudiste conseguir el de Eunice?

—Me obligaron a ir con mi madre. Le supliqué que simplemente me lo diera, pero se negó. Dijo que había sabido desde que era joven que yo era demasiado débil para llevarlo. Estaba tan enojado que decidí mostrarle quién era débil y quién no.

—¿Qué hiciste?

—Volví a su apartamento la noche siguiente con una tintura de acónito y maté a mi madre porque no me quería dar el amuleto. Era matarla a ella o la fraternidad me haría cosas horribles, cosas que hacen que la muerte parezca buena.

—¿Y Agatha?

—Me escuchó hablando sobre el amuleto con mi contacto de la fraternidad. Él me presionaba para conseguir uno de inmediato. Ella me encontró en Portsmouth, me confrontó y me iba a llevar contigo. No podía dejar que hiciera eso.

—¿Dónde la mataste?

Se permitió una pequeña sonrisa. —Justo allí en la acera frente a The Crispy Biscuit. Hice un hechizo de ocultamiento, y nadie podía ver que la tenía contra la pared, con mi mano alrededor de su garganta, exprimiendo la vida de ella.

Me estremecí. Así que era un hechizo de ocultamiento lo que Eunice usó para evitar que alguien nos viera o escuchara en la sala de interrogatorios.

—Ella seguía tratando de alcanzar a la gente, pero nadie nos veía. No creo que entendiera por qué nadie la estaba ayudando.

La magia recorrió mi piel y, antes de que pudiera controlarla, un hechizo salvaje saltó de mis dedos. Es peligroso estar tan fuera de control, porque nunca sabes qué hechizo lanzarás. En este caso, apenas logré evitar golpearlo con un pequeño rayo.

El jefe saltó cuando la energía golpeó la pared.

—Lo siento —dije mientras mirábamos la marca negra humeante en la pared apenas por encima de la cabeza de Brent.

—¿Por qué la teletransportaste a la casa de Eunice? —pregunté con los dientes apretados.

—Pensé que si podía sacarla de la casa, tal vez podría encontrar una forma de entrar y encontrar su amuleto. Si pudiera traerle a la fraternidad dos amuletos, tal vez me dejarían en paz un poco. Estaba desesperado, y esta parecía mi última oportunidad de conseguir su amuleto.

—¿Algo más que quieras confesar? —preguntó el jefe.

—Intenté entrar a su apartamento, pero no pude. Supongo que eso no importa mucho, no comparado con dos asesinatos.

—No, no importa. Pero al menos ella no tendrá que preocuparse de que vuelvas a intentarlo —dijo el jefe.

—¿Es todo lo que necesitas de él? —le pregunté al jefe.

—Es suficiente. Lo procesaré de inmediato.

—¿Cuándo le borras la memoria? —preguntó Brent.

Me levanté y salí con el jefe.

Oí gritar a Brent —¡Me lo prometiste!— mientras se cerraba la puerta de la sala de interrogatorios.

—¿De verdad no borras mi memoria, verdad? —preguntó.

—Nunca he borrado tu memoria, ni la de nadie más. Ni siquiera estoy segura de que sabría cómo hacerlo.

Pero será mejor que lo averigüe rápido, porque hay una parte de la memoria de Palmer que sería mejor que no tuviera.



Pensé que había terminado en la comisaría, así que me despedí del jefe y salí al área de recepción. Palmer estaba allí y me agarró del brazo. —Justo la mujer que estaba buscando.

—¿Cómo está Kate? —pregunté.

Me llevó hasta su escritorio y me sentó. —¿Qué pasó allí fuera? —preguntó.

Miré alrededor de la oficina abierta, llena de oficiales, civiles y personal administrativo.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar más en privado?

Frunció el ceño. —¿No puedes simplemente decírmelo?

Negué con la cabeza. —Te prometo que preferirías que quedara solo entre tú y yo.

Parecía disgustado, pero dijo: —Sígueme.

Me levanté y agarré mi amuleto. Llamé a Jameson, quien respondió: Realmente necesitas dejar de gritar. ¿Estás en problemas otra vez?

Necesito borrar los recuerdos de Palmer de esta tarde. ¿Cómo lo hago?

Jameson se rio. ¿Eso es todo? Le susurras al oído todo lo que quieres que olvide, luego dices olvidar tres veces.

¿Eso es todo?

Si encuentras que la magia es difícil, probablemente lo estás haciendo mal. Esto debería funcionar bien.

Palmer se había detenido y casi choco con él. —Podemos hablar aquí.

—Genial.

Abrió la puerta de la sala de conferencias y me dejó entrar. Me senté y él se sentó frente a mí al otro lado de la mesa. Esto nunca iba a funcionar.

Me levanté y me senté a su lado. —Sé que esto es incómodo, pero necesito susurrarte.

—No. No lo necesitas. Esta sala no está intervenida, y no voy a susurrar como si estuviéramos en el jardín de infantes contándonos secretos.

Le susurré: —Brent es un brujo y usó sus poderes para intentar escapar. Mi familia lo atrapó porque también somos brujos.

Por supuesto, Palmer no me escuchó.

—¿Qué?

Le hice una seña con el dedo y se inclinó hacia mí. Puse una mano a cada lado de su cabeza y la sostuve quieta mientras repetía mi susurro, luego dije: —Olvida, olvida, olvida.

Solté su cabeza y él se reclinó, sacudió la cabeza y dijo: —¿Qué ibas a decirme?

—Solo que necesito saber si alguna vez liberan a Brent bajo fianza. Podría venir tras de mí, o de mi familia, de nuevo.

Palmer parecía molesto. —Ya hay un sistema establecido para eso. Se te notificará.

—Gracias. Por cierto, nunca me dijiste cómo está Kate.

—¿No lo hice? Parece estar bien. Los médicos quieren mantenerla en observación durante veinticuatro horas, solo por precaución. Estaba pidiendo que la visitaras.

Interesante. Supongo que lo decía en serio cuando dijo que dejaría el pasado atrás. —Pasaré mañana a verla.

Capítulo 30



Salí de la estación y vi a Delia esperándome. —Eh, desconocida, ¿quieres que te lleve? —me preguntó.

Ni siquiera tuve la opción de ir a mi propio apartamento. Una vez que me habían metido en la cocina de Proctor House, todos, incluido Jameson, nos sentamos a la mesa. Seis pares de ojos estaban fijos en mí, y sentí que nunca saldría de allí hasta que les contara todo.

Antes de que pudiera empezar, Eunice llamó a la puerta y entró. —¿Me he perdido algo? —preguntó.

—No. Justo estaba reuniendo fuerzas para empezar a explicarlo todo.

Miré a las siete brujas reunidas en la cocina y me pregunté si podría contarles todo lo que había sucedido en los últimos días.

Jameson saltó a mi regazo y dijo: —Supongo que empezaré con una presentación formal. Me llamo Jameson y soy el nuevo familiar de Isabella. Me resulta difícil hablar con personas con las que no estoy vinculado, así que ella tendrá que contar la mayor parte de la historia, y yo les haré saber cuando se equivoque.

—¿Qué quieres decir con cuando me equivoque? —pregunté.

Me miró. —Los humanos siempre se equivocan en algo.

Deseé poder decirle que estaba equivocado.

La tía Nadia se levantó y empezó a buscar en los armarios. Sacó una lata de atún y la puso en uno de nuestros cuencos especiales de Wedgewood. ¡Wedgewood! ¿Para un gato? —Disculpa que no tengamos nada fresco para ti, pero la próxima vez que nos visites lo tendremos.

Jameson saltó de mi regazo y se frotó contra la pierna de la tía Nadia antes de empezar a comer el atún.

—Bueno, empezaré por el principio. Hay muchas cosas que no aprendimos sobre ser brujas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Delia.

—Por ejemplo, hay algunas brujas que son responsables de mantener a las demás a salvo. Al parecer, ahora yo soy una de ellas.

—¿Es por eso que tienes un familiar? —preguntó Thea.

Asentí. —Jameson me va a enseñar todo lo que necesito saber sobre la Hermandad de Brígida, proteger a las brujas y mantener prósperas nuestras ciudades santuario.

—¿A salvo de quién? —preguntó mi madre.

—Hay este grupo, la Fraternidad de Brujas Libres, que creen que el mundo sería mejor si

ellos estuvieran a cargo. El hijo de la señora Thompson era uno de ellos, y su trabajo era robar esto.

Saqué mi amuleto, y brilló porque estaba cerca del de Eunice.

—Originalmente quería robar el de Eunice, pero no pudo acercarse a su casa, así que tuvo que intentar conseguir el de su madre.

—Pensé que estos se transmitían en las familias —dijo la tía Lily.

—Normalmente es así, pero la señora T. sabía que no podía dárselo a su hijo.

Jameson saltó sobre la mesa de la cocina. —Dejó Sewall justo antes de que él estuviera a punto de quitárselo. Se fue tan rápido que no pudo llevarse nada excepto a mí. Se sintió atraída por Portsmouth y esperaba encontrar aquí una bruja en quien pudiera confiar.

—Por eso tenía tan pocas cosas en su apartamento —dijo Delia.

—Brent quería llevarse el amuleto, pero ella no se lo daría. Finalmente, la fraternidad lo presionó tanto, y por lo que vi cuando su glamour se desvaneció, lo torturaron lo suficiente, que mató a su madre —dijo.

—¿Pero aun así no pudo encontrar el amuleto? —preguntó la tía Lily.

—No. Por eso estaba tan interesado en Jameson. Pensó que tal vez podría encontrarlo si tenía al familiar.

—Pero eso es al revés. Si me hubiera llevado, yo solo habría sido un gato para él. Nunca elegiría a alguien como él para ser mi humano.

—No entiendo esto de la hermandad —dijo mi madre—. Suena como otro trabajo.

Miré a Eunice. —No sé mucho al respecto, pero creo que Eunice y Jameson me enseñarán.

Eunice se aclaró la garganta. —La pondremos al día rápidamente. Faith también puede ayudar.

—¿Y está en peligro ahora mismo? —preguntó la abuela.

—No. Ahora no. La fraternidad tardará algún tiempo en reagruparse después de perder a Brent. Intentaremos mantener en secreto su herencia del amuleto el mayor tiempo posible —dijo Eunice.

Quería seguir hablando, pero estaba agotada. Después de mi tercer bostezo, Thea se apiadó de mí. —¿Tal vez podamos continuar esto mañana?

—¿Puedes llevarme a casa? —pregunté, sintiéndome demasiado cansada para caminar.

Asintió y nos fuimos antes de que alguien pudiera objetar.

—Ahora eres alguien importante, ¿no? —preguntó Thea mientras sacaba su coche de la entrada.

Pasé la mano por el lomo de Jameson. Se había quedado dormido en cuanto terminó el cuenco de atún. —No me siento así. Me siento como una bruja agotada con demasiada responsabilidad y no suficiente información para saber qué hacer.

—Sabes que puedes contar conmigo y con Delia, ¿verdad? Como siempre.

Sonreí en la oscuridad. —Gracias.

Cuando salí del coche, ella dijo: —Llama si necesitas algo.

Jameson se despertó y entró conmigo. Abrí la puerta de mi apartamento y desactivé la alarma. 0904. Lo que había comenzado como un bonito recordatorio de nuestra amistad ahora dolía, ya que Abby no estaba aquí.

Me senté en el sofá y Jameson saltó a mi lado. —Bueno, la verdad es que no sé cómo se supone que debe funcionar nuestra relación. —Lo mejor es que simplemente hagas lo que yo diga y me alimentes con mucho salmón. —El salmón no es barato. ¿Cómo piensas ganarte el

sustento por aquí? —Ya lo resolverás. —Pero en serio, ¿cómo debo tratarte? ¿Qué pasará cuando Abby vuelva a mudarse y quiera hablar contigo? —Abby nunca podrá oírme, pero tampoco creo que vuelva a mudarse. Tiene demasiado miedo. —¿Y Palmer? ¿O Kate?

Jameson negó con la cabeza. —Solo las brujas, y ni siquiera todas ellas. Es demasiado agotador. —¿De verdad tienes doscientos años, o son solo doscientos años de gato? —¿Años de gato? —Sí, ya sabes. Como que cada año humano equivale a siete años de perro. —Nací en 1811, y me veo extraordinariamente bien para mi edad.

Le rasqué entre las orejas. —Sí, es cierto. ¿Eres realmente un gato? ¿O eres algo más haciéndose pasar por gato? —Soy un gato encantado —bostezó—. He tenido un día muy ocupado y me he perdido al menos dos de mis siestas. ¿Podemos dejar las veinte preguntas para otro momento? —Oh, lo siento. Sí. ¿Te importa si hago palomitas y veo una película?

Saltó del sofá y se dirigió a la habitación de Abby. —Mientras no pueda oírla desde mi habitación, no me importa lo que hagas.

Puse los ojos en blanco. Esta iba a ser una relación interesante.

Acababa de terminar de hacer las palomitas y encender la tele cuando alguien llamó a mi puerta. Era Palmer. Lo supe incluso antes de levantarme. ¿Estaba empezando a reconocer su forma de llamar, o el amuleto comenzaba a decirme cosas? No estaba segura.

—Pasa. ¿Alguna novedad sobre Kate? —Está bien. La dejarán salir mañana por la tarde, pero hasta ahora, nadie sabe por qué se desmayó así. —¿Eso es lo que pasó? —Eso parece. A menos que sepas algo diferente.

Negué con la cabeza. —Ni idea. ¿Quieres palomitas? Estaba a punto de empezar una película. ¿Te quieres quedar?

Se frotó las sienes. —Esta no es una visita social. ¿Cómo conseguiste que Thompson confesara ambos asesinatos? —Quizás deberías sentarte. Pareces estresado.

Se sentó en el sofá. —Por supuesto que estoy estresado. Una mujer de la que nunca había oído hablar hace tres meses de repente aparece en mi vida y ha resuelto tres asesinatos y un caso de secuestro. —No olvides también un intento de allanamiento de morada.

Frunció el ceño. —No te estás ayudando.

Le sonreí y le ofrecí el cuenco de palomitas. Me miró con sospecha y no cogió ninguna.

—Oh, por el amor de Dios —dije. Cogí un puñado grande y me lo comí—. Ya está. Es seguro que comas. —Quizás use un poco más de modales, sin embargo —cogió un par de granos y se los comió. —¿Sal marina? —preguntó. —Y mantequilla de ajo. —Están buenas. Ahora dime cómo estás haciendo mi trabajo mejor que yo.

Tenía muchas ganas de provocarle y decirle que tal vez no era tan bueno en su trabajo, pero eso no sería justo. Era un buen detective; simplemente no tenía el mismo conjunto de habilidades que yo. Y con el amuleto y Jameson, temía que solo me convertiría en una mejor detective con el tiempo.

Me encogí de hombros. —¿Suerte de principiante? —Lo dudo. Hay algo en ti. Algo en toda tu familia que hace que mi radar se active en todas direcciones. No sois mujeres normales, pero no puedo señalar por qué pienso eso. —¿Tal vez porque no hay hombres en la familia?

Negó con la cabeza. —Demasiado fácil. Es algo más profundo.

Tenía buenos instintos. Tal vez algún día lo descubriría.

—Coge tu bolso, es hora de salir. —¿Qué? Estoy agotada. No quiero ir a ningún lado. —No creas que me pasó desapercibido que estabas conduciendo un coche hoy. Lo dejé pasar porque había asuntos mucho más importantes que atender, pero no puedo permitir que infrinjas la ley de esa manera.

Lo miré. No sonaba enojado, incluso cuando debería estarlo. —¿Qué vamos a hacer? — Tengo un amigo en el Departamento de Vehículos Motorizados. Te doy el tiempo que tardemos en llegar allí para demostrarme que deberías tener una licencia. Si pasas, él te dará una. —Oh. Ah, no he estudiado para el examen. No estoy preparada. —No me hagas enumerar las formas en que estoy doblando la ley por ti. Vámonos.

Afuera, su Highlander esperaba en el estacionamiento.

—¿Quieres que conduzca yo? ¿En serio?

Me lanzó las llaves.

—Sube. No olvides revisar tus espejos.

Desbloquéé las puertas y subí. Tuve que ajustar el asiento y los espejos.

—¿Hablas en serio? ¿No vas a arrestarme por conducir sin licencia?

Negó con la cabeza.

—Solo presta atención, no te accidentes y gira a la izquierda al salir del estacionamiento.

Arranqué el coche y en silencio pedí ayuda a Brigid. No estaba segura de si así funcionaba su protección, pero no podía hacer daño.

Condujimos hasta el DMV sin incidentes, así que, al reflexionar, parecía que Brigid me protegía cuando la llamaba. Incluso estacioné correctamente su gran coche en paralelo.

—Bien. Ahora te tomaremos la foto y obtendrás una licencia.

Definitivamente, así no era como se obtenía una licencia de conducir.

—¿No necesito traer un montón de identificaciones y prueba de seguro y cosas así?

—Tienes una identificación que no es de conducir, y te incluí en mi seguro. Obtendrás tu propio seguro de inmediato, pero por ahora, estás en el mío.

¿Por qué se molestaría tanto por mí y me incluiría en su seguro?

—No lo entiendo, y me siento incómoda sabiendo que me has hecho un favor tan grande.

—Mañana tengo que terminar el papeleo del caso Thompson, y ver que conduces sin licencia tiene que ser parte de ello. De esta manera, cuando revisen tu nombre, verán que tienes licencia y pensarán que debo haberme equivocado.

—¿Pero por qué?

—No puedo arrestar a la amiga de Kate. No cuando Kate está en el hospital.

—¿Así que estás haciendo que parezca que no estaba infringiendo la ley infringiendo la ley tú mismo?

Gruñó exasperado.

—Tal vez no tengas que analizarlo tanto. Tal vez puedas simplemente aceptar el favor, dar las gracias e intentar mantenerte alejada de los problemas de ahora en adelante.

Sonreí.

—Supongo que podría hacer eso.

La puerta del DMV se abrió y salió un hombre que debía ser el amigo de Palmer.

—No parecía que ustedes dos fueran a dejar de discutir, así que usé la foto de su identificación.

Me entregó una licencia de conducir de papel laminado.

—Dos días retroactivos. —Miró a Palmer—. ¿Estamos a mano ahora?

—Sí, estamos a mano.

—Bien. Tengo que irme a casa.

Me volví hacia Palmer.

—¿Y ahora qué?

—Ahora te llevo a casa y vuelvo a mi papeleo.
Su estómago gruñó.
—¿Qué tal si te preparo la cena primero? Parece justo —dije.
—¿Sabes cocinar? —preguntó.
—Por supuesto. Solía trabajar en una panadería. —Las cenas, sin embargo, eran mucho más complicadas—. Hago un sándwich de queso a la plancha y sopa de tomate de miedo.
—Lo acepto.

¿Es este el final de la historia de Isabella y Palmer? ¡De ninguna manera!
para obtener tu copia de Romaine Calm y poder seguir leyendo esta serie hoy mismo.

¿QUÉ SIGUE?

Soy la elegida...
...espera, ¿¿qué??

Bueno, no la elegida, pero sí la nueva integrante de la Hermandad de Brígida, un grupo de brujas encargadas de mantener a otras brujas a salvo y en secreto.

A los veintiún años, algunos días ni siquiera me siento capaz de defender mis elecciones de desayuno, mucho menos a las brujas de New Hampshire.

La Fraternidad de Brujas Libres tiene un plan diferente. Por supuesto que sí. ¿Acaso alguna vez existió un grupo secreto sin un rival?

En lugar de jugar limpio, quieren dominar el mundo, pero no voy a permitir que eso suceda. Si se salen con la suya, será muy malo para el noventa y nueve por ciento de las personas que no son brujas.

Ahora solo necesito a alguien que me enseñe a usar mi amuleto antes de que uno de los miembros de la fraternidad logre robarlo.

Ah, sí, y también tengo que averiguar quién asesinó al primo de Palmer sin que él se entere de que estoy investigando.

FRESCO COMO LECHUGA ya está disponible.

ADELANTO

Fresco Como Lechuga

Normalmente, las personas adiestran a sus mascotas, no al revés.

Cerré la pesada puerta de madera de la Botica de Portsmouth. Las campanillas sonaron mientras cerraba con llave mi negocio. Apoyé una mano en uno de los fríos cristales y rápidamente reforcé los hechizos de protección. Terminado mi ritual nocturno, respiré profundamente el aire de finales de otoño y me dirigí a casa porque tenía una cita.

Bueno, no una cita. Una reunión. Con mi gato.

Antes de que empiece a sonar demasiado como una loca de los gatos, déjenme explicarles.

Jameson, el gato en cuestión, era mi familiar y se estaba tomando en serio su responsabilidad de entrenarme. Hace aproximadamente un mes, mi vecina me regaló un hermoso amuleto de esmeralda. Jameson, mi gato, vino con el amuleto, junto con algunas responsabilidades serias. Cuando acepté el amuleto, me convertí en el miembro más reciente de la Hermandad de Brígida. La hermandad era un grupo de brujas cuyas metas eran mantener la brujería —la brujería real, no la que se ve en la televisión— en secreto, mantener a las brujas a salvo y evitar que las brujas abusaran de su poder.

Según Jameson, la hermandad debería ser lo único en lo que pensara y mis tontas ideas sobre tener que pagar el alquiler o comprar comida no deberían preocuparme.

Sí, bueno, realmente disfrutaba tener un techo sobre mi cabeza y cuando amenacé con echarlo fuera durante una tormenta, decidió que quizás yo tenía razón después de todo.

En cualquier caso, me dirigía a casa para más entrenamiento. A regañadientes, dijo que estaba bien con muchos de los hechizos más grandes y simples, así que estábamos trabajando en la precisión con hechizos más pequeños. Cuando le pregunté sobre el enfoque que había elegido en mi última investidura, pociones, se rio.

—Todo cambia una vez que te unes a la hermandad —dijo.

—¿Qué cambió para ti? —pregunté.

—Yo no soy miembro.

—Oh —dije, sintiéndome estúpida—. ¿Es un grupo solo para humanos?

—No. Es para brujas y sus familiares. Pero cuando era un gatito, la hermandad y la fraternidad estaban divididas según las líneas tradicionales. La Hermandad de Brígida era estrictamente para mujeres y la Fraternidad de Brujos Libres solo permitía hombres.

—¿Entonces por qué no eres el familiar de alguien en la fraternidad?

—Porque no soy malvado.

El jurado aún no se había pronunciado sobre eso. Algunos de los hechizos que me hacía lanzar eran tan difíciles que sentía que mi cerebro iba a explotar.

Fui a mi familia con algunas de mis preocupaciones, pero no fueron de ayuda. No estaba segura de que alguno de ellos hubiera tenido alguna vez un familiar.

La tía Lily dijo que necesitaba seguir su entrenamiento. Estaba segura de que él sabía lo que era mejor. Después de todo, tenía más de doscientos años y había entrenado al menos a otras tres brujas antes que a mí.

La tía Nadia pensaba que podía llegar a él a través de su estómago. Ya sabes, el mejor camino al corazón de un hombre y todo eso. Tal vez eso también se aplicaba a los gatos.

Mi madre no sabía qué debería hacer. Tenía una visión más realista de mi relación con Jameson, porque escuchaba más mis quejas que mis tías. Había comenzado a visitarme una vez a la semana en la botica. Nunca sacaba a colación el tema anteriormente delicado de que me mudara a casa, así que las visitas eran relajantes. Si hubiera sabido que todo lo que se necesitaba para que dejara de acosarme sobre mudarme a casa era conseguir un familiar, habría ido a buscar uno hace mucho tiempo.

Ella pensaba que estaba atrapada con Jameson, a menos que quisiera renunciar al amuleto.

Había considerado la idea, pero no quería perderme el poder que me daba y la capacidad de ayudar a las personas además de mi trabajo en la botica. Tampoco creía que al amuleto le gustara la idea de ser pasado a alguien más.

Durante el último mes, pensé que nos estábamos sintonizando más. Caminé por la acera de camino a casa para una cena rápida y una noche de entrenamiento. Habíamos estado trabajando en mi control fino, así que me hacía hacer las cosas más insoportablemente difíciles, como mover solo un trozo de hielo en un vaso mientras mantenía todos los demás quietos. O hacer que se moviera solo una de las frondas de mi palmera.

Podía entender por qué las brujas preferían entrenarse en áreas en las que son naturalmente buenas. Yo estaba bien en los hechizos, pero el nivel al que me hacía trabajar era agotador.

Al menos dormía bien por la noche.

Entré en mi apartamento. —Ya estoy en casa —anuncié.

Jameson me estaba esperando, sentado en la encimera de la cocina. Había intentado inculcarle la idea de que los gatos no se sientan en las superficies de preparación o consumo de alimentos, pero no le importaba.

—Bien. Tengo hambre y tienes mucho entrenamiento que hacer esta noche.

Puse los ojos en blanco. —Lo mismo que hacemos todas las noches, Pinky.

Ladeó la cabeza, claramente sin entender mi referencia a los dibujos animados de los 90. Pensé que lo entendería porque al menos él estaba vivo entonces. Estaba lejos de poder conquistar el mundo. Y aunque lo hiciera, ¿qué haría con él?

—Empieza por abrir la lata de comida para gatos de salmón sin usar las manos.

Le fruncí el ceño. —¿No hay cena para mí primero?

—Pensé que sería agradable que comiéramos juntos —dijo.

—Claro. De acuerdo entonces. —Consideré las latas de Purina Pro Plan que él prefería. Tenían una anilla para abrirlas, pero cuando él decía sin manos, se refería a sin manos en absoluto: nada de sostener la lata con una mano y usar el mango de un tenedor para abrir la tapa.

Otra cosa en la que insistía era en la magia sutil. No servía de nada intentar mantener la magia en secreto si era obvia cada vez que intentaba usarla. Tenía razón en eso, pero deseaba poder empezar con gestos grandes y luego pasar a los más pequeños. Los gestos grandes hacían que la magia fuera más fácil de usar, al menos para mí.

Apunté con mi dedo índice y lo moví de derecha a izquierda para abrir el armario de la comida para gatos. Un gesto más hizo que la lata flotara hasta la encimera. Consideré cómo abrirla sin mis manos. Había un par de formas de hacerlo, pero ¿cuál era la mejor? Podría forzar la lata a quedarse en la encimera mientras levitaba un tenedor y usaba el mango para abrirla.

Podría intentar el hechizo de corte de metal para quitar la tapa de la lata, o podría intentar hacer que la lata explotara y esperar ser lo suficientemente rápida para atrapar la comida y dirigirla al cuenco.

No me apetecía limpiar comida de gato de las paredes si no atrapaba la comida al explotar, y usar un tenedor no parecía muy impresionante, así que opté por el hechizo de corte de metal.

Comencé haciendo girar la lata lentamente, luego concentré mi mente en crear un punto afilado, justo por encima del borde interior de la lata. Bajé el punto y finos rizos de metal comenzaron a desprenderse de la tapa. ¡Estaba funcionando! Empujé el punto hacia abajo y sentí más resistencia. Aumenté la velocidad de rotación de la lata y en dos segundos, la parte superior de la lata estaba cortada.

En este punto, él me dejaría quitar la tapa y verter la comida en su cuenco, pero estaba tan complacida conmigo misma que decidí presumir. Levité la tapa hasta el reciclaje, luego bajé lentamente la lata hasta su cuenco vacío. La puse boca abajo, le di un fuerte golpe mágico en el fondo y sonreí cuando la comida cayó en su cuenco. ¡Éxito!

La lata levitó hasta el fregadero para ser enjuagada y había terminado.

Le sonreí radiante a mi gato.

—Moderadamente aceptable. Ahora, ¿qué vas a comer tú?

—¿Moderadamente aceptable? ¿Estás de broma? ¿Viste lo que hice? Sostuve la lata, la hice girar y usé una hoja afilada de aire... ¡de aire! para cortar la tapa. Lo hice genial.

Jameson era un maestro en usar su tono para transmitir sus sentimientos. —Solo puedo esperar que tus estándares se eleven a medida que mejores en el lanzamiento de hechizos. Por ahora, diré que estuviste bien dentro de los límites de lo aceptable.

Le di la espalda a mi familiar y abrí el frigorífico. Mis hechizos generalmente se calificaban como "marginablemente aceptables" o "supongo que eso también funcionará", así que probablemente debería tomar sus palabras como un cumplido.

Había tenido profesores que estaban en la escuela de "no elogies a los estudiantes hasta que sean perfectos" y aunque no prosperaba de esa manera, podía trabajar con ello.

Mi frigorífico estaba casi vacío. Trabajaba mucho y cenaba en la Casa Proctor al menos una noche a la semana, donde la tía Nadia me obligaba a llevarme las sobras. Me quería y esta era una de las formas en que lo demostraba. Tal vez mañana por la noche me pasaría por allí para ver qué estaban comiendo.

Pero para esta noche, sería pizza congelada.

Fresco Como Lechuga ya está disponible.

Sobre la autora

Todo comenzó cuando aprendió a leer a los cinco años. Uno de sus primeros y más queridos recuerdos es el de palabras pegadas con cinta adhesiva a todos los objetos de la casa. Poco después, los libros se convirtieron en lo mejor del mundo y ya no hubo vuelta atrás.

Sufrió una crisis de confianza en la secundaria y la universidad y decidió que escribir era demasiado difícil, así que se graduó en Química y más tarde se matriculó en un programa de doctorado en Física. Tres cambios de carrera y cuatro hijos después, ha vuelto a escribir y es mucho más feliz por ello.

Ahora trabaja desde su oficina en casa en New Hampshire, rodeada de libros, niños y mascotas ocasionales.

Conoce más sobre Lisa y sus libros, y asegúrate de suscribirte a su boletín en

Al norte de los cuarenta

Rebecca Wright por fin ha tenido suficiente. Suficiente de su marido infiel, suficiente de moldearse a la imagen que él cree que debería proyectar, y suficiente de su superficial vida en la ciudad. Cuando se vuelve telepática a mitad de su vida, sabe que todo tiene que cambiar. Síguela mientras regresa al pueblo que ama y comienza su vida de nuevo como investigadora privada. Los casos deberían ser fáciles de resolver con telepatía, ¿verdad? No cuando la gente se miente a sí misma tanto como a los demás.

Misterios paranormales acogedores de Isabella Proctor

Sigue a Isabella, una joven bruja llena de vitalidad, mientras florece en su poder y protege su pueblo. Junto al Detective Palmer y su gato parlante y descarado, Jameson, descubre misterios y combate amenazas sobrenaturales. Una cautivadora mezcla de humor, emoción y fantasía teje aventuras mágicas que resuenan tanto con los fans de lo paranormal como con los de los misterios acogedores. Únete a Isabella mientras navega por amistades, familia, amor y el fascinante mundo de la magia.